

GELING YAN

LAS
FLORES
DE LA
GUERRA

se

1937, Nanjing: el ejército japonés ha entrado en la capital china a sangre y fuego. La guerra ha atrapado a Shujuan junto con otras doce estudiantes en el desván de la parroquia Santa María Magdalena, al cuidado del padre Engelmann. Aunque hay algo que sacude su mundo con más fuerza que el sonido de los disparos. Cuando la misteriosa y seductora Zhao Yumo llega al frente de un grupo de prostitutas en busca de refugio, las niñas y los clérigos tienen que enfrentarse a sus propias encrucijadas: ¿dónde está la justicia?, ¿qué los distingue de esas mujeres?, ¿cómo defenderse de la crueldad?

Una sobrecogedora historia de miedo y violencia, pero también de amor, pasiones ingobernables, amistad y compasión, que Zhang Yimou llevó al cine en la mayor producción cinematográfica de la historia de China con Christian Bale al frente del reparto.

«Una escritura transparente y eficaz, envolvente y rica en personajes definitivos». Jesús Ferrero, *Babelia*

«Yan conmueve al lector en lo más profundo de su ser. Mucho después de haber concluido la lectura, las imágenes perduran y regresan las preguntas, preguntas necesarias en tiempos extremos». *Amy Tan*

«Una vez más Yan da la talla y nos regala una espléndida narración con un puñado de personajes inolvidables que siguen acompañando al lector cuando ya ha cerrado el libro». *Jesús Ferrero, Babelia*



Geling Yan

Las flores de la guerra

ePub r1.0

Titivillus 07.03.15

Título original: *Jin líng shí san chai*
Geling Yan, 2006
Traducción: Nuria Pitarque Ledesma

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Capítulo 1

Meng Shujuan se levantó sobresaltada. No tardó en darse cuenta de que se encontraba de pie junto a la esterilla sobre la que dormía. Eran alrededor de las cinco de la madrugada, o quizás un poco más temprano, como mucho las cuatro y media. Se despertó en el mismo momento en que los estampidos de la artillería que habían sonado durante días enmudecieron. Aunque el silencio repentino de miles de cañones resultaba, de hecho, igual de aterrador que cuando tronaban todos a la vez, lo que en realidad interrumpió su sueño fue un fluido caliente que brotó de entre sus piernas. Sangre. Fue en ese instante cuando despertó del todo. Era su primera menstruación. Descalza sobre el pavimento, tuvo la sensación de que ese líquido que hacía un momento ardía se iba helando.

A su izquierda había una fila de siete camas improvisadas en el suelo y, separadas por un espacio de paso, se extendían otras ocho más. Por toda Nanjing había edificios en llamas. El resplandor del fuego penetraba por entre las cortinas negras que tapaban los ventanucos del desván, haciendo que las formas de la estancia se agitaran y ondularan sin descanso. Aprovechando esta claridad, Shujuan contempló a sus compañeras dormidas y escuchó su respiración larga y profunda. Soñaban como si siguieran viviendo en tiempos de paz.

Se echó una chaqueta sobre los hombros y se dirigió a tientas hacia la puerta del desván. No se trataba de una entrada que se alzara perpendicular al suelo sino que, vista desde el piso de abajo, era una tapa cuadrada colocada en el techo. Normalmente el desván estaba deshabitado y únicamente subían de manera ocasional los hombres que venían a reparar la instalación eléctrica o las goteras del tejado. La trampilla y la escalera estaban unidas por un ingenioso mecanismo que hacía que, en el momento en que se empujaba la portezuela, se extendiera la escalera.

Cuando Shujuan y sus quince compañeras llegaron el día anterior a la parroquia, el padre Engelmann les había explicado que debían permanecer en el desván todo el tiempo posible. Para orinar podían utilizar un cubo metálico. Sin embargo, la sangre de su camisión era en ese momento una emergencia: Shujuan necesitaba bajar al cuarto de baño.

El padre Engelmann no había contado con tener que dar cobijo a las estudiantes de la Escuela de Santa María Magdalena. La tarde anterior, él y su ayudante, el diácono Fabio Adornato, acompañados de sus dos empleados, Ah Gu y George Chen, habían llevado a las niñas hasta el río para tomar el ferry a Pukou. Tuvieron que esperar hasta poco antes del anochecer a que el barco regresara precisamente de esa ciudad. Sin embargo, no consiguieron subir a bordo. De repente había aparecido un grupo de soldados escoltando a otros heridos de gravedad que las empujaron a un lado. Uno de ellos le explicó al padre Engelmann que habían caído, no bajo las balas

de los japoneses, sino bajo las de su propio bando. Cumpliendo órdenes de retirada inmediata, habían retrocedido con la mala fortuna de toparse con otras tropas chinas que aún no habían recibido la orden y que los tomaron por desertores. Los soldados en retirada habían obedecido también la orden de destruir su propia artillería pesada antes de abandonar las trincheras, por lo que, frente a las armas de las tropas defensivas, quedaron convertidos en dianas de carne y hueso. Se vieron así atacados por las ráfagas de sus metralletas, acribillados por sus pistolas y aplastados por sus tanques. Cuando por fin ambos bandos aclararon el malentendido, las bajas entre los soldados que habían retrocedido ascendían a varios centenares. Quizá movidas por un sentimiento de culpa, las tropas defensivas, como si hubieran enloquecido de repente, asaltaron el barco para entregárselo a los soldados que habían recibido sus disparos. Fue así como los clérigos y las estudiantes perdieron su oportunidad de marcharse en el ferry.

El padre Engelmann consideró que era demasiado peligroso quedarse por la noche a orillas del río. Llegaban ecos de disparos y cruce de bayonetas y podía resultar peor que encontrarse con los mismos japoneses. Se puso, por tanto, al frente del grupo junto con el diácono Adornato y, escoltados por Ah Gu y George Chen, llevaron de regreso a la iglesia a Shujuan y a sus compañeras atravesando las calles más oscuras y estrechas de Nanjing.

El padre Engelmann había prometido a las niñas que en cuanto amaneciera encontraría un barco y, si no lograba dar con uno, aún quedaría una salida: refugiarse en la Zona de Seguridad. Apenas un día antes, les había asegurado que la ciudad era inexpugnable. A juicio del sacerdote, las murallas en perfecto estado y la barrera natural que formaba el río Yangtsé impedirían a los japoneses tomar fácilmente Nanjing.

Shujuan descendió por los escalones de madera, que crujieron a cada paso a medida que bajaba del desván. Cuando sus pies se posaron sobre el suelo del taller de encuadernación sintió el frío pegajoso, húmedo y penetrante hasta los huesos del mes de diciembre. Aparte de unos disparos esporádicos en la lejanía, todo estaba en silencio a su alrededor; hasta sus propios pasos provocaban un roce contra la oscuridad apenas perceptible. En ese momento, ella aún desconocía la tragedia que envolvía a aquella calma, una calma producto del abandono de la lucha por la ciudad y de su progresiva resignación a ser ocupada. Atravesó la quietud fría y húmeda. Sus pies conocían muy bien el camino de un extremo del taller al otro. En total había veintidós pupitres donde las estudiantes solían encuadernar las biblias y las hojas de himnos que utilizaba la iglesia de Santa María Magdalena en sus servicios litúrgicos y otras actividades religiosas.

Casi todas las niñas que habían quedado en la parroquia eran huérfanas. Tan sólo Shujuan y Xiaoyu tenían padres, pero por una razón u otra se encontraban en el extranjero o fuera de la ciudad. A sus trece años, Shujuan se sentía traicionada. Estaba convencida de que sus padres permanecían lejos a propósito y de que no

tenían intención de regresar a una capital que incluso el propio Gobierno y el ejército habían abandonado.

Desnuda de cintura para abajo, permaneció de pie frente al retrete, sintiendo con una mezcla de curiosidad y asco cómo los órganos misteriosos bajo su abdomen se reavivaban, se retorcían y se contraían y segregaban aquel líquido de color rojo oscuro. Comprendía vagamente cómo a partir de entonces su cuerpo desencadenaría todo tipo de desenfrenos y proporcionaría un suelo fértil a cualquier ser depravado que plantara una semilla, un campo de cultivo en el que echaría raíz, brotaría y daría fruto. Entre escalofríos, colocó una toalla dentro de su ropa interior y salió del edificio con un andar no demasiado elegante.

La torre del campanario de estilo gótico de la iglesia había sido alcanzada por un proyectil y se había derrumbado en parte arrastrando consigo la entrada principal que daba a la calle. Reducida la puerta a un montón de escombros, a partir de entonces tuvieron que entrar y salir por un pequeño acceso lateral. El edificio principal estaba separado del taller de encuadernación por un pequeño camino que daba en una dirección hacia la puerta lateral y en la otra, hacia la pequeña parcela cubierta de césped en la parte trasera del templo. El padre Engelmann amaba ese rincón y solía explicar orgulloso a sus feligreses que aquél era el último oasis que quedaba en Nanjing. En aquel lugar donde se habían celebrado durante décadas ferias benéficas, bodas y funerales se desplegaban ahora una enorme bandera de Estados Unidos y otra de la Cruz Roja. El césped continuaba hasta el patio trasero. Allí se encontraba la casa de ladrillo rojo del padre Engelmann, que en primavera y verano parecía flotar en medio del verde, creando una escena típica de cuento infantil.

Shujuan clavó la mirada en la torre. El resplandor de las llamas realzaba el contorno de la parte destruida, que ni convertida en ruinas había perdido su majestuosidad. Las nubes rojizas del amanecer comenzaron a asomar débilmente por el este, como la promesa de un día hermoso. No podía ni imaginar lo que estaba sucediendo más allá de los altos muros de la parroquia de Santa María Magdalena, hasta qué punto parecía el amanecer violento y sombrío del día del Juicio Final. Un desfile interminable de tanques de bandera japonesa entraba en ese momento en Nanjing. Una vez abiertas las puertas de la muralla, los invasores estaban dispuestos a penetrar en todos los rincones de la ciudad. Uno tras otro los cadáveres eran aplastados bajo las ruedas de oruga y, en un abrir y cerrar de ojos, aquellos cuerpos quedaron impresos sobre las calles por las que habían pretendido huir, fijados como imágenes en un negativo de asfalto. No, no podía ni imaginar lo rápido que había caído en manos del enemigo la que era capital de China en invierno de 1937.

Shujuan caminó con torpeza de regreso al taller de encuadernación. Tras subir la escalera, se deslizó dentro de su cama y cayó profundamente dormida.

Cuando empezaba a clarear, todas las niñas se despertaron a la vez a causa de los gritos y lloros que llegaban desde abajo. El desván tenía tres ventanas alargadas

selladas con tiras de papel en forma de cruz y de las que colgaban unas cortinas negras como protección en caso de ataque aéreo. Las estudiantes arrancaron las tiras de papel para poder mirar a través de los ventanucos. Con un poco de esfuerzo, alcanzaban a ver el patio delantero y parte de la puerta lateral.

Shujuan pegó la mejilla derecha al marco y vio cómo el padre Engelmann salía como una flecha del patio trasero hacia la puerta lateral. Su sotana de diario, ancha y larga, se alzaba al viento como una vela.

—¡No salten el muro! ¡Aquí no hay comida! —gritaba mientras corría.

Una de las niñas se atrevió a abrir la ventana y las demás aprovecharon para asomarse por turnos. Dos mujeres jóvenes se habían encaramado en lo alto del muro, sobre la puerta lateral. Una vestía una túnica de color cereza y parecía una recién casada que hubiera venido directamente desde su lecho matrimonial. La otra llevaba una capa de piel de zorro sobre un *qipao*^[1] con todos los botones desabrochados bajo el que asomaban prendas de todas las estaciones del año.

Las niñas no se conformaron con ver el espectáculo desde arriba. Una a una bajaron la escalera y se apiñaron en la puerta del taller de encuadernación. Cuando Shujuan se unió al grupo, sentadas en el muro no había sólo dos mujeres, sino que ya eran cuatro. Pese a los esfuerzos del padre Engelmann por impedir que entraran, las dos primeras lograron saltar el muro y aterrizar finalmente en el terreno de la iglesia. Ni siquiera la rápida llegada de Ah Gu y George Chen como refuerzos consiguió detener a esta avanzadilla que suplicaba con lágrimas en los ojos.

El padre Engelmann descubrió entonces al grupo de estudiantes cuchicheando asomadas a la puerta del taller.

—¡Ah Gu, llévate a las niñas de aquí! ¡Que no vean a estas mujeres! —gritó enfurecido.

Parecía cansado. Su barba, que ya comenzaba a ser tupida y que no le había quedado más remedio que dejarse a causa del corte de suministro de agua, le hacía parecer un anciano.

Shujuan comprendió a grandes rasgos lo que estaba sucediendo: se trataba de un grupo de mujeres que bajo ningún concepto debían entrar en su campo de visión.

—¡Vienen de los burdeles! —explicó a las otras una de las niñas con un poco más de mundo.

—¿Qué es un burdel?

—Las casas de citas a orillas del río Qinhuai.

El diácono Fabio Adornato salió corriendo del edificio principal.

—¡Fuera! ¡Aquí no acogemos refugiados!

Era al menos veinte años más joven que el padre Engelmann. Su cara reflejaba más años de los que tenía y su cabello, a su vez, había envejecido más que su rostro.

Al oír su acento genuino de Yangzhou, las mujeres detuvieron por un instante sus lloros y sus ruegos. Quisieron comprobar que no habían oído mal y que quien había gritado con idéntica entonación a la de los cocineros y barberos de Yangzhou era

ciertamente un cura extranjero de ojos hundidos y nariz grande. El silencio no duró mucho.

—Venimos escapando desde el río —explicó una prostituta de unos veinticuatro o veinticinco años—. El coche ha volcado y los caballos han huido espantados. La ciudad está llena de japoneses por todas partes. No podemos llegar hasta la Zona de Seguridad.

—En la Zona de Seguridad no queda sitio para sentarse. Si te apretujas y consigues entrar, te tienes que quedar de pie plantada como un tallo —tomó el relevo otra de unos diecisiete o dieciocho.

—Conocía a alguien de la Embajada de Estados Unidos —añadió otra, llena de michelines—. Nos había prometido que podríamos escondernos allí, pero ayer por la noche se echó atrás y nos enteramos de que no nos acogerían. Ya ves para qué sirvió el buen rato que le hicimos pasar.

—¡Vaya cabrón! Cuando venía buscando diversión, bien apetecibles que le resultábamos.

Shujuan estaba desconcertada por aquella manera de hablar tan diferente a la que estaba acostumbrada. Ah Gu trató de alejarla de allí pero ella se resistió a pesar de que el resto de sus compañeras ya había regresado al desván. George Chen, el cocinero, recibió la orden de impedir con un palo la invasión de las prostitutas. Golpeó al aire a izquierda y derecha al tiempo que les suplicaba:

—¡Chicas, os lo ruego! Si entráis aquí sólo será para morir de hambre o de sed. Las niñas apenas toman dos tazones de sopa aguada al día y el agua que beben es la de la pila bautismal. Sed buenas, marchaos...

Shujuan se dio cuenta de que los golpes caían sobre el pavimento y el muro de ladrillo, pero nunca sobre las mujeres. De hecho, a quien le estaban haciendo daño era a él, porque cada uno rebotaba contra su mano y su muñeca.

De repente, una de las mujeres se arrodilló frente al padre Engelmann e inclinó la cabeza hacia el suelo. Fue así como Shujuan vio por primera vez aquella espalda que no podría olvidar a lo largo de su vida, aquella espalda tan delicada y expresiva como si de un rostro se tratara. El padre Engelmann se esforzaba por hablar el mejor chino que podía tras treinta años de estudio para intentar convencerla con los mismos argumentos que había empleado George Chen: no tenían comida, no tenían agua, ni espacio. Esconder a más gente los pondría en peligro a todos. Cuando se dio cuenta de que no estaba consiguiendo hacerse entender, le pidió a Fabio que lo tradujera al dialecto de Yangzhou.

El diácono Fabio Adornato era hijo de un matrimonio de misioneros estadounidenses descendientes de italianos. Había nacido y crecido en una aldea cerca de Yangzhou, y hablaba tan bien el dialecto propio de la zona que los feligreses le llamaban cariñosamente «Fabio el de Yangzhou».

Las rodillas de la mujer parecían haber echado raíces, sin embargo sus hombros y su cintura no dejaban de expresarse.

—Nuestra vida no vale nada —dijo—, no merece que nos salve. Sólo pedimos tener una buena muerte. Hasta la vida de un ser despreciable, como la de un cerdo, merece una muerte limpia, sin suplicio.

No se puede negar que aquella espalda mantenía su dignidad y su elegancia. Mientras hablaba, el pelo, que llevaba recogido en un moño a la altura de la nuca, se desprendió y se derramó sobre uno de sus hombros. Era un pelo muy bonito.

El padre Engelmann le explicó secamente que los padres de varias de las niñas que tenía a su cargo eran personas de muy buena posición que llevaban muchos años siendo miembros de su congregación y haciendo donaciones a la iglesia. Unos días antes, habían enviado telegramas pidiéndole que protegiera a sus hijas de cualquier tipo de peligro. En respuesta, él les había jurado a cada uno de ellos que las protegería con su propia vida.

Fabio perdió la paciencia. Dirigiéndose en inglés al padre Engelmann le dijo:

—Está perdiendo el tiempo tratando de razonar con ellas. Sólo entienden un idioma... George, ¿te he pedido que interpretes el papel del Rey Mono^[2]? ¡Dales de verdad con el palo!

Ah Gu ya había desistido de agarrar y llevarse de allí a Shujuan. En su lugar, se lanzó al ataque y atrapó el palo con el que George Chen llevaba a cabo su pantomima. De repente una de las mujeres se tiró con todo su peso desde lo alto sobre él y poco faltó para que el cuello del hombre quedara incrustado en su propio pecho. La mujer, viendo a Ah Gu caído en el suelo, tropezó sobre él dejando que su ajado abrigo de piel de marta se abriera y vislumbrara su cuerpo desnudo. El pobre de Ah Gu, que en toda su vida sólo había visto a una mujer desnuda —y no había sido otra que la suya—, dejó escapar un grito entre asustado y sorprendido pensando que tenía sobre él un hermoso cadáver. Aprovechando estos instantes de confusión, las mujeres encaramadas al muro fueron saltando al patio una a una como las ranas que anuncian la lluvia. Quedó una de piel oscura y complexión recia que ayudó a trepar a otras cuantas, todas jóvenes prostitutas con un aspecto diferente cada una pero con la misma expresión de ansia en sus rostros.

Fabio gritó desesperado.

—¡Lo que nos faltaba! —dijo—. ¡Todos los barcos de fulanas de orillas del río Qinhuai han atracado aquí! —fuera como fuese, no resultaba apropiado en un religioso actuar con violencia y sólo le quedaban las palabras para mostrar su grosería —: ¿Qué tenéis que temer mujeres como vosotras? ¡Lanzaos a la calle a darles la bienvenida a los soldados japoneses! —gritó al tiempo que señalaba a las mujeres.

Varias de ellas le respondieron a coro:

—¡Vaya manera de hablar para ser un monje extranjero! Si quieres insultarnos hazlo, pero no hace falta que seas tan ofensivo.

Mientras, Ah Gu trataba de librarse de los brazos de esa mujer que no sabía si estaba viva o muerta, pero ella lo tenía atrapado como si aquellas dos extremidades blancas fueran los tentáculos de un pulpo gigante: cuanto más luchaba por zafarse de

ellos, con más fuerza se adherían.

Al ver que ya no podía hacer nada por detener aquella riada de llamativas mujeres, el padre Engelmann bajó los párpados y con voz afligida le ordenó a Ah Gu que abriera la puerta.

Shujuan vio cómo aquella bonita espalda se alzaba poco a poco. Instantes después, la superficie de piedra pulcramente barrida del patio se vio contaminada por un grupo de mujeres vestidas con ropas de vivos tonos. Tras ellas entraron sus maletas, sus fardos y sus colchas de seda de vistosos colores propios de las prostitutas. De las aberturas de su equipaje colgaban como entrañas cintas multicolor para el pelo, medias de seda y otras prendas íntimas. ¿Cómo podían permitir sus padres que tuviera que presenciar una escena tan repulsiva?

Shujuan desconocía en ese momento que lo que estaba viviendo era tan sólo un detalle de lo que más tarde los historiadores describirían como la masacre más repulsiva y cruel, la Masacre de Nanjing. Ampliando la escena a partir de ese detalle aparecían los cadáveres de los habitantes de Nanjing diseminados por todas partes. Por los canales de desagüe a ambos lados de las calles corría sangre en vez de agua. Tuvo que esperar muchos años para conocer la dimensión del desastre y darse cuenta de lo afortunada que había sido por cómo los clérigos y los altos muros de la parroquia le habían ahorrado la visión de pechos abiertos convertidos en fuentes de sangre y el peculiar sonido de las cabezas cayendo al suelo.

De pie en la puerta del taller, un pensamiento cruzó de pronto su mente: si sus padres no fueran tan egoístas, ¿cómo la habrían dejado sola allí, permitiendo que la visión de aquellas sucias mujeres manchara sus ojos inocentes? Siempre había sospechado que querían más a su hermana pequeña, y ahora esa suposición se había vuelto certeza. Su hermana pequeña era la favorita. Cuando a su padre se le presentó la oportunidad de ir a Estados Unidos para seguir con su formación, se apresuró a anunciar que sólo llevaría a la pequeña porque aún no estaba en edad escolar y la travesía por el océano no retrasaría sus estudios. Su madre se posicionó del lado de su padre y añadió que podrían visitar médicos estadounidenses para tratar de curar el asma que padecía su hermana. La convencieron de que un año pasaría muy rápido y que en un abrir y cerrar de ojos volverían a estar los cuatro juntos. Se convencieron de que era por el bien de todos y fueron capaces de perdonarse a sí mismos en nombre de su injustamente tratada hija mayor.

Cuando Shujuan no se sentía feliz, siempre era capaz de encontrar a quién culpar por ello. Odiaba a sus padres, e incluso a su hermana Shuman, pero algo más apareció ante sus ojos: ¿qué hacía aquella mujer perversa muriendo en brazos de Ah Gu? El abrigo se le había abierto completamente y dejaba expuesto bajo la luz grisácea del amanecer un cuerpo pecaminoso que parecía un chorro de leche rancia derramada en medio de la piel negra. Shujuan retrocedió a toda prisa hacia el interior del edificio, con la cara roja de vergüenza. Regresó al desván trepando las escaleras como si huyera de algo. Las otras niñas se apretujaban delante de cada uno de los tres

ventanucos.

Habían arrancado todas las tiras de papel y habían descorrido de par en par las cortinas, convirtiendo las tres ventanas alargadas en palcos desde los que ver la función. La situación en el piso de abajo seguía siendo caótica: las mujeres iban de acá para allá en busca de algo para comer, algo para beber, el lugar donde estaba el retrete... Una de las prostitutas le pidió a otra que sostuviera en alto un valioso manto de terciopelo de color verde oscuro y pidió disculpas a los «monjes extranjeros»: llevaban toda la noche buscando refugio y no se habían atrevido a parar en ningún sitio donde aliviarse, así que no le quedaba más remedio que actuar con tan poca decencia allí mismo. Nada más decirlo, desapareció tras el manto como si se retirara del escenario después de haber recibido una ovación.

—¡Animales! ¡Animales! —gritó Fabio en inglés.

En sus casi sesenta años de vida, el padre Engelmann había sido testigo, sólo en China, de dos grandes conflictos: la Expedición del Norte y las luchas de los Señores de la Guerra. Pero jamás había tenido que ver con sus propios ojos una escena tan intolerable ni soportar a gente tan vulgar y ordinaria como aquélla. Contaba sin embargo con un arma invencible para derrotar tanta vulgaridad: sus buenas maneras. Así, cuanto más groseras se mostraban sus adversarias, más educado se mostraba él, hasta el punto de exagerar tanto que su refinamiento resultaba del todo inadecuado.

Con esta actitud, dijo con voz calmada:

—Por favor, contrólate, Fabio.

A continuación, giró la cabeza y se dirigió a las prostitutas, incluida la que volvía a asomar tras el manto de terciopelo verde abrochándose el cinturón con cara de satisfacción.

—Ya que ustedes, señoritas, han decidido establecerse aquí —les dijo seleccionando meticulosamente sus palabras—, como párroco de esta iglesia les ruego que se atengan a nuestras normas.

—¡Padre! Es preferible que entren los japoneses a permitirles a ellas que se queden —gritó Fabio en un inglés teñido del acento de Yangzhou. Luego, volviéndose hacia los dos empleados chinos, ordenó—: ¡Echadlas a todas de aquí, a las vivas y las muertas! ¿No lo habéis visto? No hay una que no haya causado ya algún problema.

En ese instante, la prostituta rolliza soltó un grito:

—¡Socorro!

Los demás se acercaron a ver qué pasaba y por su sonrisa pícaro se dieron cuenta de que no había pedido auxilio en serio.

—Este pervertido me ha metido mano —dijo señalando a Ah Gu, que trataba de quitársela de encima.

—¿Quién dices que te ha tocado? —gritó Ah Gu.

—¡Tú, tipejo, te has atrevido a ponerme *a mí* las manos encima! —dijo mientras sus senos temblaban a causa de las palmadas que se daba en el pecho.

—Bueno, ¿y qué? —se desdijo—. ¿Todos te tocan y yo no voy a poder?

A la vista de todos, la credibilidad de Ah Gu se fue al traste en ese mismo instante.

—Ya basta —dijo en inglés el padre Engelmann, aunque Ah Gu no había tenido suficiente y continuaba discutiendo con la prostituta—. ¡Ya basta! —repitió, ahora en chino.

—Padre, escuche... —comenzó a decir Fabio.

—Por favor, escucha tú. Dejemos que se queden —le dijo el sacerdote—, al menos hoy. En cuanto los japoneses acaben de tomar la ciudad y asuman el control de la seguridad pública, les pediremos que se marchen. El japonés es un pueblo que destaca por saber mantener el orden y estoy convencido de que pronto sus soldados pondrán fin al caos de la guerra.

—No les bastará un día para acabar con tanta confusión —contestó Fabio.

—Bueno, pues dos días. Mientras tanto, pueden establecerse en el sótano.

Nada más decirlo, el padre Engelmann se dio la vuelta y se encaminó hacia su vivienda. Ya había anunciado su decisión y no había lugar a discusiones.

—¡Padre, no estoy de acuerdo! —le gritó Fabio a su espalda.

El padre Engelmann se detuvo y se giró. Llevando de nuevo su cortesía a la exageración, le contestó:

—Ya sé que no estás de acuerdo —le respondió con frialdad. Acto seguido, se dio otra vez la vuelta y se marchó.

Lo que no había dicho había sonado más claro que lo que había dicho: «¿Y qué si no lo estás?». Resultaba muy difícil seguir desafiándole ante tan educada demostración de superioridad y autoridad. En su trato con los chinos Fabio no era diferente de las familias adineradas o los miembros de las guardias privadas del pueblo en el que se había criado: todos los trataban como seres inferiores. Por su parte, el padre Engelmann le consideraba a él inferior debido a los hábitos de aldeano con los que había crecido.

Una de las prostitutas más jóvenes se encaminó hacia el taller de encuadernación. Había visto las caras de las niñas asomadas en las ventanas del piso de arriba y pensó que allí no se debía de estar mal, al menos estarían más calentitas y cómodas que afuera. Fabio la agarró por atrás pero ella consiguió zafarse como si fuese una serpiente de agua. El diácono volvió a intentarlo y esta vez la sujetó por el fardo que llevaba al hombro. La tela del bulto era áspera, nada que ver con la suavidad de la seda con la que vestía. La mano de Fabio logró agarrarlo firmemente y la arrastró fuera del taller. Se oyó entonces el repiqueteo de las fichas del mahjong cayendo como granizo desde el fardo. Simplemente por el claro tintineo que produjeron al chocar contra el suelo se podía saber que eran fichas de buena calidad.

—¡Doukou, como pierdas una ficha, te despatarro! —le gritó la prostituta fortachona de piel oscura.

—Las cerdas negras sí que se despatarran bien. Partámosla en dos por su ****

negro —replicó la joven prostituta.

Fabio ya había soltado a Doukou, pero al escucharla hablar de esa manera tan grosera y temiéndose que aquello iría a peor, volvió a agarrarla y la empujó hacia la salida.

—¡Fuera! ¡Salid de aquí inmediatamente! ¡Ah Gu, abre la puerta! —gritó. Su cara descolorida por el invierno brillaba como si fuese a romper a sudar en cualquier momento.

—¡Ay, padrecito! Somos paisanos —le dijo Doukou poniendo una vocecita y a punto de perder el equilibrio—. ¡Por favor! No lo volveré a hacer.

Su carita de niña contrastaba con su cuerpo bien desarrollado, que rebotaba hacia atrás después de cada empujón.

—Padrecito, enséñele a su paisana a comportarse y prometo que me portaré bien. Sólo tengo quince años... ¡Yumo, ayúdame a convencerlo!

La mujer de la espalda bonita estaba acabando de reunir su equipaje y sus objetos de valor. Se dirigió hacia Doukou y Fabio, que continuaban con su rifirrafe, y habló mostrando una sonrisa:

—¿Cuántas veces te he dicho que tienes que limpiarte esa boca, Doukou? Lo que de verdad te hace falta no es que el padre te enseñe modales, sino comerte una bola de alcanfor.

Se metió en medio de los dos y consiguió separarlos. Tiró entonces de Doukou para llevarla de nuevo junto a sus compañeras.

Ah Gu había necesitado únicamente veinte minutos para pasar de ser un hombre decente a convertirse en un golfo. Aprovechó el momento para mostrarles entusiasmado a las prostitutas el camino hacia el almacén que había bajo la cocina para que se instalaran allí. Ellas lo siguieron con andares de modelos desfilando sobre una pasarela, mirando todo de arriba abajo y haciendo comentarios frívolos sobre el interior de la parroquia.

Shujuan, asomada al alféizar de la ventana, observó cómo las mujeres se alejaban, mientras se presionaba el vientre para mitigar el dolor.

Capítulo 2

A la hora de las oraciones matinales se escuchó el sonido de disparos. Parecía como si en algún lugar de la ciudad se hubiera abierto de nuevo un frente de guerra. El resonar de las ráfagas era denso e impaciente. A pesar de ello, Fabio insistió en acudir a la Zona de Seguridad para enterarse de si todavía sería posible tomar un ferry. Regresó al mediodía con malas noticias. Las niñas escucharon con los ojos abiertos como platos cómo le contaba al padre Engelmann que entre los cadáveres de las calles había tanto niños como ancianos, y hasta unas cuantas mujeres desnudas de cintura para abajo. Los agujeros y los fosos que habían abierto los impactos de las bombas se habían nivelado con pilas de cuerpos. Cualquiera que no entendiese una amonestación en japonés, cualquiera que saliese corriendo al ver sus armas, era derribado allí mismo y utilizado a continuación como material para allanar los socavones. Los miembros del Comité Internacional para la Zona de Seguridad sospechaban que los disparos que las niñas habían escuchado por la mañana durante media hora eran del ejército japonés fusilando a los soldados chinos que se habían entregado al amanecer.

Cuando acabó de hablar, Fabio miró a las niñas, forzó una sonrisa y a continuación desvió su mirada hacia el padre Engelmann. Su silencio implicaba una crítica: se había equivocado en sus predicciones. ¿Cómo había podido imaginar que aquella sangrienta situación quedaría controlada en uno o dos días?

Era la hora del almuerzo. A ambos lados de la larga mesa de comedor en la que habitualmente se sentaban los clérigos se apiñaban ahora dieciséis estudiantes. Desde que las niñas se habían instalado en la parroquia, el padre Engelmann había dado instrucciones a George para que le sirviera sus dos comidas diarias a base de copos de avena o pasta en sopa en su propia casa. Estaba convencido de que para mantener su dignidad era necesaria una cierta distancia y no familiarizarse demasiado con ellas. Como mínimo, debían estar separados por la parcela de césped. Pero aquel día, al saber que Fabio había regresado de la Zona de Seguridad, dejó el tazón de copos sobre la mesa y corrió hacia el comedor.

—Al haber acogido a estas catorce mujeres, nuestro mayor problema ahora son los alimentos y el agua —dijo Fabio.

—George —intervino el padre Engelmann—, ¿cuánta comida nos queda?

—Aún tenemos unos cincuenta kilos de harina blanca, pero de arroz no llegamos a un kilo. De agua contamos con la poca que queda en el depósito... ¡Ah, bueno, y nos quedan dos barriles de vino!

Fabio lo miró fijamente: ¿acaso podían asearse y lavar la ropa con vino? ¿Les servía el vino para hacer té y cocer pasta? ¿Cómo podía decir esta tontería!

Del mismo modo, George le devolvió una mirada ofendida al tiempo que

pensaba: «Si falta agua, al menos los adultos pueden beber un poco de vino. Al fin y al cabo, diácono Adornato, ¿para ti beber vino no es como beber agua?».

—Estamos mejor de lo que imaginaba —comentó el padre Engelmann para sorpresa de todos.

—¿Cincuenta kilos para tanta gente? ¡En dos días estaremos alimentándonos del aire! —Fabio descargó su enfado contra George. ¿Qué podía hacer? No podía enfrentarse al sacerdote y, en su lugar, dirigió la rabia que le había producido su comentario hacia el cocinero. Era habitual que cuando alguno de ellos no podía contenerse cargara contra aquel huérfano de veinte años. George Chen era un mendigo que el padre Engelmann había recogido de la calle y que había enviado unos meses a aprender a cocinar. A la vuelta, él mismo se había puesto aquel nombre extranjero.

—¡Ah, todavía hay algo más! Tenemos un poco de mantequilla rancia. Me habían pedido que la tirara pero no quise deshacerme de ella. Y también queda un pote de encurtidos. Les ha salido algo de moho y huelen un tanto fuerte, pero no saben nada mal.

No sólo habló para ponerse un poco de mérito. También lo hizo para darle coba y alentar al padre Engelmann.

—De aquí a dos días, la situación se habrá calmado, creedme. He estado en Japón muchas veces y no hay nadie en el mundo tan correcto y tan amable como los japoneses. No permiten que en sus jardines haya una sola rama que rompa su equilibrio —dijo el padre Engelmann.

Aunque las niñas habían sido educadas desde pequeñas en inglés, no prestaron atención a todas y cada una de las palabras que utilizó el sacerdote. El entusiasmo contagioso de su voz bastó para que se tranquilizaran sin necesidad de detenerse a escuchar lo que decía.

Acababa de irse el padre Engelmann cuando llegó el ruido de alguien hurgando en los armarios de la cocina.

—¿Quién anda ahí? —preguntó George apresurándose hacia adentro.

Al cabo de unos instantes, Shujuan oyó a las mujeres, que preguntaban:

—¿No queda nada de comida?

—Aquí hay unas pocas galletas... —les contestó él.

Sin pensárselo dos veces, las niñas salieron corriendo en dirección a las voces. Shujuan llegó la primera. Ese George las había traicionado a la primera de cambio entregando sin más sus escasas provisiones. Las galletas eran para acompañar la sopa. No era posible matar el hambre si no masticaban una al beber sus gachas cada vez más aguadas que sólo les servían para engañar al estómago.

Shujuan encontró a tres o cuatro prostitutas acicaladas de pies a cabeza, como si también allí tuvieran oportunidad de ejercer su oficio. Al frente, una llamada

Hongling: una mujer entrada en carnes, sin llegar a ser gorda. Se movía con gestos decididos y la expresión de su cara cambiaba sin cesar. El arco de sus dos finas cejas, perfectamente perfiladas, se levantaba en claro aviso: mucho cuidado con provocarla.

—George, ¿cómo se te ocurre darles nuestras galletas a ellas? —dijo Shujuan soltando un «ellas» que sonó como un insulto.

—Han venido y las han cogido.

—¡Te las han pedido y tú se las has dado! —dijo Sophie. Era una niña huérfana; le habían dado este nombre extranjero en la escuela de la misión y tuvo que aceptarlo sin más.

—Vaya, ¿también protegéis la comida? —dijo en un tono de burla la prostituta de piel oscura.

—Hoy nos prestáis un poco de comida y mañana, en cuanto pasen los vendedores de *huntun*^[3], nosotras os compramos unos rellenos de carne, huevo y cebollino, ¿vale? —dijo Hongling.

—George, ¿estás sordo? —le gritó Shujuan. No estaba para bromas. Estallaron en ese momento todos los caprichos y los deseos que habían quedado insatisfechos en sus trece años de vida, incluido el dolor por la inclinación que sus padres habían demostrado hacia su hermana dejándola a ella «abandonada como a un perro» en aquella iglesia medio derruida donde no había nada para comer ni beber; traicionada, además, por George, que se dedicaba ahora a ayudar al enemigo, y teniendo que soportar el hostigamiento de aquellas mujerzuelas...

—Él no tiene nada que ver, hemos sido nosotras las que hemos encontrado las galletas —dijo Hongling. Las líneas curvadas de sus cejas recordaban dos lunas crecientes.

—¿Te crees digna de dirigirte a mí? —dijo Shujuan correspondiendo con todo su desprecio al intento de la mujer por mostrarse amable.

Su actitud hizo que hasta las otras niñas se sintieran avergonzadas y le pidieron en voz baja que no siguiera con aquello.

Sobre los ojos de Hongling sus cejas se encogieron en un gesto de furia.

—Yo estoy siendo educada, y tú, pequeña hija de ****...

Si en ese momento una mano no hubiese llegado desde atrás para taparle la boca, lo que habría seguido a continuación habría supuesto para aquellas niñas una completa lección sobre las relaciones sexuales entre hombres y mujeres.

Era la mano de Zhao Yumo. La riña de la cocina se podía escuchar en el sótano y había subido corriendo para impedir que Hongling soltara cualquier obscenidad. Quedó claro para las niñas que ella era la líder del grupo.



Después de que las prostitutas regresaran a su estancia y sus compañeras al desván, Shujuan se quedó sentada en la cocina, aturdida, durante un buen rato. Se

sentía exhausta a causa de su enfado. Centenares de insultos dedicados a aquel grupo de mujeres daban vueltas en su cabeza. Se odiaba a sí misma porque no se le habían ocurrido en el momento preciso aquellas palabras hirientes tan brillantes y no había podido lanzarlas contra ellas. Permaneció sentada hasta que el atardecer invadió la estancia y un fuerte dolor surgió de su vientre. Nadie le había explicado que existía una sensación tan dolorosa y terrible. Le hubiera correspondido hacerlo a su madre, pero se había marchado lejos. Podía escuchar los sonidos que llegaban del sótano bajo el suelo de la cocina: jugaban al mahjong, tocaban la *pipa*^[4] y flirteaban entre ellas. Así era: estaban tan acostumbradas a coquetear que, aun cuando no había hombres presentes, se hacían bromas y tonteaban entre sí.

Envuelta en la penumbra, Shujuan oyó el sonido incesante de disparos en las calles. Los malditos japoneses habían traído la guerra a Nanjing; su lucha le había privado de noticias de sus abuelos, había provocado que sus padres y su hermana no se atrevieran a regresar a su país y que un grupo de ramera detestables ocupara «el último oasis» del padre Engelmann. Shujuan sentía demasiado dolor y demasiado odio. Repasó todo lo que odiaba y, odiando y odiando, llegó a ella. Se detestaba a sí misma por tener el mismo cuerpo y los mismos órganos que las prostitutas del piso de abajo y por sentir, igual que sentirían ellas, aquel dolor que se agudizaba y se calmaba por momentos y aquella sangre sucia y caliente que brotaba como un torrente de su cuerpo.



El padre Engelmann también salió aquella tarde. Con George al volante del viejo y querido Ford del sacerdote, se dirigieron hacia el interior de la ciudad y regresaron después de recorrer apenas un par de kilómetros. No reconocían aquella Nanjing. Los edificios derrumbados y los cadáveres esparcidos por todas partes hicieron que George se perdiera varias veces. En una de las calles cercanas a la Puerta Zhonghua, vieron a militares japoneses escoltando a unos seiscientos soldados chinos en dirección a Yuhuatai y detuvieron el coche. El padre Engelmann hizo acopio de valor y preguntó educadamente al oficial japonés al mando adónde llevaban a los prisioneros. Después de que le tradujeran la pregunta, el oficial le explicó que iban a trabajar nuevas tierras de cultivo. Lo que le transmitió la expresión de su cara fue, sin embargo, que no contaba con que se creyera aquella patraña.

De vuelta en la parroquia, no quiso cenar y se quedó una hora sentado solo en la iglesia. A continuación reunió a las niñas y les contó lo sucedido aquella tarde. Miró con afecto a Fabio y reconoció que sus primeras estimaciones habían sido demasiado optimistas y que era él quien tenía razón. Asumió entonces como su mayor responsabilidad que aquellas más de treinta personas que tenía a su cargo no murieran de hambre ni de sed antes de conseguir más alimentos y agua. Le pidió a George que registrase de nuevo el almacén a ver si encontraba algo más. Valía todo, ya estuviera

caducado, apestara o tuviera moho.

El sacerdote no había acabado de hablar cuando por la puerta lateral asomaron varias prostitutas. Desde allí, apretujadas, querían enterarse de qué estaban celebrando en el templo por si a ellas también les podía tocar algo. Sin embargo, al ver los rostros cariacontecidos de las niñas, decidieron que no querían tomar parte en aquello y una a una se dieron la vuelta para marcharse. Fabio las detuvo:

—Tenéis que permanecer en el sótano. No podéis subir, y menos aún venir aquí.

—Cuando dices «aquí», ¿dónde es? —le preguntó una de ellas con descaro.

—«Aquí» es donde estén las estudiantes —contestó Fabio.

El padre Engelmann los interrumpió:

—Parece que la fábrica de jabón Yongjia está ardiendo. Esas llamas tan altas tienen que proceder de la gran cantidad de aceite almacenado allí.

Siguiendo su mirada, todos los allí presentes pudieron contemplar a través de la puerta del templo el gran resplandor que rompía la oscuridad del atardecer recién estrenado. Shujuan y las otras niñas corrieron hacia el patio. El brillo de las llamas iluminaba las vidrieras que habían conseguido sobrevivir, y hacía que la figura de la Virgen María con el Niño centelleara como una joya bajo las tiras de papel protectoras. Las estudiantes contemplaron embobadas aquella escena terrorífica y fascinante a un mismo tiempo. Las llamas les proporcionaban una visibilidad excelente aunque fantasmagórica. El terreno y el paisaje iluminados se hundían y volvían a aparecer flotando en su campo de visión.

Ah Gu y George estuvieron de acuerdo con el padre Engelmann en que el origen del incendio no podía ser otro que la fábrica de jabones Yongjia, en la calle Wudiao. Fabio ordenó a las niñas que regresaran al desván de inmediato. Aquel anochecer parecía anunciar un peligro inminente.



Cuando más tarde Fabio se dirigió al taller de encuadernación para asegurarse de que la trampilla estaba cerrada, se encontró para su sorpresa a la prostituta llamada Hongling dando vueltas frente a la puerta con un cigarrillo colgando entre los labios.

—¿Adónde crees que vas? —le increpó él.

Hongling, que buscaba algo con la mirada fija en el suelo, se sobresaltó por el grito y el cigarrillo se le cayó de la boca. Levantando su redondo trasero, se agachó a recogerlo.

—He perdido una cosa. ¿Tampoco puedo buscar? —dijo con una sonrisita.

—¡Vuelve a tu sitio! —contestó tajante Fabio, cortando cualquier posibilidad de conversación con ella—. ¡Si no cumples las normas, te echo inmediatamente!

—Te llaman Fabio el de Yangzhou, ¿no? —le preguntó Hongling sin dejar de sonreír—. Nos lo ha contado Ah Gu.

—¿No me has oído? ¡Haz el favor de volver a tu sitio! —le ordenó Fabio a la vez

que señalaba hacia la cocina.

—Ayúdame a buscar, va. En cuanto lo encuentre, regreso al sótano. Tienes el aspecto de un caballero extranjero, pero en cuanto abres la boca hablas como un auténtico campesino de Yangzhou.

Se echó a reír y todo su cuerpo se sacudió como si una ola lo recorriera de arriba abajo.

—¿No me preguntas qué estoy buscando? —dijo Hongling haciendo un mohín.

—¿Qué estás buscando? —preguntó él a regañadientes.

—Unas fichas del mahjong. Se cayó aquí y las fichas saltaron por todas partes, ¿recuerdas hacia dónde fueron? Las hemos contado y nos faltan cinco.

—¿La capital del país ha caído y a vosotras sólo os importa divertiros?

—Si ha caído, no es porque nosotras estuviéramos jugando. Además, si no jugamos, ¿qué podemos hacer aquí? ¿Morirnos de aburrimiento?

Fabio escuchó unas risitas sobre su cabeza y al levantarla vio a las estudiantes mirando a través de las ventanas del desván.

Hongling, consciente de que las niñas observaban su actuación, adoptó una actitud más teatral. Ya no tenía el aspecto desaliñado de cuando llegó. Se había peinado cuidadosamente y se había atado el pelo con una cinta de raso color turquesa.

Alzó la cabeza y se dirigió a las niñas:

—¡Si las tenéis vosotras, aún estáis a tiempo de devolverlas!

Ninguna reaccionó.

—Vosotras no podéis jugar sólo con cinco y nosotras tampoco podemos si nos faltan cinco.

Hongling estaba dispuesta a negociar con las niñas. Ellas cruzaron entre sí rápidas miradas, hasta que una más atrevida dijo, imitando su acento de Yangzhou:

—... tampoco podemos si nos faltan cinco.

El resto estalló en carcajadas.

—¡Quien haya cogido las fichas que se las devuelva! —les advirtió Fabio.

Las niñas se pusieron a hablar todas a la vez:

—¿Quién quiere nada suyo? No queremos que nos contagien ninguna enfermedad infecciosa.

—¡Eso es! —les gritó Hongling, furiosa—. Tengo el cuerpo lleno de llagas y he pasado por ellas las fichas para mancharlas de pus, así que a quien las haya robado se le habrá pegado todo.

Las niñas soltaron unos chillidos de asco, como si fueran a vomitar. Dos de ellas se asomaron y escupieron a la mujer, pero fallaron.

En ese momento apareció Zhao Yumo, que salió a buscar a Hongling en cuanto se dio cuenta de que no estaba en el sótano.

—¿Qué demonios haces ahí? A ti te dan una mano y te coges todo el brazo. ¡Vuelve al sótano!

Por el esfuerzo que hizo para levantar la voz, se notaba que no era una persona

acostumbrada a maldecir o insultar a la gente.

—Habéis sido vosotras las que me habéis dicho que buscara porque no podemos jugar si faltan fichas —protestó Hongling.

—¡Que vuelvas al sótano! —gritó de nuevo agarrándola y llevándola a rastras hacia la cocina. Hongling caminaba con los pies por delante, resistiéndose con las piernas y la parte superior de su cuerpo, que mantenía girada hacia las niñas mientras continuaba desafiándolas:

—Ahora ya lo sabéis. Esas fichas eran una trampa puesta especialmente para contagiar a quien las haya cogido y se las haya quedado.

Soltó una risotada que recordaba al graznido de un ganso y que quedó interrumpida por un «¡ay!». Se liberó de Yumo y, señalándola, se dirigió a George, que observaba la escena a un lado:

—Ella me ha pellizcado —le dijo con un tono cándido, como si esperara que él acudiera a defenderla.

Las estudiantes se mostraron encantadas por el desafío e, ignorando las órdenes de Fabio, pincharon a la prostituta antes de que se retirara:

—¡Vuelve aquí! ¡Te daremos tus cosas!

Tal y como esperaban, Hongling regresó corriendo. Las cabecitas infantiles que asomaban desde la ventana del desván parecían todas idénticas. Hongling levantó el rostro hacia ellas y estiró las palmas de las manos.

—¡Devolvédmelas!

Zhao Yumo intuyó las malas intenciones de las niñas y volvió a llamar a Hongling:

—Ten un poco más de dignidad, ¿quieres?

Pero llegó tarde. De las tres ventanas al mismo tiempo salieron despedidos unos huesos de cerdo con los que jugaban a las tabas. Si el odio de las niñas hubiera sido mayor o su puntería más certera, le habrían hecho cuatro o cinco heridas en la cabeza a Hongling o le habrían roto la nariz.

—¿Quién ha sido? —gritó Fabio, enfurecido—. ¡Xiaoyu, tú eres una!

La cara de Hongling estaba roja de rabia. Quería subir al desván para vengarse.

En ese momento Shujuan se asomó apartando a las otras compañeras.

—No ha sido Xiaoyu, he sido yo.

La mirada que Yumo clavó sobre ella bastó para que un escalofrío le recorriera la espalda a la niña de arriba abajo. La sensación que le podría causar el contacto visual con un demonio o con una serpiente debía de ser muy parecida a aquélla.

—Déjalo, vámonos —dijo Yumo dirigiéndose a Hongling.

—¿Por qué tengo que dejarlo? —protestó la otra. Al decirlo, salió a relucir su dialecto materno. Resultó ser de una región muy pobre al norte del río Huai.

—Porque esta gente nos ha acogido en esta ratonera. Porque bastante tienen con aguantar a personas como nosotras. Porque no estamos teniendo la delicadeza ni el tacto de corresponder a su generosidad. Porque nuestra vida vale menos que la de

cualquier persona y muertas no valdremos más que un alma en pena. Porque cualquiera puede pegarnos y humillarnos cuando le plazca —dijo Yumo.

Las niñas enmudecieron. La cara de Fabio reflejaba su desconcierto. Aunque era Fabio el de Yangzhou, aunque podía hablar y pensar en ese dialecto, fue incapaz de, utilizando la manera de pensar de Yangzhou, traducir correctamente sus palabras. Años más tarde, Shujuan cayó en la cuenta de lo ingeniosa que había sido Yumo a la hora de lanzar sus acusaciones contra las niñas, contra Fabio y contra el resto del mundo. Para preservar la inocencia y la pureza de las pequeñas y, por tanto, su superioridad, necesitaban asegurarse de que Yumo y las que eran como ella permanecieran siempre como seres inferiores.

Capítulo 3

Entrada la noche, las llamas resplandecían con tanta fuerza que la claridad no permitía dormir a las niñas. Shujuan estaba tumbada junto a Xiaoyu, cuyo padre era una de las personas más ricas de una región al sur del Yangtsé. Sus transacciones comerciales se extendían a Macao, Hong Kong, Singapur y Japón. Cuando Nanjing boicoteó los productos japoneses, su padre les cambió las etiquetas y los vendió como artículos hechos en China, por lo que sus ganancias no se resintieron lo más mínimo. Hacía negocios con Portugal, intercambiando vino tinto y blanco portugués por seda que él mismo adquiría a precios muy bajos. El vino tinto que utilizaban en la iglesia de Santa María Magdalena para las misas había sido una donación suya.

La relación entre Xiaoyu y Shujuan era muy delicada: tan pronto eran las mejores amigas como ni se conocían. Xiaoyu era una niña muy guapa y no parecía comprender con cuánta facilidad las niñas guapas herían a las personas, en especial a las que las admiraban y envidiaban, a las que anhelaban su amistad. Shujuan era una de estas personas. Si se sentía continuamente herida por Xiaoyu era, además, porque en su interior no aceptaba someterse a ella. Shujuan era muy buena en los estudios y también tenía hermosas facciones, pero mientras estuviera Xiaoyu en su entorno jamás llegaría el día en que podría destacar por encima del resto. La relación entre este tipo de niñas solía estar basada en los papeles de víctima y maltratadora, siendo habitual, además, que intercambiaran estos roles.

Xiaoyu puso su brazo sobre la cintura de Shujuan. Quería comprobar si estaba dormida. Shujuan pensó que no demostraría demasiada autoestima si reaccionaba enseguida. El día anterior Xiaoyu era la mejor amiga de Sophie. Si aquella noche había asumido la responsabilidad de lanzar las tabas contra aquella prostituta llamada Hongling en lugar de Xiaoyu, era porque en el fondo deseaba que se sintiese culpable por su deslealtad. En efecto, con eso logró que el corazón de Xiaoyu se sometiera. La niña hizo algo más de fuerza con el brazo y Shujuan se movió un poco.

—¿Estás despierta? —susurró Xiaoyu.

—¿Qué quieres? —preguntó Shujuan como si acabara de despertarse.

—¿Cuál crees que es la más guapa? —le preguntó Xiaoyu al oído.

Shujuan se quedó desconcertada por un momento, hasta que entendió que se estaba refiriendo a las prostitutas. De hecho, no se había fijado bien en ninguna de ellas. No se había rebajado a mirar con atención más que la espalda de aquella llamada Yumo. Pero no quería decepcionar a Xiaoyu. Las reconciliaciones tras las peleas eran los momentos más dulces de una amistad.

—¿Tú cuál crees? —respondió volviéndose hacia Xiaoyu.

—Vamos a verlas otra vez —le respondió.

Todas las niñas resultaban actuar igual: por un lado detestaban a las mujeres de

poca monta de los barcos-burdeles, pero al mismo tiempo se sentían fascinadas por ellas. Sólo con pensar que se ganaban la vida gracias a esa parte ultrasecreta que tenían entre las piernas, se sonrojaban y soltaban un gritito bajo el que ocultaban una agitación inexplicable en el interior de su cuerpo. El pecado tenía su lado atractivo y todo lo que ellas ni se atrevían a pensar o hacer parecían permitírselo los cuerpos de aquellas mujeres en su lugar.

Shujuan y Xiaoyu se deslizaron sigilosamente hacia el patio. El brillo de las llamas lo revestía todo de una transparencia áurea. Un viejo nogal americano se alzaba en mitad del jardín. Su enorme copa y sus ramas desnudas se abrían como garras hacia el cielo, como si fuera un árbol plantado boca abajo que quisiera echar raíces en la noche dorada. Un extraño olor a quemado flotaba en el aire.

Las dos niñas permanecieron de pie en medio del patio olvidando por unos instantes por qué habían escapado a hurtadillas. Se diría que sólo habían querido salir a comprobar que la casita de ladrillo rojo del padre Engelmann seguía allí; o que la luz de las velas resplandecía tras la ventana del dormitorio de Fabio. Las notas de una *pipa* las sacaron de golpe de su ensimismamiento.

El techo del almacén subterráneo llegaba justo a la altura de los muslos de Shujuan. Siguiendo por el muro de la cocina hacia la parte trasera se encontraban los respiraderos. En total había tres, cada uno cubierto por una rejilla metálica completamente oxidada. A través de ellos, Shujuan y Xiaoyu pudieron llevar a cabo su labor de espionaje.

Los dedos de Doukou tañían la *pipa*. Era una muchacha menuda y delicada. Su cara tenía la forma de un melocotón: redondeada por arriba y puntiaguda por abajo. Si se la observaba tapándole la parte inferior del rostro, parecía que se pasaba el día entero radiante de alegría; pero si se tapaba la parte superior, parecía entonces continuamente ofendida por algo, como si le acabaran de dar gato por liebre. Fuera como fuese, Doukou era muy guapa. De no ser por su baja condición, habría conquistado a quien se propusiera. El furtivo concurso de belleza que estaban llevando a cabo contaba ya con su primera candidata al triunfo.

El almacén había dejado de serlo para convertirse en un barco-burdel subterráneo. Por todas partes se extendían sus colchas de llamativos colores y los abrigo de piel de zorro y marta. Habían recubierto con el papel de aluminio de las cajetillas de cigarrillos los ganchos vacíos que servían originalmente para colgar salchichas y jamones, y de ellos pendían ahora pañuelos de gasa, sujetadores, corsés y demás prendas en un despliegue multicolor. Cuatro mujeres se hallaban de pie alrededor de un barril de vino sobre el que habían colocado una tabla de cocina contra la que repiqueteaban las fichas del mahjong. Estaba visto que el que les faltaran cinco piezas no iba a dejarlas sin diversión. Cada una tenía delante un tazón lleno de vino tinto; el mismo vino que donaba el padre de Xiaoyu y que se empleaba en las misas.

—¡Nanni! Déjame jugar una ronda —dijo Doukou.

Nanni estiró el párpado inferior del ojo derecho hacia abajo con uno de sus dedos

de uñas esmaltadas. Todas entendían lo que quería decir ese gesto: no te hagas ilusiones y sigue mirando.

—¡Uf! ¡Me aburro! —dijo Doukou al tiempo que tomaba entre las manos el cuenco de vino de Nanni y le daba un trago largo.

—¿Por qué no vas donde los monjes extranjeros y les pides un par de libros sagrados para distraerte? —le dijo Yumo entre risas.

—Ya he subido hasta el primer piso sin que nadie se diera cuenta, a ver qué había allí —les informó Hongling—, ¡y son todo libros! Fabio el de Yangzhou vive en la habitación al lado de la biblioteca.

—Yo también lo he visto —dijo la mujer de piel oscura—. ¡Hay libros como para levantar las murallas de la ciudad!

—Yusheng subió conmigo —explicó Hongling.

Las niñas se miraron entre sí y volvieron de nuevo a fijarse en la mujer llamada Yusheng: ¿qué tenía de «jade^[5]» aquella piel oscura?

—Si leyéramos todos esos textos de santos, podríamos entrar en un monasterio —dijo Hongling al tiempo que les mostraba una fila de fichas. Había ganado la partida. Arrastró hacia sí con ambas manos las monedas que se habían jugado.

—No se estaría nada mal. Nos darían de comer —dijo Yusheng.

—Yusheng, con esa gran barriga tuya te saldría a cuenta hacerte sacerdotisa para comer lo que quisieras —le dijo Nanni.

—Y si fuese en compañía de un monje extranjero que hablase el dialecto de Yangzhou, ya sería perfecto —dijo riendo Hongling.

—En un monasterio no se las llama sacerdotisas, ¿verdad que no, Yumo?

—Qué más da cómo se las llame. Todas comen sin carne y duermen sin carne —dijo Yumo.

—No comer carne, vale, pero lo de dormir sin chicha te resultaría muy difícil, Yusheng —dijo Hongling.

Se echaron a reír a carcajadas. Yusheng cogió una ficha y se la lanzó a Hongling. Aquello las hizo reír todavía más.

—Hongling, hoy ya es la segunda vez que recibes por culpa del mahjong —gritó alguien—. ¡Acabará matándote!

Yusheng y Hongling comenzaron una persecución a muerte por el sótano tropezando con todo mientras corrían.

—No te preocupes, Hongling. Mañana por la noche te conseguiré un poco de carne. Yo misma haré de celestina para que no tengas que dormir como una vegetariana —le dijo Yusheng.

Hongling hizo un gesto con los dedos que las niñas no entendieron, pero enseguida dedujeron que debía de ser algo obsceno al ver las risotadas de las prostitutas. Yusheng se frotaba su redonda barriga para aguantar el dolor de tanto reírse.

Yumo las observaba distraída en sus pensamientos. Estaba sentada sola sobre un

barril de madera tumbado, con un cigarrillo en una mano y un tazón de vino en la otra.

Después de haberlas estado contemplando tanto rato, las niñas cambiaron de parecer respecto a la primera candidata para ganar el concurso. A cada minuto que pasaba, les parecía que Zhao Yumo era más y más guapa. No era una belleza despampanante a primera vista, pero tras observarla con atención un rato, luego resultaba difícil de olvidar. Tenía una mata de pelo muy densa que daba la impresión de ser muy pesada cuando caía suelta a ambos lados de su rostro, y que hacía que éste pareciera muy pequeño. La forma de su cara no era ni cuadrada ni redonda, simplemente pequeña y no muy alargada. La barbilla sobresalía hacia delante dándole un aire ligeramente arrogante aunque no hiciera el gesto de levantar la cabeza. Era una arrogancia del tipo «si me miras por encima del hombro, yo también te miro por encima del hombro a ti». Sus ojos eran negros y grandes y te obligaban a preguntarte qué es eso que había visto y que la mantenía absorta, y que a ti se te escapaba. Su boca era su punto flaco. Fina pero grande, era una boca del tipo amargada y charlatana. Sorprendía que perteneciera a una persona que valoraba el silencio y medía sus palabras. Por su forma, también se podía pensar que era una mujer mezquina capaz de volverse contra un amigo sin misericordia. Su rasgo más sobresaliente era su alta autoestima: podría ser la concubina o la joven esposa de una familia rica e influyente, incluso una estrella de las que salían en los carteles de las películas. Tampoco parecía la misma que cuando había llegado aquella mañana. Se había puesto un *qipao* de algodón de florecitas azul oscuro con una chaqueta blanca y gruesa de la que colgaban a la altura del pecho dos pompones de lana a modo de adorno. Había tomado buena nota de la situación: estando en el territorio de las estudiantes tenía que mudar de piel completamente. Shujuan fue incapaz de descubrir si lo que la llevó a camuflarse bajo aquel recatado atuendo respondía a su afán de supervivencia o a su aspiración a sentirse como una igual entre ellas.

Capítulo 4

Al día siguiente por la mañana no se escuchaba ninguna actividad en el sótano. George bajó a llevar a las mujeres un poco de sopa, pero no quiso despertarlas. Más tarde, pasada la hora del almuerzo, fueron apareciendo una tras otra en la cocina y el comedor preguntando por qué no había nada de comer para ellas. Les fallaban las piernas del hambre que tenían.

Al ver que ignoraban totalmente su prohibición, Fabio convocó a Yumo en el comedor. Para apresar a los bandidos, había que capturar primero a su jefe.

—Es la última vez que os lo advierto —le dijo—. Si volvéis a salir a corretear por todas partes, dejaréis de ser bienvenidas aquí.

Yumo se disculpó.

—Entiendo que no seamos bienvenidas. Pero de verdad que están pasando mucha hambre.

Las mujeres fueron juntándose gradualmente a las puertas del comedor. Querían comprobar si su representante en las negociaciones estaba desempeñando con éxito sus funciones o si, por el contrario, necesitaba que acudieran como refuerzos. La fuerza de la elocuencia de las catorce compañeras juntas resultaría más difícil de derrotar.

—Os hablaré en un momento del problema de la comida. Primero volvamos sobre las normas que debéis obedecer —dijo Fabio.

Sus esfuerzos por transformar su dialecto de Yangzhou en el lenguaje refinado de la ciudad hicieron reír divertidas a algunas de las prostitutas.

—Entonces explícanos primero cómo organizarnos con el retrete —le pidió Nanni.

—¡Ya que no nos dais de comer, al menos dejadnos cagar! —dijo Doukou.

—Sólo hay un lavabo para las chicas allí dentro —dijo Hongling señalando al taller de encuadernación—, y las niñas lo han cerrado y se han quedado con la llave. No tenemos más remedio que usar el baño de la iglesia.

—¿Habéis utilizado el retrete de la iglesia? —les preguntó Fabio—. ¡Ése es para que lo utilicen las damas, los caballeros y sus distinguidos hijos cuando acuden a misa! Ahora que no queda agua en la cisterna, ¡debe de oler que apesta!

Yumo envolvió a Fabio con sus grandes ojos negros. Cuando miraba a alguien de esa manera parecía que sólo quedaban un par de enormes ojos en su pequeña carita. Además, resultaba imposible esquivarlos. A Fabio se le detuvo de golpe ese corazón que llevaba palpitando treinta y cinco años. Aún tenía que descubrir que cuando Zhao Yumo clavaba su mirada de aquel modo en un hombre, aquello siempre tenía sus consecuencias.

—Señor diácono, las chicas saben comportarse con dignidad, pero muchas veces

se ven obligadas a no hacerlo —dijo Yumo. Quería trazar una línea clara entre ella y las compañeras que se agrupaban en la puerta para que Fabio no las metiera en el mismo saco. Era una prostituta de cinco estrellas y, en tiempos de paz, un monje extranjero pobretón como él no podría permitirse ni siquiera el lujo de mirarla.

Cuando Fabio volvió a hablar, era obvio el efecto que había provocado la mirada de Yumo. Bajó su tono de voz y, como si estuviera recitando de memoria, le explicó que ya había dado órdenes a Ah Gu para ayudar a resolver las inconveniencias del uso del retrete. Él y George iban a cavar unas letrinas provisionales en el patio. Les darían dos cubos metálicos, además de dos cartones duros para que los usaran como tapa. Cuando los cubos estuvieran llenos, tendrían que vaciarlos en la letrina cavada para ello en la parte trasera del patio. Pero tenían que respetar un horario para vaciar los cubos: debían hacerlo antes de las cinco de la madrugada para evitar encontrarse con las niñas o con el padre Engelmann.

—¿Las cinco de la madrugada? Para nosotras la madrugada es ahora —dijo Hongling.

Levantó su mano regordeta y mostró un pequeño reloj de muñeca. La aguja pequeña señalaba entre la una y las dos del mediodía.

—A partir de ahora tenéis que respetar los horarios de la iglesia. Tendréis que comenzar el día a nuestra hora y respetar el tiempo de las comidas. Si os lo saltáis, lo siento por vosotras. Nuestras estudiantes están quitándose comida de sus propias bocas para dárosela a vosotras. Si no llegáis a comer, no es necesario que vean cómo los fideos se echan a perder ablandándose en la sopa.

Conforme iba hablando, Fabio se sorprendió a sí mismo al darse cuenta de la serenidad con la que charlaba ahora con la jefa de las prostitutas.

—¡Al final resulta que sí vamos a entrar en el monasterio! —dijo riendo Hongling.

Las mujeres sabían a qué se estaba refiriendo y rieron por lo bajo. Hasta Fabio, tan poco versado en las relaciones entre hombres y mujeres, captó que el motivo de aquellas risitas tenía alguna implicación sexual de la que él era el protagonista.

—¡Silencio, todavía no he acabado de hablar! —dijo recuperando su tono tosco. Parte de esa tosquedad iba dirigida hacia sí mismo, por haber dejado de serlo con las mujeres.

Yumo giró la cabeza e impuso orden sobre sus compañeras con una mirada severa. Las risas se detuvieron al instante.

—¿Cuántas comidas se hacen al día? —quiso saber Doukou.

—¿Cuántas desea, señorita? —dijo Fabio al tiempo que levantaba la barbilla, entornaba los ojos y rebajaba con una mirada de desprecio a aquella prostituta ya de por sí bajita.

—Nosotras estamos acostumbradas a cuatro comidas, más una extra por la noche —respondió Doukou muy seria.

Hongling se apresuró a intervenir:

—Por la noche nos basta con algo sencillo: unos cuantos tentempiés, una sopa, una copa de licor y listo.

Era evidente que Fabio se estaba poniendo furioso y le hacía gracia chincharle. Sabía por experiencia que cuando un hombre y una mujer peleaban, más fácil acababa siendo que intimaran, y de ahí su buen humor.

—¿Podremos asistir a misa? —preguntó Nanni.

—¡Aquí tienen a alguien que desea reformarse totalmente y empezar una nueva vida! —intervino Hongling, aplaudiendo divertida—. En realidad, ha oído decir que durante el oficio religioso se puede beber vino tinto. No caigáis en la trampa o acabará con todos los barriles.

—¡Piérdete! —le contestó Nanni, sin perder el buen humor.

Yumo corrió rápidamente un tupido velo:

—Señor diácono, de no ser por su benevolencia al permitir que nos quedásemos, posiblemente ya nos habría sucedido cualquier desgracia —mientras hablaba, volvió a clavar sus grandes ojos negros en Fabio—. En estos tiempos de guerra, no podemos estar más que profundamente agradecidas por que compartan con nosotras un tazón de sopa. Dé también las gracias a las niñas en nuestro nombre.

Fabio sintió que se hundía en la negrura de aquellos ojos enormes. Durante aquellos segundos, olvidó la condición de la mujer que tenía delante e imaginó que se hallaba en un jardín cualquiera, o a orillas del lago Xuanwu, o bajo la sombra de los plátanos franceses de la avenida Zhongshan, que se había topado con ella por casualidad y que no era preciso más para saber a simple vista que procedía de buena familia. Aunque la dignidad con la que se expresaba tenía algo de pose, su refinamiento y amabilidad eran auténticos. Sus palabras estaban a la altura de su apariencia, sin dejar de sonar, sin embargo, un tanto afectadas.

La intención de Fabio había sido zanjar el asunto con un par de indicaciones, pero se encontró inesperadamente guiando a Yumo hacia la parte posterior de la iglesia. Cuando vio que las demás los seguían desconcertadas, se detuvo y les pidió que fueran buenas chicas y regresaran inmediatamente al sótano. Al fin y al cabo, lo que acababa de decir Fabio era «por favor, sígueme» y no «por favor, seguidme».

A la espalda del edificio principal de la iglesia había un depósito cuadrado cuya agua almacenada se utilizaba para los bautizos. Estaba hecho de mármol blanco y el fondo se había teñido del rojo oxidado de las hojas de nogal que lo cubrían. Tras la caída de Shanghai en manos del enemigo, previa a la de Nanjing, a la gente le preocupaba más la supervivencia de su cuerpo que la de su espíritu y en tres meses no se había celebrado ningún bautizo. Fabio señaló el agua pardusca que cubría hasta la mitad del depósito.

—Quería que vinieras a ver esto. Desde vuestra llegada, el nivel ha descendido mucho. ¿Puedes, por favor, explicarles a las demás que no sigan robando el agua que queda para lavarse la cara y la ropa?

Fabio se avergonzó de sí mismo: no había ninguna necesidad de traerla a solas

hasta aquí para advertirle sobre aquello. «Lo que quieres es quedarte un rato más a solas con ella, que clave su mirada sobre ti una vez más, hundirte de nuevo en sus ojos negros». En ese momento, aquellos ojos le parecieron un peligro más terrible que la propia guerra.

—De acuerdo, comunicaré sus palabras, señor diácono —dijo Yumo con una leve sonrisa.

Aquella sonrisa aterrizó a Fabio. Las intenciones que albergaba y que él mismo no había podido reconocer hasta hacía un momento estaban clarísimas para ella, y ahora parecía querer consolarlo con aquel gesto: no tiene importancia, al fin y al cabo eres un hombre de carne y hueso.

—Si en tres días no se reanuda el suministro de agua, no tardaremos en morir de sed, igual que esta hierba marchita —dijo Fabio pisando el césped reseco y blanquecino del invierno. Percibió un tono de amargura en sus palabras que no pudo evitar y que a él mismo le sorprendió.

—Esto antes era un pozo, ¿verdad? —preguntó Yumo.

—Aquel año que nevó tanto, el potro del padre Engelmann lo pisó por accidente. Metió la pata delantera y se la rompió. Después de aquello, el padre ordenó a Ah Gu que lo sellara.

—¿Se puede volver a abrir?

—No lo sé, llevaría mucho tiempo hacerlo. Es posible que para cuando agotemos el agua que queda en el depósito, ya tengamos agua corriente.

Se advirtió a sí mismo que con esto ponía fin a la conversación.

Yumo pareció escuchar hasta esa advertencia que se había hecho él para sus adentros.

—No quiero robarle más tiempo —le dijo sonriendo apenas y con una pequeña inclinación de cabeza.

—Si la situación va a peor y no volvemos a tener agua, no sé qué haremos.

Fabio se dio cuenta de que había añadido un nuevo comentario sin ton ni son únicamente para retener a Yumo. Deseó que ella lo tomara como algo que se decía a sí mismo y que no había podido callar, y que se despidiera sin más. Pero no fue así y la mujer continuó con el hilo de la conversación.

—Habrà alguna manera. Si de verdad se ponen tan mal las cosas, podríamos salir a buscar agua y traerla. Cuando veníamos huyendo hacia aquí vimos un estanque un poco más al norte.

—¿Cómo es que no recuerdo ningún estanque?

Esto era lo último que decía. Dijera lo que dijera ella, no le contestaría.

—Yo sí me acuerdo —aseguró mostrando de nuevo aquella sonrisa que dejaba a las claras que era capaz de leerle la mente a cada instante. Los hombres siempre deseaban quedarse un segundo más a su lado, y más aún los que estaban tan solos como él. Desde el primer momento en que lo vio había captado lo solo que se sentía. Nadie lo reconocía como uno de los suyos. Tanto para la raza a la que pertenecía por

nacimiento como para la que lo había criado, Fabio era un extraño.

Él asintió con la cabeza mientras la observaba. Efectivamente, no pronunció una palabra más para alimentar la conversación, pero su mirada continuó hablando en su lugar sin que él fuera consciente de ello. Yumo se dio la vuelta y se marchó. Fabio descubrió lo bonita que era su espalda, lo hermoso que era todo su cuerpo.

Cuando se había alejado unos pasos, Yumo se detuvo y se volvió:

—Ayer por la noche hicimos una apuesta sobre en qué bando se quedaría usted si los chinos se pelearan con los occidentales.

—¿Tú qué crees?

Yumo se lo quedó mirando unos instantes, sonriente, y luego se marchó.

Un sentimiento de odio le sobrevino de repente: «¡Hija del demonio!». Una vez perdió de vista su espalda, se prometió a sí mismo que no le concedería ni medio segundo para que volviera a seducirlo con sus grandes ojos negros.



Aquella noche, el aguanieve que cayó hizo descender la temperatura varios grados más. El padre Engelmann estaba leyendo en la sala de lectura junto a la biblioteca. A pesar de que la chimenea se encontraba encendida, sintió cómo el frío le calaba los huesos. Tras el derrumbamiento del campanario, el aire se colaba por todas las habitaciones del primer piso. George no paraba de venir para añadir más leña, pero ni así lograba combatir el frío. La siguiente vez que fue a avivar el fuego, el padre Engelmann le dijo que era mejor que trataran de ahorrar. El suministro de carbón vegetal era escaso y en la Zona de Seguridad muchos enfermos y ancianos habían muerto congelados. A partir de ahora regresaría a su dormitorio para sus lecturas nocturnas.

En torno a la medianoche, incapaz de conciliar el sueño, decidió regresar a la biblioteca para coger unos cuantos libros. Justo cuando acababa de subir la escalera escuchó voces femeninas procedentes de la sala de lectura. Pensó que aquellas mujeres eran una auténtica plaga que infectaba todo a su paso. Caminó hasta la puerta de la estancia y vio a Yumo, Nanni y Hongling junto al fuego que quedaba en la chimenea, sosteniendo en sus manos ropa interior de todos los colores, cuchicheando y riéndose en voz baja mientras la secaban.

¡Precisamente entre esas cuatro paredes que albergaban incontables libros sagrados y de las que colgaban imágenes de santos!

El padre Engelmann apretó la mandíbula. Consideró que aquellas mujeres no eran merecedoras de escuchar sus reproches y fue en busca del diácono a su dormitorio.

—Fabio, ¿cómo han entrado esas mujerzuelas en la sala de lectura?

Fabio, que había estado bebiendo hasta emborracharse, acababa de caer profundamente dormido. El alcohol avivó su furia y momentos más tarde maldecía a voz en grito:

—¡Sacrílegas! ¿Cómo os atrevéis a venir aquí? ¿Tenéis idea de qué lugar es éste?

—¡Me han salido sabañones del frío! ¡Mirad! —dijo Hongling, sacando del zapato sus pies desnudos y levantándolos hacia los dos hombres. Las uñas habían perdido parte del esmalte. Al ver cómo Fabio retrocedía como si escapara de la peste, Nanni soltó una carcajada. Yumo le dio un codazo. Sabía que en ese momento se encontraban en serios problemas. Era la primera vez que veía perder la compostura a aquel viejo sacerdote que siempre se mostraba tan educado.

—¡Vámonos! —dijo al tiempo que escondía el sujetador que tenía en la mano. La cara le ardía por el calor del fuego, pero su espalda estaba helada.

—Yo no me voy. Si aquí hay fuego, ¿por qué tenemos que morirnos de frío? —dijo Hongling.

Se giró dándoles la espalda a los dos hombres y dirigió sus pies desnudos hacia la chimenea. Los estiró y los contrajo con agilidad como si estuvieran hablando en un lenguaje de signos.

—Si no os marcháis de aquí inmediatamente, os invitaré a todas vosotras a abandonar la parroquia al instante —les dijo Fabio.

—¿Cómo nos invitarás? —preguntó Hongling mientras curvaba el dedo gordo del pie en un gesto travieso y vulgar a la vez.

—No la lées —dijo Yumo levantándose y tirando de ella.

—¿Queréis que nos vayamos? Es fácil. Dadnos un brasero —replicó Hongling.

—¡George!

El padre Engelmann percibió una sombra que titubeaba en el rincón de la escalera. Se trataba de George. Su intención era dirigirse hacia la estancia a ver qué pasaba, pero de repente prefirió no intervenir en la pelea y sigilosamente se dio la vuelta para bajar la escalera.

—¡Te he visto, George! ¡Ven aquí!

El chico se acercó tenso como un palo. Echó un vistazo rápido a la sala y preguntó algo obvio:

—¿Aún no está descansando, padre?

—Te pedí que apagaras el fuego, ¿no lo entendiste? —dijo el padre Engelmann señalando la chimenea.

—Precisamente venía a apagarlo —dijo George.

—Es obvio que has echado más leña —le dijo el padre Engelmann.

—George no podía consentir que esta mujercita se muriera de frío, ¿a que no? —dijo Hongling echándole una miradita.

Él le devolvió una mirada rápida y el padre Engelmann comprendió al vuelo que el cocinero ya había disfrutado de los placeres de aquella prostituta de cuerpo opulento.

Capítulo 5

Fuera, en la oscuridad y el frío, un soldado del ejército chino se envolvió aún con más fuerza en su capote y trató de dormir, sin ningún éxito. Llevaba dos días oculto en el cementerio de la iglesia de Santa María Magdalena, sobreviviendo gracias a unos cuantos boniatos secos y al agua del depósito.

El soldado Dai era un comandante de veintinueve años, segundo oficial al mando del segundo regimiento de la 73.^a división del Ejército Nacionalista. Pertenecía a la división de élite enviada por Chiang Kaishek a Shanghai para combatir al ejército japonés. Chiang Kaishek contaba con otras dos divisiones más del calibre de esta 73.^a división, y eran las niñas de sus ojos. El oficial jefe instructor de las tres era el general Falkenhausen, un aristócrata alemán que incluso cuando no estaba enfadado daba muestras de su temperamento germano. La tropa que estuvo a punto de lograr en una semana que las fuerzas japonesas retrocedieran hasta el río Huangpu había sido precisamente la del comandante Dai.

Ya en Nanjing, su plan inicial la noche del día 12 de diciembre era llevar a medio batallón a defender a muerte el baluarte de la calle Zhongyan. Cuando comenzaba a oscurecer se cruzaron con un gran número de soldados y oficiales que huían hacia el río. Aunque no entendía el dialecto en el que hablaban pudo, sin embargo, enterarse a grandes rasgos de que en una reunión que había convocado aquella tarde el máximo oficial al mando de la defensa de Nanjing, el general Tang, con todos los oficiales de alto rango, se había decidido que todas las líneas se retiraran hacia el río. Se había comunicado la orden una hora antes.

A Dai le pareció completamente imposible. Ellos no habían recibido por radio ninguna orden de retirada. Y si su división de élite no la había recibido, ¿cómo es que esos soldaduchos se habían deshecho de las armas, habían enterrado las municiones y retrocedían sin autorización?

Lo que vino a continuación fue una negociación entre las tropas en retirada y las que la impedían, que pronto pasó de los insultos a los disparos. Por supuesto que en los registros militares aquello quedó como «fuego amigo». En realidad, un oficial de los que huían tiró al suelo de un empujón a uno de los jefes de compañía bajo el mando de Dai. Cuando este jefe se levantó, sacó su pistola y disparó a su atacante. Al instante, todos los soldados que marchaban para la defensa a muerte se dividieron en dos bandos y la mayoría se dejó arrastrar por la corriente de los que se retiraban. Los veintitantos restantes, aprovechándose de que ellos sí disponían de armas, al contrario de quienes se retiraban, se lanzaron al ataque contra los desertores. Tras poco más de cinco minutos de lucha, apareció un gran contingente de tropas que huían en tanques y camiones. El reducido grupo de hombres a las órdenes de Dai les cerró el paso, momento que aprovecharon los que escapaban a pie para tratar de trepar a los

vehículos. Los que ya estaban subidos se lo impidieron a empujones. En aquellos pocos minutos, el comandante Dai conoció el sabor amargo de lo que significaba una huida en desbandada. Habiendo crecido en una familia de militares, para él el día del fin del mundo no sería más trágico que una derrota como aquélla. Dio la orden de alto el fuego.

Cuando llegó hasta el río junto con su ayudante de campo eran ya las diez de la noche. Cada palmo de la orilla estaba abarrotado de personas que habían perdido cualquier esperanza de sobrevivir. Incontables manos se aferraban a los bordes de los barcos desesperadas por subirse a bordo. El ayudante intentaba abrirse camino entre la muchedumbre, pero nadie cedía el paso cuando anunciaba el alto rango de Dai ni el número de división a la que pertenecían, y no consiguieron acercarse a los últimos barcos en los que hubieran podido huir a salvo. A la una de la madrugada, la gente que trataba de embarcar excedía por diez la capacidad máxima de pasajeros. Cientos de manos continuaban aferrándose con una tenacidad inhumana a la cubierta, hasta que el jefe de la tripulación los amenazaba blandiendo un hacha sobre ellas.

Dai desistió de seguir intentándolo. Ya eran las tres y media de la madrugada y en la superficie del río no sólo navegaban barcos de motor y de vela sino que flotaban también bañeras de madera, arcones de alcanforero y tablas para lavar la ropa. En una situación desesperada como aquélla, la gente llegaba a perder el sentido común y no se le ocurría más que utilizar una tabla de lavar como medio de transporte con la vana esperanza de cruzar el Yangtsé y ponerse a salvo en la otra orilla. Dai calculó que los primeros en lanzarse sobre bañeras y arcones de madera ya debían de estar sepultados bajo las aguas heladas del mes de diciembre. Él y su ayudante dieron media vuelta y se abrieron paso para regresar por donde habían venido.

A las cuatro de la madrugada perdieron el contacto entre ellos. La carretera seguía abarrotada de soldados y civiles que se dirigían hacia el río. Un soldado no dejaba de soltar improperios mientras le quitaba la túnica a un civil que le contestaba con igual grosería. Pese a ir vestido con ropa fina llena de remiendos, estar descalzo y temblar de frío de pies a cabeza, el civil se negaba a ponerse el abrigo militar de invierno que le ofrecía a cambio en aquel «trato justo». El comandante Dai le dio una orden acompañada de un insulto, pero el otro no la oyó. Aquel soldado desesperado por hacerse pasar por un vendedor ambulante de Nanjing se habría convertido en otra víctima de un «fuego amigo» de no ser porque Dai no deseaba desperdiciar las cinco balas que le quedaban.

Se deslizó a tientas por los callejones. Las casas que no se habían derrumbado estaban cerradas a cal y canto. Entró en un patio en el que había caído medio muro y cuya puerta delantera había quedado carbonizada. Encontró tendidas bajo el alero de una veranda unas ristras de boniatos que aún no se habían secado al aire completamente. Las descolgó y se las guardó en los bolsillos.

Pretendía huir hacia el este siguiendo el mapa de Nanjing que había memorizado. El enemigo venía principalmente desde esa misma dirección. Si conseguía atravesar

sus posiciones y adentrarse en las aldeas que ya se habían rendido, podría sobrevivir aprovechando que eran lugares poco habitados en los que le resultaría fácil ocultarse. Desde allí, podría planear su siguiente paso. El oficio de militar no dependía tan sólo de conocimientos y experiencia, sino también de talento innato. Gracias a estas cualidades, había ascendido más rápido que sus compañeros de promoción de la Escuela Militar de Baoding y a sus veintinueve años era ya comandante. Él mismo reconoció como obra de su talento el plan de cruzar y esconderse tras la retaguardia del enemigo, aunque fuera una idea más bien temeraria.

Eran alrededor de las cinco de la mañana cuando se topó con el primer grupo de soldados japoneses que invadió la ciudad. Parecía como si hubieran entrado con la misión expresa de buscar alimentos y quemaban cada edificio en el que no encontraban nada que llevarse a la boca. Fue así como llegaron al patio en el que se había escondido Dai. Retrocedió hasta la parte de atrás y el corazón apenas contuvo su impaciencia al ver que únicamente entraban siete u ocho soldados. Un par de granadas bastarían para deshacerse de ellos. Sólo un estúpido hijo de perra desaprovecharía una ocasión tan ventajosa para enfrentarse al enemigo. Dai acarició las dos granadas que colgaban sobre su trasero y dudó si merecía la pena utilizarlas. Pero un buen militar no sólo poseía conocimientos, experiencia y talento, sino también fervor: la pasión que lo empujaba a entrar en acción sin pensarlo dos veces. Y Dai estaba poseído en ese momento por la misma pasión con la que había descargado su odio contra los japoneses en Shanghai.

El corazón le latía con fuerza mientras se escondía en la habitación principal del fondo del patio. La ventana de la estancia daba a un pequeño callejón. La abrió y vio que apenas necesitaría dos segundos para salir de allí. Estaba tan excitado que el disgusto que sentía por la caída de Nanjing desapareció completamente.

Los soldados japoneses se adentraron en el patio trasero y aparecieron en su campo de visión. Sostenía la pistola en una mano y entre sus dientes apretaba la anilla de seguridad de la granada. Tiró de ella, contó en silencio hasta tres y, al llegar a cuatro, la lanzó con suavidad. Para asegurarse de que no derrochaba el explosivo, tenía que arrojarlo de manera que cayese en el lugar ideal para explotar. En cuanto soltó la granada, se giró y saltó por la ventana. En ese momento fue consciente de lo beneficioso que le había resultado no descuidar el entrenamiento militar básico: no necesitó más de dos segundos para escurrirse por la ventana y caer en un abrir y cerrar de ojos a los pies del muro.

Hay que reconocer que la preparación de los soldados japoneses tampoco era mala y los dos que no resultaron heridos ni muertos por la explosión llegaron rápidamente a la ventana. Las balas impactaron sobre el tronco de un árbol a su izquierda y los restos de una pared a su derecha. Al cabo de unos instantes se dio cuenta de que le habían herido en la parte izquierda del torso.

Se topó de frente con un muro muy alto. El resplandor del fuego que ardía no muy lejos iluminaba una cruz al otro lado de la pared. Recordó que allí se situaba una

iglesia estadounidense. La única manera de entrar era trepando por el plátano que se alzaba junto al muro. El tronco estaba repleto de hendiduras y nudos en los que encajaban perfectamente sus pies y manos. Con cada paso, un chorro de sangre caliente brotaba de su herida.

Al llegar arriba vio unas ocho cruces más. Se trataba de un cementerio en el que había plantados varios cipreses y arbustos de acebo. Avistó una construcción que parecía un pequeño templo y corrió a refugiarse bajo su bóveda. Se sentó y se desabrochó los botones. Sacó de su macuto un botiquín de primeros auxilios. Tanteó con los dedos la herida y comprobó que no había ninguna bala: aquello era mejor de lo que había imaginado. Lo que tenía que intentar ahora era detener la hemorragia. En sólo unos segundos sus manos quedaron cubiertas de sangre. La chaqueta acolchada también se había empapado y el frío la había transformado en una plancha de hierro, helada y pesada.

Se vendó la herida. Los dientes le castañeaban con tanta fuerza que parecía que se le iban a romper. Aquel templete, que parecía de juguete, resultó ser un panteón de exquisita factura. Pensó que, si moría allí, se estaría beneficiando de la hospitalidad de un muerto desconocido.

Comenzaba a amanecer cuando se dio cuenta de que se había quedado un rato dormido.

En ese mismo momento escuchó el alboroto de unas voces femeninas. ¿Qué hacían allí tantas mujeres?

Capítulo 6

Shujuan echó una mirada al interior de su cuenco. La sopa parecía más aguada cada día. Estaba convencida de que George les daba ración extra a las mujeres del río Qinhuai.

A la hora de cenar, Doukou apareció por el comedor. Sabía que no estaba haciendo bien ni actuando con tacto. Arrastró las suelas de sus zapatos bordados sobre el viejo suelo de madera y dijo forzando una sonrisa:

—¡Hay sopa!

Las niñas le echaron una mirada convencidas de que con ella eran capaces de paralizar al ser más desvergonzado del mundo. Sin embargo, con Doukou no funcionó.

—A nosotras sólo nos han tocado un par de panes sequísimos.

Nadie le hizo caso. George había preparado cuatro barras de pan en total. Las dieciséis niñas, los dos clérigos y los dos empleados se habían tenido que repartir las otras dos.

Ya tenían algo sólido, ¿y además querían caldo? ¿Se creía que venir aquí era como entrar en la cocina de su casa?

—¿Os habéis acostumbrado a comer pan cada día? Yo soy un poco paleta y no puedo con el pan extranjero.

Doukou inclinó la olla que había encima de la mesa y echó un vistazo a su interior. Sólo quedaba un poco de sopa en el fondo, unos trozos de col blanca recocida y unos cuantos fideos reblandecidos. Echándole todavía más cara, cogió el cucharón de cobre. El cazo y el mango formaban un ángulo de noventa grados, por lo que llenarlo y servir la sopa requería levantar el cucharón bien recto, como si estuviera sacando agua de un pozo. Incapaz de cogerle el tranquillo, Doukou levantó y derramó la sopa varias veces en la olla. Las niñas hicieron como si no estuviera allí y continuaron concentradas en sus platos.

—¿Quién me echa una mano? —preguntó sonriendo con desfachatez y mostrando unos enormes hoyuelos.

—Que alguien vaya a avisar al diácono Adornato —dijo una de las niñas.

—Ya han ido —dijo otra.

Doukou no se dio por vencida.

—Si no queréis ayudarme, pues nada —les dijo con un mohín.

Se puso de puntillas tambaleándose sobre las puntas de los pies. Alzó el cucharón recto hacia la parte superior de la olla, pero su brazo era muy corto y, cuando ya lo había levantado hasta la altura de la cabeza, el cazo aún no había llegado al borde.

—La mesa es demasiado alta —dijo a modo de justificación.

—Eres un tapón y encima le echas la culpa a la mesa —intervino una de las niñas.

—He visto melones de invierno^[6] más altos —dijo otra.

—¡Melón de invierno lo serás tú!

Doukou ya había tenido bastante. Abrió la mano y el cazo cayó dentro de la olla retumbando como un gong que anunciara el inicio del espectáculo.

—Un melón de invierno podrido —añadió otra niña.

Parecía que los ojos de Doukou se le fueran a salir de las órbitas.

—¡Poneos de pie para insultarme si os atrevéis!

Ninguna de las niñas tenía ganas de «atreverse». Bastante favor le habían hecho ya prestándole atención a esa fulana. Así que continuaron tranquilamente y en silencio con su cena. Pero en cuanto Doukou se encaminó hacia la puerta, alguien soltó:

—Más podrido que un melón de invierno en junio. Sólo las moscas se lo comen.

Fue Xu Xiaoyu la que lo dijo.

—Tan podrido que apesta —añadió Sophie.

Doukou se giró, caminó hacia donde estaba sentada Sophie y, tomándola por sorpresa, vertió su cuenco de sopa sobre ella. Doukou no era mucho mayor que aquellas niñas, no tenía estudios y su mentalidad era bastante más infantil, sólo que su cuerpo había madurado antes. Las niñas encontraron en ese momento la ocasión de liberar la angustia, las preocupaciones y la tristeza acumuladas en sus corazones, y se lanzaron sin dudarle sobre Doukou. Una de ellas corrió a cerrar la puerta del comedor y se quedó apoyada de espaldas contra ella. Los japoneses eran aún un enemigo abstracto, mientras que aquella prostituta adolescente era un rival de carne y hueso.



La salida estaba bloqueada, pero no así la boca de Doukou, por la que no dejaban de salir obscenidades tan claras y nítidas que se colaron por entre los resquicios de la puerta hasta llegar a oídos de Fabio. Éste se acercaba caminando hacia el comedor demasiado despacio, como comprobó George con desagrado.

—Llevan un rato pegándose, padre. Me temo que se están destrozando.

En efecto, cuando se abrió la puerta, Doukou tenía la cara llena de sangre y le faltaba un mechón de pelo. Se palpaba con la mano la calva del tamaño de una moneda que le quedó en la cabeza y en la que se reflejaba la luz de las velas. George corrió a ayudarla a levantarse, pero Doukou lo apartó de un empujón y se puso de pie como pudo ella sola. Su boca aún no se había rendido:

—Desde pequeña mi abuela me daba palizas y me han partido en el cuerpo no pocos palos de escoba, ¿me van a dar miedo vuestros puños delicados? Más de diez contra una, ¡vaya chusma!

Las niñas permanecían pálidas y con lágrimas en los ojos, como si fuesen ellas las víctimas. Varias afirmaron con rotundidad que había sido Doukou la primera en insultarlas y pegarles.

—¿Alguna de vosotras está herida? —preguntó Fabio mientras paseaba la mirada de una a otra.

Le miraron. Por supuesto que lo estaban. Estaban profundamente lastimadas. Las palabras indecentes y sucias de aquella apestosa cría-larvas habían violentado sus oídos inocentes, más acostumbrados a las homilías del padre Engelmann, a la música del órgano y a los recitales de poesía clásica en clase. Todo lo que aún no eran para ellas más que hipótesis sobre las relaciones sexuales entre hombres y mujeres Doukou acababa de corroborárselo.

Fabio pidió a George que llevara a Doukou de vuelta al sótano. Cuando el cocinero regresó, informó al sacerdote de que «la señorita Zhao Yumo» deseaba verlo.

—¡No!

Él mismo se asustó ante la brusquedad de su tono. También la cara de sorpresa de George reflejó lo inesperada y abrupta que había resultado su indignación. Se giró y se dirigió como un rayo hacia la vivienda del padre Engelmann.

«¡Bah, Zhao Yumo! ¿Te crees que con un par de miraditas coquetas caeré en tus redes? —iba pensando para sí—. ¿Crees que tienes la sartén por el mango y que sólo con decir que me quieres ver tengo que salir corriendo? ¡Bah!».

Iba a encontrar la manera de deshacerse de ellas. Convencería al padre Engelmann para que les buscara un hueco en la Zona de Seguridad, que las metiera allí aunque no cupiera un alfiler. Los japoneses acudían a diario en busca de prostitutas, así que ellas les servirían y, de esa manera, asunto arreglado... ¿De verdad asunto arreglado?

Fabio ralentizó de repente sus pasos. A su pesar, se dio cuenta de que no tenía el corazón tan duro como para permitir algo semejante.

Cuando Fabio Adornato tenía seis años, sus padres se contagiaron de peste durante uno de sus viajes como misioneros y murieron casi al mismo tiempo. Para él, su verdadera madre era en realidad su «abuela», una mujer china a la que llamaba así aunque tan sólo era unos años mayor que su madre. Fue ella quien le abrazó desde el momento en que nació y la que lo acarreó a la espalda. Sus pechos flácidos y blandos habían sido el lugar en el que había disfrutado de la ternura y la calidez de una mujer durante su infancia. Sólo con recostarse sobre ellos se quedaba plácidamente dormido. Tras la muerte de sus padres, su verdadera abuela vino a China a buscarlo. Vestía de negro de arriba abajo, era alta y tenía el pelo muy rizado. Guarecido tras su «abuela china», se negó a presentarse frente a la verdadera. Había venido para llevárselo con ella a Estados Unidos. Una maestra de la escuela del pueblo tradujo con no pocas dificultades las palabras de ambas partes. En cuanto Fabio oyó las malas noticias, se escabulló sigilosamente.

Era la época en la que se acababa de cosechar el arroz y por todas partes se alzaban pajares en los que resultaba fácil esconderse. Por la noche, Fabio regresaba a hurtadillas a la cabaña de su «abuela china», cogía castañas de agua ya secas que la

mujer había puesto a secar al sol bajo el alero, unos pastelitos de arroz glutinoso y se comía todo de vuelta en el pajar. Fabio conocía también los lugares en los que ponían los huevos los doce patos moteados que ella criaba, así que se hacía con ellos antes de que su abuela llegara a la orilla del río a recolectarlos, rompía la cáscara y se los bebía crudos. La mujer se daba cuenta de que no dejaban de desaparecer cosas y sabía de sobra que el ladrón estaba en la familia. Se preguntaba si no estaría siendo una egoísta por guardar silencio para evitar que lo separaran de ella.

La abuela verdadera arregló la herencia de su hija y su yerno, puso en venta todos los muebles, ropa y demás objetos vendibles y esperó en vano medio mes a que Fabio regresara. Finalmente, no pudo soportar más la comida, el aposento, la manera de tener que hacer sus necesidades ni los mosquitos de aquella aldea china al norte del Yangtsé, y decidió renunciar a su plan de llevarse a su nieto con ella. Habló con el jefe del clan del lugar para que en cuanto encontraran a Fabio le pidiera a la maestra que le escribiera una carta en inglés y ella volvería otra vez a buscarlo. Sin embargo, nunca recibió ninguna carta de ninguna aldea china del norte del Yangtsé.

Ya de mayor, y aunque no llegó a confesarlo, Fabio se arrepintió de haber sido tan impulsivo y testarudo. Para entonces, el padre Engelmann ya lo había captado para entrar en el seminario. Cuando su abuela verdadera se marchó, Fabio y su «abuela china» buscaron refugio en la casa de un pariente lejano de ella, que había sido amigo de sus padres y que, precisamente, les había recomendado que contrataran a la mujer para ayudarlos en la casa. Tras su llegada, la abuela pasó a lavar y barrer para aquel pariente y Fabio, a compartir techo y comida con los señoritos de la casa. A los diecisiete años se graduó en la escuela secundaria misionera de Yangzhou, momento que coincidió con la visita del padre Engelmann. El sacerdote había acudido al colegio a dar una charla y se había acercado a hablar con él lleno de curiosidad por saber quién era aquel jovencito chino de rasgos occidentales. Cuando el cura regresó de Yangzhou a Nanjing, era Fabio Adornato quien cargaba con su equipaje. En el momento en que el padre Engelmann bajó del púlpito y se acercó hacia él sonriendo, se dio cuenta de lo solo que se había sentido en sus diecisiete años de vida, porque nunca había logrado sentirse un chino de verdad. Los modales reposados y elegantes del padre Engelmann, además de su elocuencia y sabiduría, se ganaron al joven Fabio en menos de una hora y el muchacho fue consciente entonces de que en realidad no deseaba ser chino. Comprendió también que el padre Engelmann se había fijado en él porque era occidental. Su nuevo mentor le dio a entender que si continuaba mezclado con los chinos y tratando de ser uno de ellos, desperdiciaría su vida. Eran como dos camellos que se hubieran topado el uno con el otro en medio de una manada de caballos. Se sintieron como dos amigos de toda la vida que se reencontraban por fin.

Cuando Fabio se graduó en el seminario de Nanjing, el padre Engelmann, que era uno de sus profesores, le consiguió una beca para que fuera a Estados Unidos a continuar con su formación durante tres años. Una vez allí, tuvo un encuentro con todos los miembros de su familia, que, entre mayores y niños, era muy numerosa.

Durante el tiempo que estuvo reunido con ellos se rascó tan insistentemente la cabeza que llegó a levantarse la piel. Cuando se sentía incómodo y nervioso comenzaba a picarle el cuero cabelludo como si lo tuviera lleno de hormigas. Fue entonces cuando se dio cuenta de que tampoco podría llegar a considerarse jamás estadounidense. Sentía que el Fabio que intercambiaba saludos afectuosos con sus parientes era un impostor. El verdadero permanecía acurrucado en un rinconcito en su interior, contando cada minuto y deseando que aquella reunión familiar acabara cuanto antes.

Cruzó la parcela de césped hasta llegar a la vivienda del padre Engelmann y llamó con suavidad a la puerta.

—Adelante.

La relación entre el sacerdote y Fabio mantenía intactas las buenas maneras del primer encuentro y no mostraba ni un ápice más de familiaridad. Si el padre Engelmann fuera tu vecino de la puerta de al lado, te saludaría la primera vez con una cordialidad sincera: «¡Me alegro de verte!», pero tras varios años como vecinos seguiría siendo «¡Me alegro de verte!». Podía crear una sólida sensación de ser viejos conocidos y que el grado de amistad ni fuera más allá ni desapareciera completamente.

—¿Ocurre algo, Fabio? —le preguntó sin invitarle a sentarse, como acostumbraba a hacer.

El padre Engelmann se hallaba junto a la radio de onda corta escuchando una emisora extranjera que informaba sobre la situación de Nanjing. Cuando Fabio se apresuró al interior, el viejo sacerdote lo miró y se volvió de nuevo hacia el aparato. Fabio se quedó junto a él en silencio, consciente de que no era momento de mencionar algo tan trivial como una pelea entre mujeres por la comida.

Fijó la vista en las marcas blancas rectangulares y ovaladas de diferentes tamaños que habían quedado sobre la pared de color crema descolorida y envejecida por el paso de los años. Al comienzo de los bombardeos, el padre Engelmann, por miedo a que el estallido de las bombas pudiera dañar los cristales y los marcos, había ordenado a Ah Gu que los descolgara y los guardara bien. Fabio recordaba el contenido de cada uno de los marcos ausentes, ya que el padre Engelmann no los había cambiado nunca de lugar ni los había sustituido por otros. El óvalo vertical más grande pertenecía al retrato de la madre del sacerdote. En su origen era una fotografía diminuta colocada en la parte posterior de un reloj de bolsillo que le había dejado su padre y que, tras una recomposición meticulosa y una ampliación realizada con mucha destreza, se había convertido en un retrato producto mitad de la ciencia y mitad del arte. El rectángulo blanco de la parte inferior izquierda correspondía a una foto de cuerpo entero del día de su graduación y daba testimonio de que el padre Engelmann también había sido joven. El óvalo horizontal de la parte inferior derecha pertenecía a la foto del Papa recibiendo al sacerdote.

—Parece que es verdad... —dijo el padre Engelmann, como si hablara consigo mismo—. Están ejecutando en secreto a los soldados chinos. Los disparos que se

acaban de escuchar vienen del campo de fusilamiento junto al río. Hasta los propios periodistas japoneses y los alemanes están estupefactos.

Aquella madrugada, pasadas las cinco, habían llegado los primeros disparos procedentes del río, unas ráfagas interminables. El padre Engelmann había sospechado que podían ser tropas chinas que aún seguían resistiéndose, pero según le explicaron luego las autoridades de la Zona de Seguridad todos los soldados chinos que no habían logrado huir en retirada habían sido capturados.

—Si los japoneses no están respetando las normas internacionales sobre el trato a los prisioneros de guerra, están desafiando a la civilización y la humanidad. ¿Te lo puedes creer? ¿Se trata de los mismos japoneses que conozco?

—Tenemos que encontrar la manera de hacernos con alimentos y agua. De lo contrario, mañana ya no nos quedará nada que beber —le contestó Fabio.

El padre Engelmann comprendió lo que le quería decir: respecto a sus suposiciones de que en tres días el ejército de ocupación restablecería el orden y pondría fin a aquella carnicería, no sólo no había el mínimo indicio sino que además se mataba por inercia y el final de todo aquello parecía muy lejano. Sus palabras tenían un significado más: la bondad que había demostrado con aquellas prostitutas al permitir que compartieran los escasos alimentos de los que disponían las estudiantes iba a tener enseguida funestas consecuencias para todos ellos.

—Mañana iré a la Zona de Seguridad a por comida. Ya sean patatas o boniatos, nos ayudarán a aguantar un par de días. No permitiré de ninguna manera que las niñas pasen hambre —dijo el sacerdote.

—¿Y pasados esos dos días? —preguntó Fabio—. Y el agua, ¿cómo lo solucionaremos?

—En este momento hemos de planear hora a hora. ¡Cada hora de vida es una hora ganada!

Fabio se enfureció al escucharlo. Más de una vez el padre Engelmann le había dicho que deseaba que corrigiera aquella «agresividad pasiva», que lo que tuviera que discutir lo hiciera sin tapujos, que cualquier crítica debía expresarla con franqueza, como haría un americano de verdad. La «agresividad pasiva» de Fabio era china y le disgustaba profundamente.

—Sobre el agua, ¿tienes alguna propuesta constructiva? —preguntó el padre Engelmann mirando a Fabio.

—Zhao Yumo ha dicho que cuando venían escapando hacia aquí pasaron por un estanque. Conozco bien Nanjing y no recuerdo que haya ninguno cerca, pero ella ha asegurado que lo vio. Quiero pedirle a Ah Gu que salga a buscarlo antes de que amanezca.

—De acuerdo. ¿Ves? Así lo haces muy bien. Ya hemos encontrado una manera.

La sonrisa a modo de recompensa que le concedió a Fabio no tenía nada que ver con su habitual sonrisa educada y fría.

Fabio se emocionó para sus adentros. Tantos años junto al padre Engelmann y

sólo durante aquellos diez minutos lo había visto irritarse y sonreírle de verdad. Parecía que el grado de familiaridad que aquel vecino había logrado preservar intacto durante tantos años podía alterarse.

—Avisa a las niñas, que vayan a la iglesia.

—Ya deben de estar dormidas —le dijo Fabio.

—Tú vete a llamarlas.

Capítulo 7

Las niñas ya se habían retirado a dormir. Cuando oyeron que Fabio las convocaba, se vistieron a tientas en la oscuridad y bajaron del desván. Al entrar en la iglesia vieron a Fabio sentado delante del órgano y al padre Engelmann vestido con la casulla para officiar funerales. Presintieron que algo terrible debía de haber sucedido y se agarraron entre ellas las manos congeladas. Aquellas niñas que cada día se traicionaban, se reconciliaban, se querían y se odiaban dentro de su pequeño mundo se sintieron en ese momento unidas como un equipo, una familia.

Como no había organista —el organista y el resto de profesores y estudiantes habían ido abandonando sucesivamente Nanjing—, le tocó a Fabio sustituirlo. Había estudiado un año de música en el seminario y sabía tocar lo básico. Se trataba de un órgano vertical y en tiempos normales servía para que las estudiantes practicasen canto. Ahora estaba envuelto con una vieja manta y sus notas sonaban como si hubiera cogido un resfriado.

Shujuan dedujo que alguien había muerto y que habían cubierto los tubos del órgano para que el himno fúnebre se oyese lo menos posible. O quizá había llegado a oídos del padre Engelmann la trifulca que habían tenido con Doukou y estaba a punto de hacer que se arrepintieran. Pero Doukou se lo merecía. Seguro que el padre podría comprenderlo y se pondría de parte de ellas.

Apenas había tres velas encendidas en toda la iglesia y las cortinas negras estaban echadas sobre todas las ventanas. Como protección contra los bombardeos, en cada edificio de Nanjing colgaban telas como aquellas que impedían que traspasara la luz.

Las notas del órgano sonaron medio afónicas y las niñas cantaron el réquiem entre susurros. El no saber por qué alma estaban rezando les hacía imaginar una pérdida todavía más vasta y profunda. Sabían que habían caído Nanjing y la zona al sur del Yangtsé, que ya no existía el derecho a ser un ciudadano libre, pero parecía que aún se había perdido algo más. Y esa pérdida inexpresable era la que las obligaba a estar allí de pie a todas y cada una de ellas como criaturas indefensas conscientes de un peligro inminente.

El padre Engelmann guió sus oraciones.

Shujuan lo observó allí de pie delante de la figura de Cristo crucificado. La sombra del sacerdote se superponía en la escultura polícroma sagrada y el aura divina de ésta envolvía el rostro del hombre.

—Niñas, no era mi intención alarmaros, pero ahora es mi obligación que estéis preparadas porque la situación va a peor.

Con voz grave y palabras concisas relató las noticias que había escuchado en la radio.

—Si estas informaciones son ciertas, si miles de prisioneros de guerra están

siendo ejecutados, creo entonces que hemos regresado a la Edad Media. No desconocéis el reprochable suceso de la historia de China en el que cuatrocientos mil prisioneros del Estado de Zhao fueron enterrados vivos. No parece que la historia haya evolucionado mucho desde entonces.

El padre se detuvo aquí. Hablaba con voz cada vez más entrecortada y su chino era cada vez más tosco.



De vuelta en el desván, ya entrada la noche, Shujuan permanecía acostada junto a Xu Xiaoyu, que sollozaba sin parar. Cuando Shujuan le preguntó qué le pasaba, ella le explicó que su padre era un hombre de infinitos recursos, que no había nada que se interpusiera en su camino, ¿cómo es que la había abandonado en ese lugar siniestro donde no había nada de comer, nada de beber ni un brasero para calentarse?

—Bueno, mis padres están ahora en Estados Unidos bebiendo café y tomando huevos con beicon —le susurró Shujuan al oído.

—Cuando mi padre venga a buscarme, te llevaré conmigo —dijo de repente Xiaoyu, sacudiendo con fuerza la mano de Shujuan.

—¿Tu padre va a venir a buscarte?

—¡Claro que sí! —aseguró Xiaoyu, ofendida. ¿Cómo podía Shujuan menospreciar a un padre con tanto dinero, poder y tan experto en artimañas como el suyo?

—Ojalá llegara mañana —Shujuan no anhelaba menos que su compañera la aparición de su padre. Coincidía el ser su mejor amiga con el momento idóneo. Gracias a ella podría escapar del asedio japonés y salir de Nanjing.

—¿Adónde te gustaría ir? —le preguntó Xiaoyu.

—Iré a donde vayáis vosotros.

—Entonces iremos a Shanghai. A las concesiones de Inglaterra, Francia y Estados Unidos no puede llegar la guerra. Estaremos bien, mejor que en Hankou, donde sólo hay catetos de pueblo.

—Vale, vayamos a Shanghai.

Shujuan no se atrevía a llevarle la contraria, no fuera a ser que prefiriera hacerle el favor a otra, que no pudiera beneficiarse de su amistad y se tuviera que quedar en aquella ciudad llena de muertos. Aunque le resultaba un poco humillante tener que ponerse en sus manos, le consoló pensar que le quedaría mucha vida por delante para recobrar su dignidad con creces.

Les llegó el eco del timbre de la puerta. En menos de tres segundos, todas las niñas se habían incorporado y una detrás de otra se agolparon en la ventana. Desde allí vieron a Ah Gu y a Fabio pasar corriendo hacia la puerta. Ah Gu llegó primero con un farolillo en la mano. Fabio lo alcanzó y le hizo enérgicos aspavientos para que apagara la llama, pero ya era demasiado tarde. La luz había llegado antes que él y se

había colado por el quicio hacia el exterior.

—Se lo suplico, abran, soy de la tropa de enterramiento... Traigo un soldado que todavía vive. Si no os apiadáis de él, los demonios japoneses lo volverán a fusilar...

—Marchaos, por favor —dijo Fabio utilizando intencionadamente un chino rudimentario con acento extranjero—. Ésta es una iglesia estadounidense y no intervenimos en la guerra entre el ejército chino y el japonés.

—Señor... —esta vez sonó la débil voz de alguien muy malherido, alguien que había perdido mucha sangre—, se lo suplico, ayuda...

—Por favor, marchaos. Lo lamento mucho.

Fuera, el miembro de la tropa de enterramiento levantó la voz:

—¡Los demonios japoneses pueden llegar en cualquier momento! ¡Lo matarán a él y me matarán a mí! ¡Tenga compasión! Yo también soy cristiano.

—Llévalo a la Zona de Seguridad —le dijo Fabio.

—Los japoneses acuden allí decenas de veces al día en busca de soldados y heridos. ¡Se lo suplico!

—Lo siento mucho, no podemos hacer nada. No puedes forzarme a violar la neutralidad de nuestra iglesia.

A lo lejos se escuchó el sonido de unos disparos.

—Alma caritativa, se lo ruego... —dijo el miembro de la tropa de enterramiento. A continuación sus pasos se alejaron paralelos al muro.

Fabio no sabía qué hacer. No podía permitir que el soldado muriera desangrado al otro lado de la puerta o que lo llevaran de nuevo al campo de ejecución, pero tampoco podía poner en peligro las vidas que se refugiaban en la iglesia.

En ese momento surgió de la oscuridad el padre Engelmann, vestido todavía con la casulla para officiar funerales.

—¿Qué está ocurriendo? —les preguntó a Ah Gu y a Fabio.

—Hay un soldado chino herido fuera que ha escapado del campo de fusilamiento de los japoneses —explicó Fabio.

El sacerdote esperó a recuperar el aliento. Se notaba a simple vista que no tenía ni idea de cómo actuar.

—¡Os lo suplico! —cada palabra que salía de la boca del soldado lo hacía atravesando un profundo dolor.

—Ahora tampoco podemos no abrir la puerta. Si muere ahí, nos pondrá en una situación muy comprometida —dijo Fabio en inglés.

El padre Engelmann se lo quedó mirando. Fabio tenía razón, pero no quería arriesgarse a perder la posición de neutralidad de la iglesia ni la ventaja de poder proteger allí a las estudiantes.

—No puede ser. Ah Gu podría cogerlo y llevarlo a otro sitio.

—¡Eso sería lo mismo que enviarlo a la muerte! —dijo Ah Gu.

Afuera, el soldado herido no dejaba de quejarse y decía algo con una voz que ya no sonaba a humana. Decía que le faltaba poco para desangrarse completamente.

Vistos desde la ventana de Shujuan, los dos clérigos vestidos de negro y Ah Gu parecían tres piezas de ajedrez. Con toda probabilidad, lo que urgió al padre Engelmann a abrir la puerta fue el anuncio de que «le faltaba poco para desangrarse por completo». Tomó, pues, la llave de la mano de Ah Gu y con un *cataclac* descorrió el cerrojo alemán, desatrancó la puerta y retiró la cadena de hierro. Listo. La puerta se abrió pesadamente y las niñas respiraron aliviadas.

Pero entonces, con gestos aún más rápidos y decididos, el padre Engelmann volvió a cerrar la puerta antes de que nadie pudiera entrar. El cerrojo sonó una y otra vez mientras intentaba volver a echarlo, aunque sus movimientos ya no eran igual de precisos. Fabio le preguntó varias veces qué pasaba y no halló respuesta. Finalmente, consiguió bloquear de nuevo la puerta.

—Afuera no hay sólo uno, ¡son dos! ¡Dos soldados chinos!

Por su tono, era obvio que el sacerdote sentía que se habían burlado de su buena fe.

Volvió a escucharse la voz del enterrador:

—¡Por allí vienen los demonios japoneses! ¡Vienen a caballo!...

Al parecer, había fingido que se marchaba y que dejaba allí abandonado al soldado herido. Había sido muy astuto, porque sabía que aquellos religiosos extranjeros no podrían ignorar a un hombre herido al que habían tratado de fusilar y que estaba a punto de morir desangrado. Tal y como esperaba, el padre Engelmann había caído en la trampa y había abierto la puerta. Los había engañado diciendo que sólo había un herido porque se temía que, siendo más, no los acogieran en la iglesia.

—Es verdad que se oyen los cascos de los caballos —dijo Ah Gu.

Hasta Shujuan sabía que si los soldados japoneses giraban justo por el callejón que daba a la iglesia, todas las personas de dentro y de fuera estarían acabadas.

—¿Cómo has podido mentirme? Está claro que no hay sólo un herido. En una situación como ésta y vosotros los chinos seguís mintiendo como bellacos.

—Padre, puestos a ayudar a alguien, ¿qué más da que sean uno o cien?

Era la primera vez que Fabio se enfrentaba abiertamente con su mentor.

—Tú calla —fue su respuesta.

Aunque los de fuera no entendían lo que decían aquellos dos extranjeros, sabían, sin embargo, que de ello dependía que siguieran vivos o muertos. El enterrador, cada vez más nervioso, les informó a la desesperada:

—El ruido de los caballos viene hacia aquí.

El padre Engelmann se giró para volver por donde había venido con la llave en la mano. No había dado más de seis pasos cuando una sombra se interpuso en su camino. Por la rapidez y el sigilo con los que actuó, era fácil deducir que pertenecía a un militar excelentemente preparado.

Sophie, que estaba al lado de Shujuan, gimió como si fuera un cachorrito. La guerra había cruzado aquellos muros y el lugar estaba a punto de convertirse en un campo de batalla.

—¡Abra la puerta ahora mismo! —dijo quien había lanzado ese ataque por sorpresa mientras se aproximaba al padre Engelmann. A lo lejos, un edificio ardía en llamas y el resplandor iluminaba a intervalos las distintas zonas del patio. Gracias a esa luz, las niñas pudieron ver a un soldado que sostenía una pistola contra el pecho del sacerdote. Bajo la túnica negra, el corazón le palpitaba con fuerza amenazado por el arma. Shujuan pensó que si el militar era un poco sensible, podría percibir sus latidos desbocados atravesando el cañón de la pistola hasta llegar a su mano.

Fabio arrancó la llave de la mano del padre Engelmann, abrió la puerta y permitió que entrara un pequeño grupo de hombres: un cuerpo tumbado sobre una carretilla en medio de un charco de sangre, el soldado herido que había conseguido conmovierlos con sus palabras apoyado en una rama gruesa a modo de muleta y el miembro de la tropa de enterramiento, un hombre de unos cincuenta años con un chaleco negro y que tiraba de la carreta.

Al poco de volver a cerrar la puerta, los jinetes japoneses pasaron por delante canturreando y riéndose de sus bromas. Parecían de un humor excelente.

Dentro, todos se quedaron en sus posiciones inmóviles como figuras de barro a la espera de que se alejara aquel grupo de soldados tan alegre. El militar chino sostenía su pistola con ambas manos, preparado para abrir fuego en cuanto se entornara la puerta. Permanecieron quietos hasta que el sonido de los cascos de los caballos se perdió en la noche.

—Vamos abajo a echar un vistazo —susurró Shujuan a Xiaoyu.

—¡No podemos! —dijo Xiaoyu al tiempo que la agarraba.

—Venga, es fácil.

La expresión de Xiaoyu se endureció.

—Ve tú sola. Y no cuentes con que yo vaya a salvarte el pellejo.

Shujuan la ignoró. Abrió la trampilla y la escalera de madera se desplegó ante ella. Oyó entonces cómo Xiaoyu les decía a las otras niñas:

—Miradla, ya la está liando.

Aquello le sentó fatal. Hacía un momento había contado sólo con ella para aquella misión secreta y ella se había apresurado a delatarla. Descendió hasta el taller de encuadernación, desatrancó con cuidado la puerta y la abrió lo suficiente para poder observar lo que estaba sucediendo afuera. No le gustaba que la mantuvieran al margen de ninguna situación, aunque lo hicieran por protegerla.

A través de los escasos centímetros de abertura de la puerta, Shujuan observó que el conflicto del patio aún no estaba resuelto. La carretilla se había convertido en un tanque de ataque y atravesaba rechinando el suelo de la parroquia mientras el militar les abría camino pistola en mano. Shujuan vio que el chaleco del hombre que tiraba de la carretilla tenía un círculo de tela blanco pegado delante y otro detrás, y dedujo que era el uniforme de los miembros de la tropa de enterramiento.

—Ah Gu, trae las medicinas del botiquín inmediatamente, sobre todo mucho algodón y gasas, y dáselas para que se las lleven —dijo el padre Engelmann dando a

entender a las claras que no iba a permitir que se quedasen.

El hombre de la pistola no depuso su actitud amenazante.

—¿Adónde quiere que vayan? —preguntó al sacerdote sin dejar de apuntarle.

—Por favor, baje el arma para hablar conmigo, comandante —replicó el otro muy digno.

Había conseguido distinguir su cargo militar. Y también que en la parte inferior izquierda de su uniforme destacaba algo de color oscuro. Era una mancha de sangre.

—Padre, discúlpeme —dijo el comandante aún sin bajar el arma.

—¿Cree que podrá obligarme a alojarlos a punta de pistola?

—La gente sólo accede a escuchar frente a un arma.

—¿Y por qué no va con su pistola a que le escuchen los japoneses?

El militar no respondió.

—Verá, oficial —continuó el sacerdote—, nadie consigue entablar una conversación conmigo con un arma. Por favor, bájela.

El militar bajó la pistola.

—¿Le importaría decirme quién es usted y cómo ha entrado aquí? —le preguntó Fabio.

—Entrar no ha sido nada difícil. Llevo aquí dos días. Soy el comandante Dai Tao, jefe segundo del segundo regimiento de la 73.^a división.

Su discusión se vio de pronto interrumpida por unos susurros.

Shujuan se asomó un poco y vio a Hongling al frente de media docena de mujeres que se acercaban desde la cocina. Ahora sí que no se podrían quejar de que «estaban muertas de aburrimiento». Al ver aquella masa de carne y sangre sobre la carretilla pararon los cuchicheos. Por primera vez fueron conscientes de que la paz de aquel refugio era un espejismo, y que sus risitas y sus bromas habituales de antaño quedaban convertidas también en una falsa ilusión. Los ríos de sangre que corrían fuera de allí habían penetrado finalmente aquellos muros.

—¿A cuánta gente han fusilado? —preguntó el comandante mirando al soldado herido de la carretilla y luego al soldado con rango de sargento primero que se apoyaba en la rama.

—Unos cinco mil o seis mil —contestó éste, y a continuación añadió en un tono donde se mezclaban la tristeza, la indignación y la deshonra—: ¡Nos engañaron! Esos perros nos dijeron que nos llevaban a una isla en medio del río a arar nuevas tierras de cultivo, pero al llegar a la orilla no había ni un barco...

—¿Sois de la división 154.^a? —le cortó el comandante.

—Sí, ¿cómo lo sabe, señor? —le preguntó el sargento.

El comandante Dai no respondió. Había deducido el número de su división por el acento de la región con el que hablaba.

—No perdáis más tiempo y buscad un lugar caldeado donde vendarle las heridas —dijo el comandante como si hubiera tomado el control de la iglesia y fuera él quien mandara allí.

Cuando el que tiraba de la carretilla y el sargento cojo se disponían a obedecerle, el padre Engelmann los detuvo:

—Esperad un momento. Comandante, os acabo de salvar una vez —dijo señalando la puerta principal—, pero no puedo de ninguna manera volver a ayudarlos. En la iglesia se refugia un grupo de niñas de poco más de diez años. Si os permito demoraros más tiempo, los japoneses dispondrán de una excusa para irrumpir aquí —dijo utilizando un chino tan pedante que a los demás les costó entenderlo.

—Si salen de aquí, volverán a fusilarlos —dijo el comandante.

Hongling aprovechó este momento para intervenir:

—¡Malditos japoneses asesinos! Oficial, pueden hacerse un hueco en el sótano con nosotras.

—De ninguna manera —dijo el padre Engelmann, alzando la voz.

—Padre, deje que primero les venden las heridas y luego ya veremos, ¿de acuerdo? —le pidió Fabio.

—Ni hablar. Bastante complicada está ya la situación. No tenemos agua ni comida. Con tres personas más... Por favor, paraos a pensar. De las dieciséis estudiantes, la mayor sólo tiene catorce años. ¿Qué haríais vosotros en mi lugar? Seguro que actuaríais como yo y no permitiríais que se alojaran aquí militares. Vuestra condición de soldados puede provocar que acudan los japoneses, ¿sería justo para las niñas?

Su chino sonó tan preciso esta vez que a nadie le costó entenderlo.

—¿Cree que si no es por nosotros los japoneses no vendrán? ¡No hay lugar en el que no se atrevan a entrar! —dijo el sargento.

El padre Engelmann se quedó un momento pensativo. Aquel argumento estaba cargado de razón. En plena barbarie de ocupación militar, no existían los lugares prohibidos ni sagrados. Se giró hacia el comandante:

—Por favor, hágase cargo de mi situación y lléveselos de aquí. Dios os protegerá para que lleguéis a salvo a la Zona de Seguridad. Id y que Dios os acompañe.

—Llévalo ahí dentro —ordenó el comandante al enterrador al tiempo que señalaba la cocina—. Dadle un poco de agua y luego examinaré sus heridas.

Se limitó a actuar como si simplemente no comprendiera el chino del padre Engelmann.

—No os lo permitiré —dijo éste colocándose delante de la carretilla. Las mangas de su casulla se desplegaron como dos alas negras.

El comandante volvió a apuntarlo con la pistola.

—¿Va a disparar? Si lo hace, la parroquia será suya y podrá alojarlos donde le plazca. Vamos, dispare.

El comandante liberó el seguro de la pistola.

Fabio abrió la boca de par en par pero no se movió. Temía que el mínimo movimiento pudiera sobresaltarlo y provocar un disparo.

El soldado herido de la carretilla emitió un quejido que sonó como el lamento de

un moribundo. Era también la voz aguda de un joven de catorce o quince años al que le estaba cambiando la voz. ¿Cómo podían seguir con sus disputas ante el sufrimiento de aquel soldado adolescente? ¿Qué podría haber más importante en aquel momento?

—Está bien, tratadle primero las heridas y luego ya veremos —accedió el padre Engelmann.

—¡Ya he calentado agua!

George había presenciado en silencio aquel conflicto desde el comienzo. Hacía rato que se había posicionado y ya había tomado la iniciativa de comenzar los preparativos para atender al herido. Lo primero había sido poner a hervir la poca agua que les quedaba para beber en el depósito.

George se apresuró a abrirle camino a la carretilla y el sargento los siguió apoyándose en la rama. El grupo completo de prostitutas había subido del sótano y, sin mediar palabra, observaron al joven soldado medio muerto y al sargento cojo. No era fácil discernir si aquella escena les producía repulsión o terror, si se apartaron como si dejaran pasar a una comitiva fúnebre o para darles la bienvenida.

El comandante Dai se dispuso a ir tras ellos pero el padre Engelmann lo detuvo.

—Comandante, deme la pistola.

El militar frunció el ceño: ¿qué se creía aquel anciano extranjero? Ni los japoneses habían podido desarmarlo.

—Si desea buscar refugio en esta iglesia, debe entregar las armas. Gozamos del privilegio que nos brinda nuestra neutralidad. Si se acuartelan personas armadas, perderemos esta posición ventajosa. Por ese motivo, tiene que entregarme la pistola.

El comandante miró aquellos ojos claros de distinta raza y sólo dijo:

—No.

—Entonces no puedo dejar que se quede.

—No me quedará mucho tiempo, quizá uno o dos días.

—Aunque sea un minuto, si se queda tiene que hacerlo como un ciudadano corriente. Si los japoneses descubren que se aloja aquí con un arma, no podré defenderlo ante ellos ni tampoco demostrar que la iglesia es un lugar neutral.

—Si de verdad entran los japoneses y no tengo mi pistola, sólo me quedará dejarme matar por ellos.

—Sólo si me entrega el arma se podrá refugiar aquí en calidad de ciudadano. De lo contrario, tendrá que marcharse inmediatamente.

El comandante dudó unos instantes y a continuación dijo:

—Sólo estaré una noche más. Me iré en cuanto los dos soldados heridos me informen sobre la masacre de prisioneros a manos de los japoneses.

—Ya se lo he dicho. Ni siquiera un minuto.

—Comandante, hágale caso al padre —intervino Fabio—. Usted también está herido. Si sale de aquí sin nada que comer ni beber y con soldados japoneses por todas partes, ¿cree que irá muy lejos? Al menos espere a que se le cure la herida y se sienta recuperado antes de marcharse.

Su dialecto del norte del Yangtsé resultó de lo más eficaz para hacerle entrar en razón. Parecía estar apaciguando a dos muchachos del pueblo que se hubieran peleado.

El comandante Dai puso lentamente el seguro, que encajó con un *clic*. A continuación giró la pistola dirigiendo la boca hacia él y se la tendió al padre Engelmann.

Capítulo 8

Fabio bajó al sótano y pudo comprobar que aún se guardaban las formas en aquel refugio provisional. Habían colgado una vieja cortina de la biblioteca para dividir en dos el espacio: los hombres se habían instalado en un rinconcito y el resto había quedado para las mujeres. Jamás había percibido un olor tan turbio y denso como el de aquel almacén subterráneo. Cereales, encurtidos, quesos, vino... almacenados generación tras generación que, aunque ya habían dejado de existir materialmente, seguían conservando una existencia inmaterial, y no sólo como esencia, sino que además seguían teniendo vida: sus aromas continuaban fermentando, enriqueciéndose y haciéndose más espesos y concentrados. Con el paso de los años habían ido sufriendo graduales variaciones hasta convertirse en un único olor, amo y señor del lugar, que ofrecía una feroz resistencia a cualquiera que se adentrara en su territorio.

Mientras descendía la escalera el olor le golpeó de tal manera que estuvo a punto de desvanecerse. Al ya predominante se le habían añadido los efluvios corporales de más de una docena de mujeres y tres hombres, dos grandes cubos para excrementos, perfumes, cremas de belleza, aceite para el cabello, maquillaje en polvo, tabaco...

El sargento primero se llamaba Li Quanyou y el joven soldado Wang Pusheng. Según llegó a saber Fabio, el joven soldado llevaba apenas un mes en el ejército. Lo habían arrastrado directamente desde el campo de boniatos a las puertas de su casa hasta el campamento y enfundado allí en un uniforme militar. Aquel mismo día recibió un fusil y una cartuchera, a continuación lo llevaron a una era donde le enseñaron unos cuantos movimientos de carga con bayoneta, unas cuantas posiciones de disparo y lo enviaron sin más a Nanjing. No había descargado ni un solo tiro, ya que, como les explicó el oficial al mando, las balas valían su peso en oro y debían conservarse para el campo de batalla. Ya en acción, tan sólo había empleado una pequeña parte de la munición cuando cayó herido. En el momento en que la tropa al completo se rindió, él aún no había comprendido del todo que su carrera militar ya había terminado y que, a sus quince años, su vida también estaba prácticamente acabada.

La herida de la pierna izquierda del sargento primero era muy grave. Había recibido cuatro cuchilladas que le habían seccionado los tendones de la parte posterior de la rodilla. Parecía como si aquélla fuera la primera parte de su cuerpo que hubiera muerto y la arrastraba como una pesada carga inerte. El comandante Dai tuvo que insistir mucho antes de obtener respuestas sobre cómo los habían condenado al paredón y habían conseguido sobrevivir. A sus primeras preguntas, Li Quanyou se limitaba a contestar: «No quiero hablar de ello. ¡Hijos de puta! Ha sido un infierno». O bien: «No recuerdo nada». Así hasta que le dieron a beber un poco de vino, y entonces sí le contó al comandante todo lo sucedido de principio a fin. El vino

pertenecía, naturalmente, a las existencias de la iglesia. Fueron las mujeres las que lo robaron para los militares. Para entonces, ellas y ellos ya se habían convertido en compañeros de fatigas.

El comandante le explicó la historia a Fabio, que, a su vez, se la contó al padre Engelmann.

Al día siguiente de haber prestado el juramento de que lucharían por defender la ciudad hasta el final, la tropa de Li Quanyou y Wang Pusheng perdió todo contacto con el cuartel general y el oficial al mando no supo hacia dónde debía dirigir la ofensiva ni cómo atacar. Tampoco tenían manera de conocer la posición de las tropas enemigas. Ni siquiera sabía todavía el oficial que sus superiores los habían traicionado y que en aquel momento los equipos de radio ligeramente más avanzados y en mejor estado de las líneas del frente ya habían sido cargados en vehículos y barcos y estaban siendo transportados hacia la retaguardia. La artillería desplegada, a falta de todo contacto por radio, no sabía con qué unidades debía coordinarse ni a quién debía reforzar.

En aquellas tropas que hubieran podido servir de refuerzo para evitar la toma de la ciudad por parte del enemigo, pero que finalmente no entraron en acción, se encontraba un soldado veterano de treinta años, el sargento primero Li Quanyou. Cuando el ejército japonés atravesó sus líneas para adentrarse con paso marcial en Nanjing, fue consciente de que se habían convertido en las piezas comidas de un tablero de ajedrez.

Afortunadamente había oscurecido y el cruce de sus tropas con las del enemigo se produjo sin que se percataran de su cercanía. Ya en plena noche, sus propios superiores los abandonaron. Todos los que tenían grado de capitán para arriba se esfumaron aprovechando la oscuridad. Al amanecer, apareció un helicóptero japonés desde el que un colaboracionista chino les anunció a través de un altavoz:

—¡Soldados chinos! El Gran Ejército Imperial Japonés da un trato preferencial a los prisioneros. Sólo tenéis que deponer las armas y lo que os espera es arroz, té caliente y carne y pescado en lata de nuestras provisiones...

En ese momento los soldados chinos llevaban más de tres días sin oler siquiera el aroma del arroz cocido. El helicóptero sobrevoló la cima de la montaña mientras bajo los árboles de la ladera los soldados chinos alzaban la cabeza hacia el cielo. Al poco el aparato regresó y en lugar de la voz del traidor se escuchaba ahora la de una mujer nipona entonando una canción china con acento japonés. La tercera vez que apareció, el cielo se llenó de papeles blancos, amarillos y rosas. Los soldados chinos los atraparon y los que sabían leer un poco les informaron:

—¡Son octavillas que nos envían para que nos rindamos!

Otros capaces de reconocer más palabras acabaron de leer:

—Pone que prometen no matarnos ni pegarnos, que nos darán comida y alojamiento y que sólo si nos resistimos se verán obligados a acabar con todos nosotros. Todos los soldados chinos de Nanjing se han rendido y están recibiendo un

buen trato.

En otra de las octavillas no se mostraban tan amables y explicaban que la espera del Ejército Imperial tenía sus límites y que si no se entregaban antes de las cinco de la madrugada del día siguiente, sería demasiado tarde.

Aquella noche los soldados chinos discutieron todas las alternativas posibles. Li Quanyou le propuso a uno de los jefes de pelotón que se dividieran y aprovecharan la oscuridad para escapar. Quizá no lo lograrían, pero podían probar suerte.

—Me temo que esa idea tuya también la habrán tenido los japoneses —le dijo el jefe de pelotón.

Otro sargento primero intervino:

—Cojamos estas octavillas y si luego los japoneses no cumplen lo que dicen, podemos presentarlas como pruebas. Aparece impreso incluso el nombre de su comandante, ¿cómo se va a atrever a negarse a hacer lo que dicen?

En los panfletos se detallaban también las normas de la rendición: primero, tenían que juntar todas las armas y apilarlas en un solo montón; segundo, los soldados debían formar grupos y filas y marchar encabezados por una bandera blanca, que podía ser tanto una sábana como una camisa de ese color; tercero, todos los soldados y oficiales tenían que llevar las manos en alto por encima de la cabeza y los militares japoneses les recomendaban que salieran de sus escondites en orden, ya que cualquiera que lo rompiera recibiría un severo castigo.

Li Quanyou no tenía nada sólido que llevarse a la boca, pero aún conservaba media bolsa de tabaco. Fue rellenando la pipa una y otra vez a medida que pensaba qué decisión tomar: entregarse junto con el resto de la tropa, o bien quedarse agazapado allí, o aprovechar la oscuridad para escabullirse a tientas. Si tuviera algo para comer, no pensaría en rendirse. Sus compañeros sacaron de sus bolsillos el tabaco que les quedaba y se lo ofrecieron entre ellos. Los densos pinos y robles exhalaban un aire húmedo y frío que empapaba en medio de la noche a varios miles de cuerpos hambrientos cuyo único alivio era poder fumar.

No sabían que en ese mismo instante los soldados japoneses, diez veces inferiores en número a ellos, observaban al pie de la montaña con cierto temor el centelleo de los cigarrillos que se extendía por toda la ladera. Al fin y al cabo, aquellos chinos formaban un colectivo militar fuerte y poderoso, y en caso de que fallase la rendición trampa que les habían propuesto en las octavillas, no sería fácil vencerlos.

Finalmente, Li Quanyou abandonó la idea de escapar o quedarse allí escondido. Si se rendían, sabía a qué atenerse. Al menos las octavillas de los japoneses les permitían vislumbrar el siguiente paso; sin embargo, las consecuencias de ocultarse o huir eran imprevisibles. Además, igual que sus compañeros de armas, ante un destino incierto prefería seguir al grupo, un grupo que aunaba el coraje de varios miles de soldados. La idea de que, en el peor de los casos, los exterminasen era mucho más fácil de aceptar si la sobrellevaban entre todos.

A las cinco de la madrugada se alzó la primera bandera blanca. La llevaba un

corneta, que utilizó una sábana abandonada por uno de los comandantes huidos. Cortaron la tela en cuatro trozos y la repartieron entre cuatro grupos. Acababa de echarse la niebla y no fue hasta que los prisioneros chinos llegaron al encuentro de los soldados japoneses, cuando se dieron cuenta de la desproporción de número entre los escasos enemigos y ellos. Si hubieran intentado romper el cerco la noche anterior, lo habrían conseguido, pero al no disponer de radios no pudieron enterarse de la situación global del ejército chino y ahora su enemigo había sacado partido de ello.

En ningún momento durante la invasión de Nanjing de 1937 el ejército japonés había albergado intención alguna de cumplir con el Convenio de Ginebra relativo al trato de los prisioneros de guerra.

Desde otro sendero se aproximó un grupo de soldados heridos que aún podían caminar por sí mismos; entre ellos se encontraba un joven con la cabeza vendada. El grupo de Li Quanyou recibió la orden de detenerse en el ramal del camino para que los heridos pasaran primero. Los japoneses parecían comportarse con auténtica cortesía al darles preferencia para que fueran los primeros en llegar al lugar en el que recibirían «comida y alojamiento». Li Quanyou y Wang Pusheng no se conocían todavía.

Guiados por las cuatro banderas blancas, los prisioneros chinos caminaron en silencio a lo largo de la carretera. Cada diez metros había un soldado japonés que los escoltaba con el fusil en horizontal mientras un intérprete chino les gritaba de vez en cuando que mantuvieran el paso o que caminaran un poco más rápido. Los prisioneros aprovechaban la presencia de los intérpretes para preguntarles adónde los estaban llevando los japoneses.

—No lo sé —respondían con la misma cara inexpresiva que los japoneses que los trasladaban.

—¿Más adelante hay comida y agua? —preguntaba otro prisionero.

—¿Cómo no va a haber? —respondía el colaboracionista.

—¿De verdad que los japoneses no nos van a pegar ni a matar?

—¡No van a mataros! ¡Vamos, camina deprisa!

Algunos de los prisioneros seguían agarrándose a aquellas octavillas como a un clavo ardiendo y se las mostraban a los traidores chinos para que vieran que sus esperanzas estaban fundadas, que no se habían inventado nada y que los japoneses tendrían que cumplir sus promesas.

Los que intercambiaban unas pocas palabras con los colaboracionistas rápidamente se las retransmitían al resto de la tropa: «¿De verdad que no nos van a matar?», «Dice que no nos van a matar», «¿De verdad que nos van a dar comida?», «Dice que sí, que nos van a dar comida».

Conforme se extendía el rumor, las palabras se iban acomodando cada vez más a sus deseos: «Allí delante nos darán de comer. Ya estamos cerca. Los japoneses nunca asesinan a los prisioneros de guerra...».

Pero tras un rato caminando ni la comida ni el alojamiento acababan de

materializarse y, a medida que avanzaban, sus certezas iban quedando de nuevo en el aire.

—¿A quién le has escuchado que nos darán de comer?

—Pues a ti.

—¿A mí? Yo sólo he dicho que parecía que faltaba poco para que nos dieran de comer.

—Preguntemos a otro intérprete.

Eran más de las diez de la mañana cuando levantó la niebla y llegaron a las afueras de una fábrica destruida por las bombas. El oficial japonés y el intérprete intercambiaron unas palabras. El colaboracionista tomó un megáfono y se dirigió a los prisioneros:

—¡Soldados! Podéis descansar aquí un rato hasta que lleguen nuevas órdenes de arriba.

Un soldado chino tuvo el valor de preguntar en voz alta:

—¿Es aquí donde nos van a dar de comer?

La mirada de acero del oficial japonés cayó sobre él y al resto de prisioneros se les heló la sangre. ¿Acaso tenía pinta de que les fueran a dar comida y alojamiento en un lugar como aquél?

Contemplaron el lugar que habían cruzado dos días atrás, ahora carente de vida y vacío como si estuviera endemoniado.

El oficial se dirigió de nuevo al intérprete y éste, a su vez, a los prisioneros:

—La comida se servirá al llegar al río. Después se os llevará en barco hasta una isla para que trabajéis en las nuevas tierras de cultivo. El ejército japonés necesita grano y vosotros vais a encargáros de proporcionarlo.

Al oír esta explicación, todos los prisioneros se sintieron reconfortados. Fuera como fuese, resultaba verosímil y les daba esperanzas. Pese a que el hambre apenas les permitía sostenerse de pie, recobraron ligeramente el ánimo.

—Mientras descansamos y nos reorganizamos aquí, debéis mostraros pacientes y cooperar con los soldados japoneses. Ahora tenéis que dejar que os aten las manos...

El megáfono siguió con su parloteo al tiempo que los prisioneros expresaban en voz alta su desconcierto:

—¿A cuento de qué nos tienen que atar las manos?

—Ellos tienen armas y nosotros ni una, ¿y todavía quieren maniatarnos?

—¡Ni hablar!

Se formó un gran alboroto.

Uno de los oficiales japoneses dio un grito y todas las bayonetas se pusieron en posición de ataque.

Los prisioneros callaron y se apretaron un poco más entre ellos.

Por el megáfono comenzaron a emitirse las órdenes traducidas del oficial:

—Lo de ataros es para que guardéis el orden. Cuando el barco esté cruzando el río, cualquier desorden que se produzca puede resultar peligroso. El Ejército Imperial

lo hace por vuestra seguridad.

El traidor chino gritó hasta quedarse ronco, pero no consiguió convencer a los prisioneros.

—Y si nos atan las manos —gritó uno de ellos—, ¿cómo vamos a comer cuando lleguemos al río?

El intérprete no supo qué responder. ¿No habían dicho los japoneses que comerían al llegar al río? ¿Cómo decían ahora que los ataban para mantener el orden en los barcos? ¿Cómo iban a sostener los tazones y coger la comida con las manos atadas? Siendo tan pocos, ¿podían los soldados japoneses encargarse de darles la comida a todos? ¿Qué tenían que creerse exactamente de todo lo que les habían contado?

El oficial japonés se plantó frente al intérprete y le preguntó por qué estaban tan alterados los prisioneros. El colaboracionista esbozó una sonrisita y señaló todas las contradicciones del plan que habían trazado.

El oficial se quedó pensando unos instantes y le susurró algo al intérprete. Éste se giró y levantando el megáfono dijo:

—Soldados, el teniente coronel considera que tenéis razón y reconoce haber descuidado algunos detalles. Vamos a hacer lo siguiente: primero acamparemos aquí y en cuanto nos pongamos en contacto con la tropa de aprovisionamiento os lo anunciaremos.

Escoltaron a Li Quanyou y sus compañeros hasta el interior de la fábrica. Más de cinco mil prisioneros tuvieron que apretarse unos contra otros en aquel espacio en el que era imposible hacerse un hueco para estirarse y echar una cabezada. Sin embargo, el cansancio y el hambre extremos lograron que aun sentados se quedaran dormidos. Cuando al oscurecer se fueron despertando uno tras otro, ninguno tenía fuerzas para ponerse en pie.

Li Quanyou estaba situado en la periferia del grupo. A un paso de él había una larga bayoneta y subiendo con su mirada por ella llegó hasta un rostro inexpresivo. Era el de un soldado japonés de unos dieciocho o diecinueve años.

—¿Agua? —le preguntó—. ¿Tienes agua?

El soldado japonés se lo quedó mirando igual que miraría a una mula o a un mueble.

Li Quanyou hizo el gesto de beber mientras pensaba para sus adentros que ni un taburete de madera sería tan insensible como aquel soldado.

—¡Agua! —otro prisionero se unió a la petición de Li Quanyou. Gesticuló a la vez que pronunciaba cada una de las palabras lenta y cuidadosamente, como si así pudieran sonar a japones.

El soldado continuó sin abrir la boca y sin mover un músculo.

Varios prisioneros más se unieron a él:

—¡Agua! ¡Agua! ¡Agua!...

—¿Por qué disimulas, cabrón? —dijo Li Quanyou—. ¡Está claro que nos

entiendes! Si no nos dais de comer, al menos dadnos un trago de agua.

—¡Agua! ¡Agua!... —clamaron cada vez más prisioneros. Un oficial japonés dio un grito y los fusiles quedaron listos para disparar.

Los prisioneros bajaron la voz y murmuraron:

—Ya sabía yo que no teníamos que entrar en esta fábrica destruida. No hay sitio ni para atacarlos.

—Teníamos que haber luchado por la mañana, cuando nuestro estómago no estaba tan vacío.

—Teníamos que haber luchado ayer por la noche, ¡con todos los que éramos y todas las armas que teníamos!

—Si hubiéramos sabido lo pocos que eran, no habríamos hecho ni caso a las octavillas. Hicimos mal en no pelear.

—Ya vale. No peleamos entonces y ahora importa un carajo que nos arrepintamos —zanjó el tema Li Quanyou.

En ese momento se presentó ante ellos el intérprete:

—Soldados, debido a problemas logísticos os tengo que pedir un poco más de paciencia. En cuanto crucemos en barco hasta la isla se servirá la comida.

—¿Seguro que habrá comida?

—El teniente coronel os da su palabra. Ya se ha puesto de acuerdo con los cocineros de la isla para que preparen empanadillas cocidas al vapor para cinco mil personas.

—¡Empanadillas para cinco mil!

Los murmullos volvieron a elevarse entre los prisioneros. Cualquier cifra concreta servía para aumentar la credibilidad de aquella información.

—¿A cuántas nos tocarán por cabeza?

—¿Habrá para todos?

—¿Cuánto tarda el barco en llegar a la isla?

El intérprete intervino de nuevo:

—Los barcos ya están esperando en la orilla. Por favor, que todo el mundo coopere ahora y salga bien formado en fila.

Los prisioneros hicieron acopio de las últimas fuerzas que les quedaban para ponerse de pie. Después de tres o cuatro segundos en los que todo pareció darles vueltas y oscurecerse a su alrededor, consiguieron poco a poco estabilizarse. A la gran mayoría, un sudor anormal provocado por la debilidad les cubrió la espalda y la frente. Al llegar a la puerta de la fábrica en ruinas, el intérprete se dirigió a ellos en un tono amable:

—Por favor, que todo el mundo colabore y ofrezca las manos a los soldados japoneses para que se las aten. Para poder mantener el orden en el barco, no hay más remedio que causaros esta pequeña molestia.

En medio del atardecer, la fila de bayonetas parecía más densa que a plena luz del día. Las ráfagas de varias decenas de linternas oscilaban sobre los rostros de los

prisioneros. El colaboracionista siguió hablando:

—Es sólo para evitar riesgos y que no se produzca ningún percance. Por favor, no lo malinterpretéis.

Para Li Quanyou, la severidad de los japoneses no se correspondía con el tono amistoso del traidor chino, aunque apenas le restaban fuerzas ni para analizar la situación. El hambre, la sed, el miedo y la ansiedad de aquel día habían hecho de él un pedazo de madera andante.

Tras una hora más de marcha, llegó a sus oídos el murmullo de las olas del río. Asomaba en el horizonte una luna redonda. Pasaron a formar filas de a uno en lugar de filas de a dos y fueron llegando a la orilla gradualmente. Para cuando apareció el último grupo, la luna brillaba radiante en lo alto del cielo.

Permanecieron de pie con las manos atadas a la espalda y pronto comenzaron las preguntas:

—¿Dónde están los barcos? ¿Cómo es que no hay ni uno?

No había ni rastro de los intérpretes, y ellos mismos se encargaron de deducir la respuesta: seguro que aparecerían en cualquier momento; aquello no era un muelle y no podían atracar; seguro que se encontraban en algún atracadero cercano.

La brisa del río levantaba gotas de agua diminutas como partículas de polvo que caían sobre los más de cinco mil prisioneros.

—Entonces ¿qué hacemos aquí?

—Pues esperar al barco.

—Pero ¿no habían dicho que el barco ya nos estaba esperando?

—¿Quién lo ha dicho?

—El intérprete.

—¡Lo que dice ése no vale una mierda! Aquí no hay muelle, ¿cómo va a echar amarras un barco? Tiene que estar atracado cerca de aquí y vendrá cuando ya estemos preparados para subir.

—¿Y por qué no nos llevan directamente al muelle?

Ante esta pregunta todos enmudecieron. Fue un jefe de pelotón quien la hizo, un muchacho de veintiún años con cierta formación y bastantes luces. Li Quanyou percibió el temor de sus ojos. Nada más llegar a la orilla del río, el jefe de pelotón había escrutado el terreno. Era una extensión en forma de herradura abierta al Yangtsé y rodeada por tres promontorios. El camino que bajaba por ellos hasta la orilla era muy escarpado y estrecho y por eso los habían obligado a romper la formación y bajar en fila de a uno. ¿Quién podría hacer que un barco atracara allí para cargar un número de personas tan grande? Nadie.

El jefe de pelotón señaló a Li Quanyou la cima de los promontorios, cercada de soldados japoneses cuyas armas iluminaba la luz de la luna. Cada varios metros había una ametralladora.

—¿Qué pasa? ¿A qué seguimos esperando?

Nadie respondió ya. Algunos de los prisioneros no podían sostenerse en pie y se

sentaron. El hambre y la sed los habían vuelto muy dóciles y estaban resignados a su suerte.

La luna atravesó el cielo de un extremo al otro y los barcos siguieron sin aparecer. El frío intenso, tan doloroso hasta momentos antes, había congelado sus pies y ahora apenas podían sentirlos. Sus muñecas atadas se habían entumecido y también habían dejado de dolerles, como si ya no existieran.

—¡Maldita sea! Ya sabía yo que no teníamos que haberles dejado atarnos las manos.

—Desde luego. Si no nos hubieran atado, aún podríamos pelear.

—Encima las octavillas tenían el nombre de su comandante.

—¿Hasta cuándo vamos a tener que esperar? Si no morimos congelados, acabaremos muriendo de hambre.

Li Quanyou no dejaba de alzar la cabeza hacia los soldados apostados en la cima de los tres promontorios. También daban la impresión de aguardar algo, especialmente cada una de las ametralladoras allí colocadas. Por la posición de la luna y las estrellas, debía de ser algo más de medianoche.

Dos horas después, a más de la mitad de los prisioneros la espera los había alelado y otros cuantos estaban a punto de enloquecer. Los heridos se recostaban apoyándose los unos sobre los otros. Algunos de ellos se apretujaban para cubrirse bajo un mismo abrigo y no paraban de escucharse quejidos. A esas horas de la noche el frío era tan cortante que, si a los que estaban sanos les estaba produciendo un sufrimiento insoportable, qué decir de los que tenían heridas abiertas. Entre estos últimos, sólo un joven soldado dormía profundamente. Se trataba de Wang Pusheng. Los heridos habían gozado de un trato preferencial: no les habían atado las manos.

Entre él y Li Quanyou había siete u ocho personas.

Li Quanyou volvió a girar la cabeza y vio que comenzaba a clarear detrás de los soldados japoneses. La luz se reflejaba sobre aquel montón de cascos metálicos transformando poco a poco su color negro en verde. Acababa de girar la cara de nuevo hacia el río cuando escuchó un ruido muy débil, tan débil que dudó si había sido producto de su imaginación. Sonó al gesto ágil y preciso de un oficial bajando el sable, cortando en dos el aire con el filo.

Li Quanyou era un soldado inteligente y experimentado que sabía pelear y matar, y también huir y esconderse. Gracias especialmente a estas dos últimas habilidades había llegado a cumplir treinta años intacto y de una sola pieza.

Al escuchar aquel levísimo sonido, la primera idea que le vino a la cabeza fue que tenía que tirarse al suelo. Aquélla era la prueba de que no se podía confiar en nadie, especialmente en las promesas de los soldados enemigos. En medio de las tinieblas fue consciente de que él y sus cinco mil compañeros habían caído en su trampa. Le costaba imaginar el porqué de aquel engaño, pero lo que sí comprendió era que se hallaban atrapados sin salida y que los detalles de aquel plan estaban perfectamente rematados. Cualquiera que planeara una trampa no albergaba buenas intenciones, así

que él, en cuanto escuchó aquel sonido, estudió a toda velocidad con la mirada el terreno que lo rodeaba en busca de una vía de escape. Se encontraba a unos diez o doce metros de distancia del río, por lo que las posibilidades de huir por allí eran escasas. A su derecha vio que el suelo se hundía ligeramente formando un hueco.

En ese momento, todos los prisioneros pudieron escuchar el sonido del roce del metal.

—¿Qué van a hacer? —preguntó uno.

La respuesta fueron más de diez ametralladoras disparando al mismo tiempo.

Li Quanyou ya se había tirado al agujero y allí se quedó tumbado.

El cuerpo de uno de sus compañeros de armas cayó sobre él y se agitó con la cabeza apoyada sobre su espalda. Su sangre caliente y sus sesos le empaparon rápidamente. Otro cuerpo rodó por un momento hacia un lado y luego hacia el otro hasta que, siguiendo la inclinación del terreno, cayó en el hueco. Li Quanyou sintió la parte baja de su abdomen aplastada bajo aquel peso. Sí que podía tener fuerza un moribundo. No dejaba de arquearse sobre él, curvando y levantando la cadera repetidas veces en un movimiento acrobático de gran dificultad provocado por el dolor. Con cada nuevo espasmo, el arco se fue haciendo cada vez más pequeño hasta que se quedó plano y los embates de la vida se aquietaron poco a poco. Li Quanyou comprobó que las vísceras humanas eran capaces de gritar. Mientras aquel cuerpo se arqueaba, emergió de sus profundidades un sonido espeluznante y atroz.

Las ametralladoras siguieron disparando un buen rato. Los cadáveres que cubrían a Li Quanyou eran inútilmente asesinados una y otra vez. Cada vez que una bala impactaba contra ellos, aquellos cuerpos que se iban enfriando gradualmente volvían a cobrar vida y se sacudían con violencia. Cada sacudida llegaba directamente al interior de Li Quanyou y le recorría hasta el fondo de su mente y su alma, como si los disparos le alcanzaran también a él.

Cuando el silencio se hizo de nuevo y la sangre y otros líquidos vitales que se derramaron sobre Li Quanyou se hubieron solidificado por el frío, los japoneses descendieron de los promontorios. Al principio trataron de abrir un camino entre los cadáveres diseminados por el suelo, pero resultó tan complicado que algunos decidieron pasar sobre ellos pisándolos con sus botas de piel. Farfullaron unas quejas, molestos seguramente porque iban a mancharse las botas de sangre y barro. Conforme caminaban empujaban con la bayoneta o la puntera de sus botas los cuerpos de los prisioneros, los mismos que el día anterior aún creían que comerían panecillos rellenos y pescado en lata. Así es como habían guiado a esos campesinos chinos jóvenes e ingenuos hasta aquella encerrona. Entre bostezos y cháchara, los soldados japoneses se acercaban a los que veían que aún vivían para rematarlos a cuchilladas. Li Quanyou los escuchó acercarse charlando y clavando sus bayonetas.

Una de sus piernas había quedado expuesta al viento frío y húmedo del río. Deseó con todas sus fuerzas que no llamara la atención de los japoneses y que la tomaran por la de un muerto. Al cabo de unos minutos uno de los soldados se fijó en ella y

clavó su bayoneta en pleno músculo con un ruido sordo. El músculo se contrajo de forma instintiva dificultando la tarea de desclavar el arma. Los dientes de Li Quanyou mordieron con fuerza su labio. Tenía que fingir que aquélla era la pierna insensible de un cadáver. El más mínimo movimiento echaría por tierra todo cuanto había conseguido hasta entonces y supondría su segundo fusilamiento. La bayoneta volvió a hundirse, esta vez un poco más profundamente que antes. Li Quanyou pudo escuchar el sonido del filo atravesando la carne hasta llegar al hueso. Su cuerpo hizo de caja de resonancia de aquel crujido, lo amplificó y propagó hasta el fondo de su cerebro. La fricción del acero con la carne llegó hasta su cabeza como un zumbido que borró por unos instantes su conciencia, sus recuerdos y pensamientos, y la llenó de una luz blanca. La cuarta vez que le clavarón el arma, sintió que algo se rompía en la parte posterior de su rodilla. Era un tendón que quedó cortado en dos y cuyos extremos elásticos rebotaron sobre la pantorrilla y el muslo. Esta rotura provocó que la luz blanca se derramara por todo el cuerpo.

En medio de una calma completa, Li Quanyou recuperó el conocimiento. No sabía cuánto tiempo había pasado desmayado, pero sabía que continuaba vivo y que el hambre y la sed habían desaparecido por completo. Una sensación de calor le recorrió el cuerpo y le hizo revivir.

Esperó la ocasión propicia, hasta que oscureció de nuevo, para girarse muy despacio bajo los cadáveres. Cualquiera no habría podido moverse de aquella forma, ni siquiera un militar con un entrenamiento de alto nivel lo habría logrado fácilmente, con las manos atadas a la espalda, una pierna inútil y apoyándose tan sólo en la otra.

Le costó casi una hora el darse la vuelta y quedarse recostado de lado. En esa posición era más fácil avanzar porque podía utilizar un hombro y una pierna para arrastrarse. Se movió con mucho cuidado y muy poco a poco. No estaba seguro de si los japoneses ya habían abandonado el campo de ejecución. Cada vez estaba más oscuro. Cuanto más cuidadosamente trataba de avanzar, más insoportable se hacía el dolor. Se detenía a cada instante para secarse las gotas de sudor que le entraban en los ojos. Cuando cayó la noche, había recorrido unos cinco o seis metros que lo habían dejado empapado. A pesar de no haber bebido en dos días, aún podía sudar. Deseaba dirigirse a la orilla del río para poder, antes que nada, beber agua hasta saciarse y luego planear su próximo paso.

Esta vez fue un ligero ruido el que le detuvo. El sudor de su cuerpo se heló al instante. ¿Habrían dejado los japoneses a alguien para que vigilara los cadáveres? No se atrevía ni a respirar y se tapó la boca con el hombro. Se quedó escuchando. Era algo en chino:

—... aquí... herido... Wang Pusheng...

Li Quanyou buscó a su alrededor pero no vio a nadie que pareciera vivo. Contuvo la respiración y permaneció inmóvil. Se oyó de nuevo:

—... auxilio...

Era la voz de un niño, uno de los tantos reclutados a la fuerza. Pedía socorro con

un gritito de insecto, pensando quizá que sonaba como un chillido que pudiera escucharse a varios kilómetros a la redonda.

Li Quanyou encontró al muchacho escondido, igual que había hecho él, bajo unos cadáveres. Había recibido una cuchillada en el vientre y si no llega a ser porque la pantorrilla de otro cuerpo había caído sobre su barriga, se le habrían salido las tripas. Li Quanyou vio que las comisuras de su boca empujaban las vendas que le cubrían la mayor parte de la cara en un gesto de dolor. Sabía que estaba a punto de echarse a llorar.

—Nada de lágrimas. Si lloras, no te llevo conmigo. Piensa en la suerte que hemos tenido, ¡aún estamos vivos!

El muchacho apretó los labios. Li Quanyou le pidió que le ayudara a desatarse y él sacó fuerzas de donde no tenía para hacerlo. Al cabo de una hora, después de que ambos estuvieran a punto de desistir varias veces, consiguió liberarle las manos. Ahora que disponía de tres de sus cuatro extremidades, Li Quanyou podría moverse con mucha más facilidad. En primer lugar se arrastró hasta el río. Los cadáveres de sus compañeros formaban un dique sobre la superficie. Tuvo que apartar varios cuerpos para poder entrar en el agua. Bebió de aquella agua manchada de sangre y sesos hasta saciarse y, a continuación, empapó una gorra militar de algodón, regresó arrastrándose hasta donde estaba el joven soldado y la escurrió sobre su boca. El muchacho parecía un bebé que fuera a mamar: atrapó con ambas manos la gorra y chupó con ansia.

Cuando aplacaron la sed, ambos se tumbaron hombro con hombro y una pipa colgando de la boca. Li Quanyou la había llevado todo el tiempo encima y encontró otra para Wang Pusheng tras palpar en los cadáveres de alrededor.

—Chaval, ahora que hemos matado la sed, fumar un poco nos hará recobrar el ánimo del todo para ponernos en marcha y escapar de aquí.

Wang Pusheng jamás habría podido imaginar que la primera vez que se llevase una pipa a la boca sería junto a una pila de muertos. Imitó a Li Quanyou, aspirando una bocanada y soltando el humo cada vez. Deseaba que lo que acababa de decirle fuera cierto y que realmente fuera a tener ánimos para soportar aquello.

—Sin beber agua, uno se muere en tres días; pero si bebe, puede vivir mucho tiempo —dijo Li Quanyou.

El tiempo de fumar una pipa en aquel bancal lleno de muertos se les hizo eterno. Al terminar, Li Quanyou estaba convencido de que aunque Wang Pusheng era una carga, no lo dejaría allí tirado. Parecía imposible que pudieran escapar llevando al joven soldado con los intestinos fuera apoyándose en él, que no disponía de sus cuatro extremidades en pleno. Pero mientras fumaban, Li Quanyou ya había pensado qué camino tomarían. Sólo era posible subir por uno de los tres promontorios que los rodeaban. Los japoneses habían estudiado muy bien en qué lugar establecer el campo de ejecución. Allí resultaba muy fácil desembarazarse de los cadáveres, sólo tenían que empujarlos al agua y el río se los llevaría.

Li Quanyou encontró un botiquín de primeros auxilios en el cuerpo de un jefe de pelotón. Lo abrió y sacó vendas y algodón. Dentro había también un tubito de ungüento, que dedujo que podría servir para desinfectar y desinflamar. Untó con él el algodón y lo puso sobre el agujero que tenía Wang Pusheng en el vientre. El muchacho soltó un quejido.

—Mira al cielo, cómo vuelan nuestros aviones —le dijo Li Quanyou.

Wang Pusheng dirigió sus ojos cubiertos de lágrimas de dolor hacia el firmamento envuelto en la noche. Li Quanyou apretó con la punta de los dedos para meterle un trozo de intestino que colgaba sobre su piel.

En ese momento, Wang Pusheng, en lugar de quejarse, se desmayó directamente.

Era una suerte que el chico no hubiera comido en los últimos días, ya que de esta manera los intestinos estaban limpios y brillantes y el peligro de infección era menor. Esperó a su lado a que se despertara para llevárselo. Si no recuperaba el conocimiento, entonces se iría él solo.

La respiración del muchacho era muy débil y parecía detenerse constantemente. En varias ocasiones Li Quanyou dejó de sentir sobre la punta de sus dedos el aire caliente saliendo de la boca del joven soldado, pero al tocarlo con más detenimiento percibió que su corazón seguía latiendo. Sabía que cuanto más esperara menos posibilidades tendrían de ponerse a salvo. El enemigo acabaría regresando para deshacerse de los cadáveres, con toda probabilidad en cuanto amaneciera. Pero el muchacho seguía sin despertarse. Se dio cuenta de que tenía los dos puños apretados con fuerza, aunque no a causa del dolor terrible de la herida de su pierna, sino por la angustia con que aguardaba.

Quizás en aquel momento vaciló y pensó en dejarlo allí y escaparse solo. Pero en la historia que le contó al comandante Dai, no lo reconoció. Por el contrario, le explicó que no habría podido actuar con tan pocos escrúpulos. Al fin y al cabo, Wang Pusheng lo había ayudado y le había desatado las manos. En lugar de abandonar allí a aquel muchacho moribundo, se quedó a su lado hasta que comenzó a clarear.

Al amanecer, Wang Pusheng recuperó el conocimiento. Dos ojos negros brillantes se abrieron en su cara grisácea como la de un muerto. Vio a Li Quanyou tumbado a su lado. Ambos se cubrían con un abrigo acolchado rígido como una piedra debido a la sangre seca.

—Chaval, nos tenemos que ir de aquí.

El muchacho le contestó, pero habló tan bajito que Li Quanyou no lo entendió.

—¿Qué?

Lo repitió y esta vez sí que lo escuchó. No podía caminar, prefería morir allí. No deseaba volver a pasar por todo aquel tormento.

—¿Me has hecho esperar toda la noche para nada?

Wang Pusheng le rogó que aguardara un poco más, hasta que le dejara de doler la herida abierta en su tripa, y entonces se marcharía con él.

Li Quanyou, al ver que el día comenzaba a echárseles encima, se pasó un brazo

del muchacho por el hombro. Realmente estaba muy bien entrenado: no sólo podía arrastrarse con una pierna, sino que además podía cargar con una persona al hombro. Era una ventaja que Wang Pusheng no pesara más que un saco de trigo.

La bruma proveniente del río comenzó a cubrirlos como si se tratara de una bomba de humo, y eso también era una ventaja, una gran ventaja.

Cuando llevaban poco más de dos metros avanzados, escucharon unos pasos entre la niebla. Aprovechando el cobijo que le proporcionaba la bruma, Li Quanyou se apresuró a hacerse un hueco entre dos cadáveres. El corazón le latía en la garganta como si se le fuera a escapar si abría la boca.

El ruido de pasos llegó desde lo alto del promontorio, pero no eran pisadas de botas militares. Li Quanyou pudo escuchar que decían:

—Hay miles...

¡Hablaban en chino!

—Y eso que aún no se ve bien, hay mucha niebla. ¡A cuántos soldados chinos han ejecutado estos perros japoneses!

—¡Putos demonios hijos de perra!

Por el acento, supo que hablaban el dialecto de Nanjing y dedujo también que debían de tener entre cuarenta y cincuenta años.

—Con los pocos que somos, ¿cuántos días nos va a llevar deshacernos de todos estos cadáveres?

—¡Putos demonios hijos de perra!

No dejaron de maldecir y protestar mientras bajaban.

—Si los arrojamós al río, va a quedar taponado.

—Empecemos rápido, no vaya a ser que los perros japoneses vuelvan a aparecer por aquí.

Los hombres comenzaron aquella enorme tarea como hormiguitas disponiéndose a roer un gran hueso.

Li Quanyou pensó que era mejor salir a su encuentro en ese instante que un poco más tarde, ya que los japoneses podían aparecer en cualquier momento y entonces aquellos compatriotas no podrían hacer nada por él con los otros vigilando.

—Hermanos, ¡ayuda! —gritó.

La charla se detuvo en seco y se hizo un silencio que permitió que llegara claramente a sus oídos el estrépito de las olas al golpear contra los cadáveres.

—¡Ayuda!

El segundo grito atrajo a uno de los hombres, que avanzó con dificultad pisando con cuidado en los huecos irregulares que quedaban entre los hombros, cabezas, piernas y brazos.

—¡Aquí! —lo guió Li Quanyou con la voz a través de la niebla.

El que uno de ellos tomara la iniciativa infundió valor al resto, que abrió una vía a través del mar de cuerpos para acercarse a Li Quanyou y Wang Pusheng. Todos a una, echaron una mano para levantarlos y llevarlos ladera arriba.

—No hagáis ruido —dijo uno de los que los transportaban—, primero busquemos un lugar para esconderos y ya pensaremos qué hacer cuando oscurezca.

En este trecho desde la orilla hasta lo alto, Li Quanyou se enteró de que los japoneses habían reclutado a aquellos hombres vestidos con chalecos negros como mano de obra para hacerse cargo de los prisioneros chinos ejecutados en secreto.

Capítulo 9

No había amanecido cuando Ah Gu salió a buscar agua. Ya en pleno día, aún no había regresado y Fabio comenzó a preocuparse.

Bajó al sótano a preguntar a Zhao Yumo si le había explicado bien cómo llegar al estanque. Ella estaba segura de que sí, y además Ah Gu le había dicho que sabía a cuál se refería. Estaba situado en el templo dedicado a los ancestros de una familia muy influyente que disfrutaba de los lotos que crecían en él en verano.

—¡Este Ah Gu ya lleva fuera tres horas! —exclamó Fabio.

Eligió la sotana ligeramente más nueva entre las dos que tenía y se lavó la cara frotándose con una toalla húmeda. Iba a salir a buscar a Ah Gu. Si se había metido en algún problema con los japoneses, tenía la esperanza de que el ir vestido como sacerdote le ayudaría a que lo trataran con respeto. Debía encontrarlo. Si no, se quedarían sin nadie para cargar agua. George no serviría, porque todos los hombres de su edad eran hechos prisioneros y ejecutados o decapitados. Según el relato de los dos últimos periodistas estadounidenses que abandonaron Nanjing, los soldados japoneses exponían las cabezas de los chinos alineadas como trofeos y las fotografiaban para mostrarlas con orgullo en su país.

Siguió las indicaciones de Zhao Yumo y se dirigió hacia el norte por la callejuela frente a la puerta principal. Dobló en el segundo callejón y lo recorrió hasta el final. Comparado con la última vez que había pasado por allí, el paisaje era diferente: había más paredes ennegrecidas y algunos edificios habían desaparecido. Siete u ocho perros pasaron corriendo a toda velocidad junto a él. En los últimos días los perros se habían cebado y mostraban un pelo brillante. Cada vez que se topaba con un grupo concentrado en algún lugar, Fabio apartaba la mirada. Con toda seguridad estaban despedazando un cadáver.

Llevaba en la mano derecha un cubo metálico preparado para golpearlos con él en caso necesario. Si aquellos animales asilvestrados por comer cuerpos muertos cambiaban de golpe su naturaleza canina y les daba por comerse también a los vivos, el cubo le ayudaría a protegerse. Al salir del callejón se encontró con un viejo muro de ladrillos ennegrecidos que se había desplomado por el fuego. Tras él, los rayos del sol del amanecer se reflejaban sobre la superficie de un estanque. No había rastro de Ah Gu, ni vivo ni muerto. Quizás había tenido un golpe de suerte y había decidido dejar atrás al anciano padre Engelmann y el ridículo salario que recibía. O posiblemente los japoneses lo habían reclutado como mano de obra para la tropa de enterramiento. El número de cadáveres no dejaba de aumentar día a día, por lo que necesitaban compensarlo aumentando también el número de hombres que se deshicieran de ellos.

Sobre el agua flotaban las hojas marchitas de los lotos. Aquélla era la escena más

tranquila y placentera que había presenciado Fabio en muchos días. Arrojó el cubo al estanque, lo sacó lleno de agua y regresó por donde había venido. Era una cantidad insignificante teniendo en cuenta el número de personas que se alojaban en la iglesia, así que utilizaría el Ford del padre Engelmann para acarrear más en el siguiente viaje.

De vuelta en la iglesia desmontó la fila de asientos trasera del coche y lo llenó con todos los cubos, palanganas y ollas que pudo recolectar. Con el primer gran cargamento de agua, George preparó una gran cazuela de gachas, que repartió a tazón por persona junto con un platito de verduras encurtidas que olían a trapo viejo y sabían a podrido, pero que a todos les supieron a gloria.

Fabio contempló cómo mujeres y niñas se lavaban. Ninguna había podido hacerlo en días, pero ahora disponían de una taza de agua cada una y la utilizaron para lavarse en cuclillas junto a los desagües que había bajo los aleros. Empaparon primero sus pañuelos para limpiarse la cara y, con el agua que les quedó, se aclararon las gargantas y se lavaron los dientes.

Yumo mojó una de sus cintas del pelo y se frotó minuciosamente por detrás de las orejas y la nuca. Era tan poquita agua que le daba pena desperdiciarla empapando un pañuelo. Se desabrochó el botón de la tirilla del vestido y se pasó por la parte superior del pecho la cinta verde que acababa de hundir en la taza. Al levantar la vista descubrió que Fabio la miraba embobado y se le puso la piel de gallina. Una especie de sentimientos enfermizos crecían entre ella y Fabio, y se enroscaban y retorcían en su interior igual que una hiedra de raíces ocultas asomando por la hendidura de una piedra.



El frío era incluso mayor aquella noche. La nieve caía incesante envuelta en la oscuridad de una noche sin viento, igual que caían sin cesar los disparos allá afuera. El aire llegaba húmedo. Era el tipo de nieve que lo vuelve todo sucio al día siguiente.

Shujuan descendió del desván en busca de aire fresco y descubrió a varias compañeras delante de los respiraderos del sótano. Se trataba de Xu Xiaoyu, Sophie y una tercera llamada Anna Liu, que también era huérfana. Desde el día que Xiaoyu la había traicionado, Shujuan la evitaba y le daba la espalda a la hora de dormir. Aun así, a Xiaoyu no le faltaban buenas amigas y enseguida eligió a Anna para sustituirla.

Al principio, lo único que pudo ver a través de aquel orificio de ventilación alargado y plano que se hallaba a poco menos de un metro de altura del suelo fue a un hombre de hombros anchos y cintura estrecha que se encontraba de espaldas. Aunque el jersey de lana que le había dejado Fabio le quedaba largo y holgado, se le ceñía completamente en los hombros y el cuello. Se pusiera lo que se pusiera, cualquier vestimenta adquiriría sobre él la apariencia de uniforme militar. Shujuan sabía que se trataba del comandante Dai Tao. Había escuchado su conversación con el padre Engelmann en la que le contó las victorias y derrotas sufridas en la lucha de resistencia contra los japoneses en Shanghai y cómo habían estado a punto de

hacerlos retroceder y arrojarlos al río Huangpu. Al militar se le hacía mala sangre cuando pensaba en cómo se había entregado Shanghai y abandonado Nanjing, no le cabía en la cabeza. Si el plan para una rendición a gran escala que decían haber trazado los altos mandos del Ejército Nacionalista hubiera sido por el bien de la población y para conservar las fuerzas militares restantes, entonces habrían pedido la intermediación del Comité de Seguridad Internacional para lograr un alto el fuego de tres días entre los ejércitos chino y japonés. Habrían facilitado así que las tropas chinas se hubiesen replegado sanas y salvas de Nanjing y habrían logrado un acuerdo para la entrega pacífica de la ciudad a los japoneses. Pero ¿por qué Chiang Kaishek se había negado? El resultado fue que la moral de los soldados decayó ante la imposibilidad de seguir defendiéndose a muerte y ante una orden de retirada para la que tampoco estaban preparados.

Las prostitutas habían cubierto al joven soldado herido, Wang Pusheng, con el abrigo de piel de marta y, cuando las vendas ya no fueron suficientes, las sustituyeron por pañuelos floreados de seda. Si ya de por sí tenía una apariencia delicada, adornado de aquella manera el muchacho parecía una niña. Estaba recostado sobre una cama improvisada a cuyo lado se sentaba Doukou. Cada uno de ellos sostenía en la mano un puñado de cartas y en medio habían colocado una vieja revista a modo de mesa de juego.

No era posible contemplar a través del respiradero la escena completa del sótano, únicamente a quien entraba en el campo de visión de aquel «tutilimundi». En ese momento pasó Zhao Yumo conversando en voz baja con el comandante Dai, tan bajo que no pudo escuchar lo que decían. Por mucho que Shujuan trató de aguzar el oído, no logró captar nada. Se sintió un poco decepcionada, ¿cómo podía el comandante Dai hacer ojitos con una mujer como Yumo?

Si no hubiera sido por la llegada de aquellas mujeres, el agua del depósito habría sido suficiente para las dieciséis chicas, pero como ellas la habían robado para lavarse la cara, la ropa y el culo, no tuvieron más remedio que beber el agua de un estanque apestoso. Además, si hubieran tenido agua suficiente, Ah Gu no habría salido a buscarla y ahora no estaría desaparecido... Hasta el heroico coronel Dai era lo bastante débil como para complacerlas y seguirles su juego. Parecía haber dejado de lado su integridad para pasar a comportarse como un golfo.

Shujuan cayó en la cuenta de que quizá sus padres se habían marchado de Nanjing rumbo a Estados Unidos para librarse de una «pelandusca», dejándola atrás a ella. Quizá tras varios meses de discusiones, su madre se había dado cuenta de que sólo marchándose lejos podía cortar por lo sano los lazos entre su padre y aquella mujer de mala vida. ¿Por qué si no había buscado a su padre la posibilidad de seguir con sus investigaciones en el extranjero, cuando en realidad no tenía ninguna necesidad ni ningún sentido hacerlo? Si no hubiera sido por la guerra, Shujuan jamás se habría encontrado cara a cara con aquellas prostitutas. Lo que los hombres ponían al descubierto ante aquellas mujercuelas no lo mostrarían jamás ante sus mujeres y

sus hijos: su debilidad. Shujuan no podía más que sentir odio por aquellas hermosas mujeres que se aferraban como parásitos a la flaqueza de los hombres.

Llevada por la furia, tomó una pala llena de cenizas de carbón de la parte trasera de la cocina entre las que aún quedaban unas cuantas brasas encendidas y se colocó ante el respiradero mientras la sopesaba con ambas manos. Calculó que si la mitad de aquella ceniza se colaba por el orificio, al menos un par de brasas podrían caer sobre la cara de aquellas mujerzuelas que se alimentaban de la debilidad de los hombres. Eso la haría feliz y seguro que también a sus compañeras.



Abajo, en el sótano, Zhao Yumo se sentó algo alejada del resto sobre un barril tumbado y fumó calada a calada un cigarrillo mientras los demás jugaban a las cartas y al mahjong. El comandante Dai acudió a su lado.

—La primera vez que te vi me resultaste familiar —le dijo.

Yumo sonrió.

—¿Ah, sí? Pero tú no eres de Nanjing.

—Tú tampoco, ¿no? ¿Has vivido en Shanghai?

—Sí, nací en Suzhou y luego viví siete u ocho años en Shanghai.

—¿Has vuelto por allí últimamente?

—Muchas veces.

—¿Con quién? ¿No sería con algún militar? ¿Fue el pasado julio?

—A finales, cuando hacía más calor.

—Seguro que el oficial te llevó al club de las fuerzas aéreas. Yo suelo ir mucho por allí.

—¿Cómo voy a acordarme? —preguntó Yumo, aunque su sonrisa daba a entender que se acordaba perfectamente, sólo que no podía admitirlo. Era esencial que la reputación y la armonía familiar de aquel oficial no se vieran perturbadas.

Las voces de Hongling interrumpieron sus susurros.

—Nosotras somos todas unas paletas. La única que ha estado en el Club Paramount de Shanghai es Yumo. Baila muy bien.

Hongling contestó así al sargento primero Li Quanyou, que le había pedido que bailara para él.

El resto de las mujeres se unió a Hongling:

—Cuando Yumo baila, hasta las estatuas de los dioses cobran vida.

—No sólo eso, también se les despiertan todos los deseos de la carne.

—Cuando Yumo baila, hasta a mí me entran ganas de llevármela a la cama —dijo Yusheng, la prostituta recia de piel oscura.

—Señorita Zhao, hemos conseguido escapar de la muerte y nos gustaría que bailara para nosotros, ¿no cree que debería concedernos este honor? —dijo el comandante Dai.

—Eso digo yo. Vivamos al día, no vaya a ser que aparezcan los japoneses esta noche y nos quedemos sin mañana —dijo Hongling.

Li Quanyou sentía como si su rango fuera demasiado humilde para hablar directamente con Zhao Yumo, por lo que se dirigió en voz baja a Hongling y luego se la quedó mirando con una sonrisa de oreja a oreja mientras ella pregonaba sus halagos en su lugar:

—¿Quién no ha oído hablar del Palacio de las Joyas de Jade de Nanjing, en el que vive la joya más preciada, Zhao Yumo? Respetado público, prepárense para deleitarse la vista.

—¡Pero si he perdido el resplandor de mi juventud y apenas puedo bailar ya! —dijo Yumo mientras se ponía de pie.

Shujuan tenía que ajustar una y otra vez el ángulo de visión para poder seguir su danza. Al principio sólo podía ver una cintura de comadreja alargada, delgada y flexible que se retorció moviendo los hombros y las nalgas en direcciones diferentes, hasta que gradualmente logró ver también su pecho y su barbilla. Aquélla era su parte más bonita, la que tenía más clase. La gran mata de pelo que caía sobre sus hombros se movía con cada serpenteo más frenéticamente que su propio cuerpo.

Poco a poco, Shujuan fue cruzando las piernas hasta quedarse sentada en la posición de loto sobre el suelo de piedra húmedo y helado, con todo el peso del cuerpo apoyado sobre el muslo derecho. Era una postura imposible para cualquier otra niña que fuese más gorda que ella y no tuviese su flexibilidad y resistencia.

El trasero redondo y opulento, aunque no por ello grande, de Yumo se contoneaba bajo su *qipao*. Para Shujuan, aquel movimiento resultaba obsceno, por mucho que supiera que se trataba de un baile llamado «rumba» que tan de moda estaba en el círculo social de sus padres. La prostituta tenía los ojos clavados sobre el comandante Dai. Éste, aunque fue capaz de sostenerle la mirada al comienzo, acabó apartándola con la timidez de un hombre joven cuando admite una derrota. Aun así, Yumo, desplegando todo su poder de seducción, fue capaz de atraerla de nuevo; al fin y al cabo, se trataba de una hechicera oculta bajo una piel suave y delicada. Iba vestida con un *qipao* de terciopelo morado oscuro y, puesto que no se exponía a la luz del sol, su piel era tan blanca que emitía una luz fría. No había llegado a ser una prostituta de cinco estrellas por azar. Su aspecto había sido siempre el de una dama refinada, culta y elegante, y sólo en momentos como aquél su brillo deslumbrante permitía a los hombres atisbar la sensualidad oculta en el cuerpo de una mujer de buena familia.

Los burdeles de Nanjing mantenían una jerarquía estricta, y cada categoría implicaba un estatus, unas cualidades y unos honorarios. Eran los propios clientes los que decidían por consenso a qué categoría pertenecía cada una. Los habitantes de Nanjing gozaban de testimonios muy precisos desde la antigüedad, como las canciones elogiosas que hombres de letras y gran talento dedicaban a estas mujeres generación tras generación: desde las consideradas «Ocho bellezas del Qinhuai» hasta la reputada Sai Jinhua, que llegó a convertirse en la mujer de un diplomático.

Igual que en el ejército, las mujeres de los barcos a orillas del Qinhuai lucían sus insignias mientras estaban de servicio, de manera que los clientes supieran a quién podían pagar y sopesaran las monedas de plata de sus bolsillos para ver con cuál de ellas podían permitirse pasar el rato y con cuál no.

Yumo tenía los párpados entornados y la cara sonrojada. Una leve sonrisa asomaba en sus labios y acompañaba su danza de una melodía con una voz suave, ligeramente desafinada, como si le diera pereza, o como si acabara de levantarse y aún no pudiera hablar bien. Se desplazó hacia Li Quanyou. El sargento no era precisamente un hombre refinado, y el tener a menos de un metro de distancia el cuerpo de una mujer ondulándose ante él y limitarse a mirarlo suponía una auténtica tortura. Su risita boba ocultaba el deseo de su cuerpo. Únicamente Doukou permanecía ajena a todo lo que estaba sucediendo, enfrascada en su partida de cartas con Wang Pusheng. Hasta el jovencísimo soldado había quedado atrapado en la danza de Zhao Yumo.

—Echa una carta —le llamó la atención Doukou.

Lo miró y se dio cuenta de que el rostro del tamaño de la palma de una mano que asomaba bajo las vendas de colorines se había vuelto hacia Yumo y sus ojos se habían clavado sobre el pecho y la cintura de la mujer. Doukou le dio un cachete en la mano.

La noche en que la tropa de enterramiento trajo a Wang Pusheng y a Li Quanyou, ella le había cedido su camastro al muchacho. Cuando le limpiaron la herida, Doukou vio el agujero de casi cuatro centímetros que se abría en su barriga tan delgada como una hoja de papel. Como si fuera una boca, escupía saliva roja y un trozo de algo blando y gris sobresalía de ella. Li Quanyou les explicó a las mujeres que cuando había intentado volver a meterle los intestinos había quedado una parte fuera. Lo único que podían hacer era esperar que Fabio Adornato o el padre Engelmann trajeran a un cirujano de la Zona de Seguridad. A partir de ese momento, Doukou se convirtió en su enfermera, para darle de comer y beber o ayudarlo a defecar y orinar.

El cachete de Doukou lo sacó de su ensimismamiento. El muchacho se volvió y le sonrió. Los dos tenían más o menos la misma edad y ambos habían sido separados de sus familias. Ella no sabía nada sobre la suya, ni siquiera recordaba su apellido. La había raptado un hombre del norte del río Huai que mendigaba de pueblo en pueblo tocando el tambor y que la había vendido a un burdel.

Con siete años, Doukou poseía una belleza única, aunque no era inteligente, ni ingeniosa, ni tenía grandes aspiraciones. Le daba pereza hasta aprender a hacerse un peinado. Tenía muy mal perder jugando a las cartas pero, si ganaba, exigía enseguida el pago de la apuesta. Tras un año ejerciendo, sus clientes eran porteadores, cocineros y soldados rasos. Pasó cinco años recibiendo palizas hasta que logró finalmente aprender a tocar la *pipa*. Iba vestida siempre con ropa que ya no les servía a las otras chicas, nada de su talla y siempre llena de remiendos. La madama solía decirle: «Vaya, Doukou, lo único que sabes hacer es comer». Y ella, que no se sentía en absoluto ofendida, se apresuraba a replicar: «¡Ay, sí! Lo único que sé hacer es

comer». Su única cualidad era que si alguien le gustaba se entregaba en cuerpo y alma para cuidarle y satisfacerle.

Cuando quería ganarse a alguno le decía: «Pero si somos paisanos», así que no había ninguno en la faz de la tierra que no fuera su paisano. Si quería que un cliente o alguna de las chicas le hicieran un regalo, anunciaba: «¡Huy! ¡Me había olvidado! ¡Si hoy es mi cumpleaños!», así que Doukou podía estar de cumpleaños trescientos sesenta y cinco días al año.

—¿Por qué te la quedas mirando como un pasmarote? —dijo Doukou.

—¡Pero si no la he mirado! —le dijo Wang Pusheng sonriendo.

—En cuanto estés bien te voy a llevar al salón de baile más grande para que mires todo lo que quieras.

—Igual mañana ya me he muerto.

Doukou le dio una palmada en la boca, escupió al suelo y pisoteó tres veces el escupitajo.

—No digas tonterías. Si tú te mueres, yo también.

Estas últimas palabras llegaron a oídos de Hongling, que se apresuró a decir en voz alta:

—¡Qué horror! Tenemos aquí a una Zhu Yingtai^[7].

El rostro del tamaño de un puño que asomaba entre las vendas se puso rojo como un tomate y su boca se estiró ocultándose bajo ellas.

—No te metas con él, ¿no ves que todavía es virgen? —le dijo Doukou.

Estallaron en carcajadas ante la ocurrencia de esa cabeza de chorlito.

—Doukou, ¿y tú cómo lo sabes? —le preguntó Li Quanyou.

Yumo continuaba bailando sin prestarles atención. Sus mejillas estaban cada vez más enrojecidas, avivadas por la memoria de su azarosa vida.

Evocaba absorta el recuerdo del último hombre por el que se había hecho ilusiones y por el que luego las había perdido. Se apellidaba Zhang, de nombre Guomo, aunque era más conocido por su nombre de cortesía^[8], Shitiao. Provenía de una familia que llevaba generaciones dedicada al comercio. Su abuelo había decidido que su nieto mayor fuera el primero en ir a la universidad y estudiara una carrera en el extranjero. Cuando regresó a Nanjing fue nombrado jefe de un departamento del Ministerio de Educación. Todo el dinero que la familia había invertido en su educación para poder aumentar su prestigio se vio compensado con aquel cargo. Si Shitiao no hubiera asistido a aquella «noche para hombres de verdad» organizada por sus antiguos compañeros de estudios, no se habría encontrado con Zhao Yumo y, si no se hubiera encontrado con ella, su matrimonio y la vida tranquila y decente que había llevado hasta entonces no se habrían trastocado. Si en su lugar se hubiera tropezado con alguna como Hongling o Doukou, ni siquiera le habría dirigido la palabra, claro que a una como Hongling o Doukou no le habrían permitido entrar en aquel salón de baile. La Sala Sena de la calle Zhongyang no era muy grande y las bailarinas y los cantantes que representaban *Cabaret* eran de primera categoría. Los

tiques de baile eran muy caros, un dólar de plata cada uno, y las bailarinas acompañantes más famosas podían llegar a costar hasta cuatro tiques por un solo baile. Solían acudir los señoritos y las señoritas de buena familia, pero siempre a escondidas de sus padres.

Aquél era el lugar al que Zhao Yumo solía acudir a probar suerte. Esa noche estaba elegantísima con un collar de perlas, que saltaba a la vista que eran auténticas, y sostenía en sus manos un ejemplar de la revista *Actualidad*. Así vestida parecía una mujercita casadera de una familia rica y fingía levemente la actitud huraña de una a la que ya se le había pasado la edad de casarse. Nada más entrar en la sala, Shitiao y su grupo se fijaron en aquella señorita sentada en uno de los sillones a un lado de la pista. Era el tipo de presa que deseaba cualquiera de los de la «noche para hombres de verdad». Algunos dedujeron que estaba esperando a una compañera de clase o del trabajo. Otros supusieron que los zapatos le apretaban y le hacían daño al bailar, por lo que se había sentado a descansar un rato. Shitiao vio cómo dos de sus amigos se acercaron a invitarla a bailar y cómo regresaron rechazados por una sonrisa cortés. Decidieron entonces que fuera Shitiao quien probara suerte.

Shitiao le preguntó si le haría el honor de acompañarlo a beber una taza de café. Ella lo miró y fingió cierta timidez antes de levantarse. Permaneció de pie con mucho estilo esperando a que él le pusiera el abrigo sobre los hombros, como hacían las mujeres que conocían las normas de etiqueta extranjeras. Shitiao escuchó los silbidos y los gritos de admiración de sus amigos. Era el clamor de sus celos.

—¿Puedo preguntarle su nombre? —dijo él.

—Me llamo Zhao Yumo. ¿Y usted?

Zhang Shitiao le dijo su nombre al tiempo que admiraba la naturalidad y la seguridad con la que se comportaba ella. Mientras tomaban el café, le preguntó qué estaba leyendo y ella le describió lo que acababa de leer en la revista como si dominara todos sus contenidos. *Actualidad* trataba sobre temas candentes de política, economía, tendencias, salud, así como de la vida y los últimos escándalos de las estrellas de cine. La atracción que comenzó a sentir por ella no se redujo a su aspecto refinado. Las esporádicas miradas que caían rápidamente sobre él le deslumbraban y le provocaron un leve sudor por todo el cuerpo. A cada una de ellas, la garganta se le paralizaba y el corazón le latía con fuerza. Las mujeres de su círculo familiar nunca daban rienda suelta a sus dotes femeninas de seducción y despreciaban, además, a las que lo hacían. De acuerdo a la tradición, el entorno cotidiano de los hombres se reducía a mujeres como sus esposas o sus madres, aunque éstos pensaran para sus adentros que así sus corazones y sus cuerpos se perdían algo importante. Los hombres que ya tenían cierta experiencia de la vida sabían que por muy femeninas y seductoras que fueran las mujeres, su deseo de placer carnal moría en cuanto se casaban. Era un sueño irrealizable que las virtudes de una mujer disoluta se fusionaran con el cuerpo de una mujer de buena familia; pero, por el contrario, sí era posible que el cuerpo de una prostituta se revistiera del aspecto de una dama refinada

para presentarse ante el mundo mientras en la intimidad se comportaba como lo que era en realidad. Zhao Yumo era un ejemplo.

Yumo era una mujer de grandes aspiraciones y recursos, capaz de adaptar su comportamiento y conversación a cualquier tipo de situación y persona. Desde pequeña sintió que el destino la había hecho nacer en el lugar equivocado, que en realidad tenía que haber sido la hija amada de una familia rica e influyente. ¿Acaso era menos que cualquier señorita de buena cuna? Ella también había leído los Cuatro Libros y los Cinco Clásicos^[9] y estaba versada en música, ajedrez, caligrafía y pintura. Sus padres eran personas con estudios que habían gozado de cierta posición, sólo que habían sido unos despilfarradores. Cuando tenía diez años su padre la entregó como prenda a su primo para pagar una deuda de juego. Al morir éste, su esposa la vendió a un barco-burdel. A los catorce años era una de las sensaciones del río Qinhuai. En los juegos con los que se divertían haciendo beber a quien perdía, ella siempre salía airosa recitando versos de poemas antiguos, y siempre con su cita exacta. Cuando a los veinticuatro años se encontró con Shitiao preparó su estrategia: no le contaría la verdad hasta que él se sintiera tan loco por ella que estuviera dispuesto a olvidarse de su propia familia. Una prostituta de su edad, consciente de que ya no le quedaban muchas más copas para brindar como acompañante en banquetes y fiestas, debía pensar y prepararse para el futuro.

Él escucho por primera vez retazos de su historia cuando llegó el día en que se encontraron en la habitación de un hotel. Acababa de descubrir lo maravilloso que resultaba ser hombre y tenía la sensación de haber desperdiciado los treinta años anteriores de su vida. Acostada a su lado se hallaba la encarnación de su ideal: una prostituta por dentro y una dama por fuera. En ese instante aún desconocía que Zhao Yumo era una reputada meretriz profesional de pies a cabeza.

Yumo falseó gran parte de su relato. Le dijo que no había mantenido relaciones sexuales con un hombre hasta los diecinueve años, que sólo se había dedicado a acompañarlos a beber y bailar, hasta que apareció uno que la conquistó y luego la engañó: le había prometido que se casaría con ella y por eso se había entregado a él. Sin embargo, unos años más tarde aquel amante traidor desapareció sin dejar rastro. Yumo se había quitado el anillo de compromiso de diamantes y había caído tan enferma a causa de aquel desamor que había estado a punto de morir. Acurrucada contra el pecho de Shitiao, lloró mientras le narraba tan triste historia. Incluso el hombre más insensible se habría sentido conmovido en aquel momento; más aún él, que tenía un corazón más blando que un pastelito de arroz glutinoso y aspiraba a salvar el mundo. Shitiao no sólo no sintió rechazo por la confesión de Yumo sino que le juró amor eterno: él jamás sería un segundo amante traidor en su vida.

La verdadera historia de Zhao Yumo la descubriría Shitiao por boca de su propia esposa. Un día encontró en el bolsillo de uno de los trajes de estilo occidental de su marido la tarjeta del director de un hotel y desde entonces no dejó de darle vueltas a por qué habría ido allí Shitiao. Si algo había en casa eran habitaciones, así que no

podía tratarse de nada bueno. Marcó aquel teléfono y preguntó sin preámbulos:

—¿Está el señor Zhang Shitiao?

Cuando el director la saludó como «señorita Zhao», reaccionó rápidamente y se hizo pasar por ella limitándose a responder «ajá».

—El señor Zhang me ha pedido que le diga que hoy llegará a las cuatro, una hora más tarde, que por favor le espere en la habitación.

La señora Zhang sólo necesitó medio día para enterarse de todo lo relativo a Zhao Yumo. Cuando le puso las cartas sobre la mesa a Shitiao, éste negó categóricamente que fuera una prostituta. Su mujer movilizó entonces a todos los compañeros de estudios de su marido para que lo convencieran de que la única Zhao Yumo de Nanjing era una reputada meretriz del Palacio de las Joyas de Jade del río Qinhuai. Sin embargo, era demasiado tarde: el plan y las artes amatorias de Yumo habían atrapado a Shitiao en sus redes. Él rebatió sus palabras explicándoles que era la mujer más hermosa y desgraciada del mundo y les recriminó que siendo personas cultas pudieran mostrar tantos prejuicios y animadversión contra ella.

Pero, de hecho, no fue difícil lograr que acabara regresando como un hijo pródigo. Para ello, su mujer tuvo que resignarse a las consecuencias amargas de todo aquello, admitir a su pesar la realidad, y dedicarse en cuerpo y alma al cuidado de sus mayores y de sus hijos. Shitiao había vivido seis años en Europa y la virtud de la que más alardeaba era la de ser una persona con principios éticos que jamás hacía daño a nadie, especialmente a los más débiles y, sobre todo, a los débiles que ya hubieran sufrido algún daño. Su mujer soportó aquella situación con paciencia y, a pesar de sentirse enferma —a veces de verdad y otras veces fingiendo—, a pesar de su mirada desesperada y sus incesantes suspiros, jamás le soltó un reproche, ni siquiera le preguntaba adónde iba cada noche. Aquella actitud consiguió que los sentimientos de Shitiao se inclinaran de nuevo hacia ella. En cambio, el que Yumo siempre estuviera dispuesta a discutir por pequeños detalles ya no le resultaba tan encantador, sino más bien una molestia. Cuando el gobierno entero tuvo que trasladarse a Chongqing a causa de la guerra, Shitiao le había prometido que le compraría al burdel su libertad y le entregaría un pasaje de barco para que lo siguiera en secreto. La víspera de la partida, le llegó una carta suya explicándole que había sido herido en un bombardeo aéreo y que tenía que aplazar su marcha a Chongqing. De momento, su mujer lo acompañaba a que se repusiera en Huizhou, un lugar en las montañas de donde procedía su familia. Junto con la carta le enviaba cincuenta monedas de plata y un lingote de oro, nada comparado con aquel amante traidor que había llegado a un anillo de diamantes. Este eminente director de un departamento del Ministerio de Educación, que creía firmemente en que todas las personas eran iguales por nacimiento, consideró que el valor de Yumo equivalía a un lingote de oro y cincuenta monedas de plata.

—¡Putas asquerosas!

El grito que llegó a través del respiradero sacó de golpe a Yumo de su

ensimismamiento. Todos los ruidos del sótano cesaron al instante.

—¿Quién está ahí fuera? —preguntó Yumo.

—¡Putas apestosas!

Las mujeres se miraron entre sí. Era una de las estudiantes.

—Seas puta o no, ya se encargarán los japoneses de convertirme en una —gritó Yusheng, la prostituta de piel oscura.

—Creéis que sois diferentes de las putas, pero con los pantalones bajados somos todas iguales.

Ésa había sido Hongling. Luego fue Nanni quien habló:

—Por si no lo sabéis, a los japoneses les encanta hacerse con niñas vírgenes para que ejerzan de ramera.

—Los japoneses han ido a la Zona de Seguridad en busca de niñas vírgenes y se han llevado unas cuantas —se regodeó Hongling añadiendo más detalles.



Arriba, de pie entre dos de los respiraderos, con la espalda pegada a la pared de la cocina, Shujuan temblaba. Tenía los hombros cubiertos de nieve, pero eran las palabras de aquellas mujeres las que le producían escalofríos. ¿Sería verdad lo que había dicho Nanni? Seguro que no, se había inventado aquella historia de terror solamente para asustarla.

Entonces lo terrible no era sólo que te violaran, pensó Shujuan, sino que para aquellos violadores las mujeres eran todas iguales fueran de la clase que fueran, les daba lo mismo que fueran chicas decentes o no. Todas recibirían el mismo castigo. De repente su odio hacia aquellas prostitutas se hizo aún mayor: de lo que se estaban regodeando era precisamente de que violaran sin distinciones a mujeres decentes o a mujerzuelas.

Shujuan sopesaba la longitud de la pala cargada de carbón que aún mantenía entre las manos y sopesaba la manera de aumentar las posibilidades de que las brasas acertaran a su objetivo, cuando oyó una voz a su espalda.

—¿Qué estás haciendo ahí?

Las cenizas y la pala cayeron al suelo a la vez. Shujuan se volvió y se encontró con Fabio.

—¿Qué pretendes hacer? —le dijo al ver las cenizas y el parpadeo de las brasas.

Shujuan no respondió y simplemente se quedó de pie con la espalda pegada a la pared. Ni siquiera si un profesor la hubiera castigado habría tenido que mantenerse tan derecha. Fabio, desde su altura, no podía de ninguna manera ver lo que ocurría al otro lado de aquel «tutilimundi».

El ambiente en el sótano estaba cada vez más animado. Había quien tocaba las palmas y el ritmo de baile se había acelerado. Querían hacer enfadar así a quien las había insultado.

Fabio se dirigió a la puerta de la cocina. En cuanto se giró, Shujuan se agachó a mirar por el respiradero.

Zhao Yumo había cambiado de baile y había abandonado la expresión y la pose de hallarse en un lugar de encuentro de las clases altas. Bailaba ahora de una manera muy desenfadada. Se trataba de un *jitterbug*^[10] y sus movimientos eran mucho más apropiados para una depravada como ella. Se arrimaba bailando a los hombres y les daba golpecitos con los hombros y las caderas con una familiaridad impropia. Cuando golpeó con su cadera al comandante Dai, éste, totalmente cautivado, sólo acertó a devolverle una carcajada. Sabía que la niña que la había llamado «puta asquerosa» seguía de espectadora y se agitaba ante ella para que viera que había quien se rendía a sus pies, todos los hombres se rendían a sus pies...

Shujuan vio cómo la fiesta se detuvo de repente en el interior del sótano y todos levantaban la cabeza hacia la puerta que comunicaba con la cocina. Sabía que se trataba de Fabio, que llamaba para que le abrieran.

Yumo se quedó quieta unos instantes y luego continuó bailando.

No se sabe quién le abrió la trampilla. En cuanto Fabio descendió al sótano, Yumo le dedicó una sonrisa.

—¡Silencio! —dijo el diácono en inglés.

Hongling no lo entendió y se dirigió a él:

—¡Fabio el de Yangzhou ha venido! Baile conmigo, verá qué pronto entra en calor.

Fabio no utilizó su habitual dialecto impoluto del norte del Yangtsé para dar aquella orden. En su lugar, habló en su inglés teñido del acento de esa zona para repetirla:

—Detengan todo esto, por favor.

Su rostro marchito y cansado no mostraba ninguna expresión. Parecía querer darles a entender que hasta demostrarles su aborrecimiento era elevarlas de categoría. Deseaba mantener una actitud noble y comportarse con la misma condescendencia con la que Dios trataría a alguien de la peor calaña.

Como era de esperar, el silencio y el rostro inexpresivo de Fabio consiguieron aplacarles. Yumo dejó de bailar, sacó un cigarrillo retorcido a causa de sus contoneos, lo encendió con una vela y aspiró una larga calada. El comandante Dai se acercó a ella y le cogió el cigarrillo para encender el suyo.

—Por favor, compórtense. Esto no es el Palacio de las Joyas de Jade ni la Corte de las Fragancias —dijo Fabio.

—Vaya, padre, conoce muy bien los rótulos de los burdeles del Qinhuai —dijo Nanni sin darse cuenta de lo poco oportuna que resultaba su locuacidad.

—¿Usted ha visitado nuestra casa, padre? —le preguntó Yusheng con un tono lascivo, aún más inoportuna.

Las mujeres se echaron a reír.

Fabio echó una mirada de soslayo a Yumo con la que quiso decirle que sabía

desde hacía tiempo que su pose elegante y comedida era fingida. «Ahora ha salido a la luz tu verdadera naturaleza. Pues vale, no pretendas seguir disimulando conmigo ni trates de nuevo de arrojar tus redes depravadas sobre mí».

—Discúlpennos, padre, es sólo que teníamos frío y hemos bebido un poco de vino y bailado para entrar en calor —dijo el comandante Dai recuperando la seriedad para justificarse a sí mismo y al resto.

Antes de salir del sótano, Fabio se volvió y les dijo:

—Que no se diga que, como afirma el poema, «las mujeres de vida alegre contemplan indiferentes la caída de su nación».

Los grandes ojos negros de Yumo volvieron a posarse sobre su rostro.

—«Al otro lado del río el harén prosigue con su canto» —añadió Hongling en dialecto de Yangzhou.

—Vaya, Hongling no es sólo una cara bonita —se burló otra de las prostitutas—, en su tripa no hay sólo cáscaras de trigo, ¡hay también poesía!

—Sólo sé esos dos versos —añadió Hongling entre risas—. Me sé los poemas en los que nos insultan, no vaya a ser que alguien los use para meterse conmigo y yo no me entere.

—Pues yo sí que no me entero y Doukou seguro que tampoco. Me apuesto algo a que si la insultas así es capaz de ponerse a tocar la *pipa* para ti —dijo Nanni.

—¡La tocará tu madre! —le dijo Doukou.

—Si vierais con vuestros propios ojos cómo está Nanjing en estos momentos, cómo su población va disminuyendo a cada minuto, a cada segundo, no os comportaríais con tanta desvergüenza.

En cuanto lo dijo, Fabio se dio la vuelta y subió la escalera. El comandante Dai carraspeó.

Al salir de la cocina le hizo un gesto sin mediar palabra a Shujuan para que regresara inmediatamente al desván.

Capítulo 10

Fabio descubrió dónde había ido a parar Ah Gu la tercera vez que fue al estanque, cuando salió a la superficie el cadáver atrapado en el fango. Con el estómago revuelto, trató de imaginar qué habría sucedido. Ah Gu había llegado al lugar acarreando con una pértiga al hombro dos cubos. En ese momento debió de toparse con los japoneses que le reclamaron los baldes, pero el chico no entendió lo que le gritaban. Al ver que estaban perdiendo el tiempo esperando a que los comprendiera, los soldados prefirieron sacar una pistola y acabar con él. Tras el primer tiro, Ah Gu debió de intentar la huida y, aturdido, corrió al estanque, donde lo alcanzó una segunda bala y acabó hundiéndose en el agua.

Hundido en el lodo hasta las rodillas, Fabio tiró de él para arrastrarlo hasta el borde y entonces se dio cuenta de que tenía espectadores: más de diez soldados japoneses habían aparecido quién sabe en qué momento a su espalda y más de diez pistolas le apuntaban. Sin embargo, en cuanto giró la cara, fueron bajándolas una a una. Gracias a su rostro caucásico, el trato que recibió fue muy diferente al de Ah Gu.

En lugar de cargado con agua, aquella vez Fabio regresó con el cuerpo de Ah Gu, que, habitualmente flaco y de piel oscura, se había hinchado y blanqueado. El padre Engelmann ofició un funeral sencillo y luego lo enterraron en el cementerio del patio trasero. Las estudiantes supieron entonces que el agua que habían estado bebiendo y con la que se habían lavado aquellos dos días era la misma en la que había permanecido Ah Gu hundido en silencio, la misma con la que George había preparado las gachas y la sopa...

Después de que George echase sobre la tumba la última palada de tierra y él y Fabio regresasen a la cocina, el padre Engelmann se quedó en el camposanto. Se arrodilló junto a la fosa de Ah Gu y sus rodillas crujieron como el carbón al resquebrajarse. Varios días sin comer nada sólido habían trastocado su movilidad física. Se acostumbró a levantarse muy despacio para permitir que el flujo de sangre tuviera tiempo suficiente de llegarle al cerebro y evitar así desmayarse. Había comenzado a reducir sus movimientos de manera que tan sólo realizaba los estrictamente necesarios, ni uno más, para no derrochar calorías.

Ahora pasaba cada noche en la pequeña sala de lectura de la segunda planta. Se hallaba junto a la biblioteca, donde se guardaban las obras recopiladas por siete párrocos y algunos volúmenes adquiridos a un precio muy bajo en los bazares benéficos. Los diplomáticos extranjeros solían organizar aquel tipo de ferias cuando cambiaban de destino para vender por muy poco dinero todos los objetos o libros que consideraban que no merecía la pena sacar por barco de China, o bien los donaban directamente. Al fin y al cabo, no suponía una gran diferencia venderlos o donarlos. En los últimos cien años, la biblioteca de la iglesia se había deshecho de lo que no

interesaba para quedarse con lo esencial, lo había clasificado por categorías y había creado una colección muy variada y completa.

Pese a la gran cantidad de gente alojada en la parroquia, el padre Engelmann se sentía solo. Ni siquiera podía hablar con Fabio, aun cuando se conocían desde hacía años. No sabía muy bien por qué, pero siempre que se buscaban para conversar nunca coincidía bien: cuando era Fabio el que acudía a él, casualmente estaba disfrutando de un momento de soledad y, cuando buscaba de nuevo compañía y entonces era él quien acudía a Fabio, o bien éste se limitaba a escucharlo casi con desgana y por obligación, o bien no había ni rastro suyo. El padre Engelmann llegó a la triste conclusión de que todas las personas parecían comportarse igual que ellos dos: no podían separarse el uno del otro pero tampoco eran capaces de estar juntos. Cuando A necesita a B, justo en ese momento B se encuentra muy bien a solas consigo mismo y lo que menos desea es que lo molesten; y cuando B necesita la compañía, el consuelo o la opinión de A, su necesidad le resulta a A una verdadera carga. Una compañía inoportuna puede ser irritante, por lo que, para asegurarnos de no ser importunados, optamos por evitar la presencia de los demás. Las personas no buscan a otras porque se encuentren bien juntas, sino porque no pueden prescindir de ellas. Se resignan a hacer compañía a otras porque no les queda más remedio y soportan lo que con frecuencia se convierte en una presencia indeseada e innecesaria.

Ahora le tocaba a él aguantar a las mujeres y los militares del sótano, una compañía tan molesta como peligrosa.

Al día siguiente de que el miembro de la tropa de enterramiento dejara en la iglesia a los dos soldados chinos heridos, el padre Engelmann visitó la Zona de Seguridad. Allí acudían también varias veces al día los soldados japoneses para registrarla de arriba abajo y llevarse a cualquier muchacho que fuera tomado por un soldado chino escondido. Los dirigentes de la Zona trataban por todos los medios de rescatarlos, pero en vano cada vez. Si alguno de los jóvenes ofrecía la menor resistencia, era ejecutado allí mismo. En consecuencia, el padre Engelmann se tuvo que quedar con las ganas de pedirles que acogieran a los soldados heridos. En lugar de esto, se dirigió discretamente al doctor Robinson, que en ese momento atendía a una larguísima fila de personas enfermas, lo apartó a un lado y le preguntó si podría disponer de una hora para operar a alguien en la iglesia.

—¿Qué tipo de operación?

—Una herida de bayoneta en el abdomen.

Nada más oír la respuesta del padre Engelmann, el doctor Robinson se apresuró a preguntarle preocupado:

—¿No se tratará de un prisionero de guerra chino?

—¿Cómo lo sabe?

—Alguna escoria de la tropa de enterramiento reveló a los japoneses que otros compañeros habían auxiliado a unos prisioneros.

Debido a ello, los japoneses habían sepultado vivos al amanecer a un buen

número de enterradores y desde entonces hacían guardia durante las labores de enterramiento de los cadáveres de los prisioneros. El doctor Robinson le aconsejó que, si de verdad se trataba de los soldados chinos que habían escapado del campo de ejecución, se los llevara inmediatamente de la iglesia.

El comandante Dai vio al padre Engelmann arrodillado en el cementerio del patio trasero. Éste era el lugar que mejor conocía de toda la parroquia. Era allí donde había aterrizado cuando saltó los muros de la iglesia. Cogió una rama de ciprés y barrió con ella una lápida de cemento de un occidental. No sabía qué le había llevado hasta allí. Era la misma sensación de andar sin rumbo con la que había actuado los últimos días. Cada vez le resultaba más insoportable jugar a las cartas y a los dados con las prostitutas. Pasarse todo el día con mujeres era algo que volvía loco a cualquiera, y más si se trataba de mujeres como aquéllas, que podían estar horas discutiendo por una nimiedad. Como militar le resultaban más reconfortantes las batallas de los días anteriores que pasarse todo el tiempo jugueteando con unas mujeres acicaladas con colorete. Sólo una de ellas conseguía hacerle olvidar sus penas, y era Zhao Yumo.

Pensó que quizás sí tenía un motivo para haber ido al cementerio: si recuperaba las armas que había entregado al padre Engelmann, podría abandonar aquella prisión.

El sacerdote le había visto y se acercaba a él.

—Buenas tardes, comandante. Aquí no está enterrado lo que busca.

—No he tratado de desenterrar nada —le dijo el comandante soltando la rama.

—Ya veo que no está desenterrando nada —continuó con una sonrisa burlona—. Debería saber que los vivos no debemos aprovecharnos de estos pocos muertos respetables escondiendo junto a ellos cosas que perturben su descanso eterno.

Era verdaderamente curioso que aunque el chino que hablaba el padre Engelmann tendría que rayar la perfección, seguía sonando, sin embargo, como un idioma extranjero. Aquella manera de expresarse que sonaba tan extravagante se debía a que utilizaba palabras chinas para reflejar un sistema de pensamiento perteneciente a otra cultura.

El comandante Dai se puso de pie y el dolor en sus costillas izquierdas le hizo contraer el gesto. El sacerdote lo miró con preocupación.

—¿Le duele la herida?

—No mucho.

El padre Engelmann recorrió la vista sobre el cementerio con la misma mirada orgullosa con la que un señor contemplaría su feudo. A continuación le presentó al comandante a cada uno de los siete curas que estaban enterrados allí, declamando breves alabanzas como si de una ceremonia de recepción se tratara. El oficial no tuvo más remedio que postergar su petición y aparentar interés y paciencia mientras el sacerdote continuaba hablando.

—¿No cree que estos occidentales fueron estúpidos por recorrer medio mundo para acabar enterrados aquí? —le preguntó el padre Engelmann.

¡Como si el comandante tuviera el humor y el tiempo de pararse a pensar en ello!

—La última vez que charlamos mencionó que el general alemán Falkenhausen fue consejero militar de su ejército, ¿no es así? Pues bien, he estado reflexionando sobre él —lo dijo y se rió fugazmente ante la ocurrencia que se le cruzó por la cabeza—. La música es una obra espiritual, y la filosofía y la ciencia se construyen sobre una base racional; y Alemania, de hecho, es rica en estos tres tipos de personas: músicos, filósofos y científicos. Son capaces también de racionalizar la economía y los asuntos militares hasta convertirlos en temas filosóficos. Por lo tanto, considero que el general Falkenhausen no es en realidad un buen estratega militar sino un buen filósofo militar. Quizás lo que digo suena demasiado arbitrario...

—Padre —dijo el comandante. El padre Engelmann pensó que iba a añadir algo pero enseguida se dio cuenta de que el oficial no había prestado atención a aquella reflexión que le hubiera gustado discutir con él. En realidad, había sido un soliloquio. Permaneció en silencio esperando, aunque intuía de lo que le iba a hablar—. Quiero marcharme.

—¿Adónde?

—Por favor, devuélvame las armas.

—No podrá ir muy lejos. Los soldados japoneses están por todas partes. En estos momentos hay en Nanjing trescientos mil. Si se lleva las armas, le resultará todavía más difícil escapar.

—No puedo quedarme aquí más tiempo.

El comandante no dijo lo que en realidad quería decir: aun sin haber muerto, comenzaba a pudrirse y a cubrirse de moho en aquel almacén subterráneo. Lo primero que se le estaba descomponiendo era el alma.

—¿Dónde está tu hogar? —le preguntó el padre Engelmann.

El comandante lo miró con extrañeza.

—En Hebei —contestó.

Su padre era un militar que se había forjado en el fragor de las batallas. Tenía más de una docena de cicatrices en el cuerpo e incontables puntos de sutura. Casi analfabeto, sólo había tenido una manera de ascender: no temiendo a la muerte. El comandante Dai y su hermano mayor se habían graduado en la escuela militar y sus dos hermanas pequeñas se habían casado con militares. Se trataba, pues, de un linaje de leales servidores de la patria. No tenía ganas, sin embargo, de extenderse mucho en su respuesta.

Parecía como si el padre Engelmann hubiera percibido el espíritu heroico que corría por sus venas, porque continuó con el tema:

—Me doy cuenta de que usted no es igual que el resto. La mayoría de los militares chinos que conozco me parecen despreciables porque lo único que desean del ejército es ascender, enriquecerse y tomar a mujeres por la fuerza.

—¿Puede devolverme las armas?

—Ahora hablamos sobre ello, ¿de acuerdo? ¿Tiene familia?

—Ajá.

Su respuesta no podía ser menos extensa.

—¿Hijos?

—Uno.

Al mencionar a su hijo, el corazón se le encogió de dolor. Había cumplido cinco años y le aguardaba una larga vida por delante. ¿Tendría a su lado a su padre para acompañarlo?

El sacerdote se fijó en una mancha blanquecina que le había salido al militar en un extremo de la boca. Seguro que se trataba de un afta. Los chinos la atribuían a un exceso de fuego en el corazón. Los estadounidenses, a un debilitamiento del sistema inmunitario por falta de vitaminas y a una consiguiente infección vírica. En aquel momento, ambos diagnósticos parecían acertar con el comandante. Tenía la boca ligeramente torcida y la comisura del afta no estaba a la misma altura que la otra. De no ser por eso, su cara de piel ligeramente oscura y de facciones angulosas tendría un aspecto aún más marcial y atractivo. Los hombres con un rostro como aquél se podían dedicar a escribir manuales de guerra si se inclinaban por las letras o a dirigir las tropas en la guerra si optaban por las armas. Pero el padre Engelmann no lograba imaginar qué papel le tocaría representar a un hombre como aquél si la humanidad llegase a vivir en un estado de paz permanente.

—Yo tenía sólo diez años cuando murió mi madre —le dijo el padre Engelmann. La emoción con la que le habló de repente atrajo la atención del comandante—. Y dieciséis cuando falleció mi padre.

—¿Fue tras su muerte cuando se convirtió al catolicismo?

—Tanto mi padre como mi madre eran católicos. Comencé a estudiar teología a los veinte. En aquel entonces estaba atravesando una profunda depresión.

—¿Por qué?

—¡Quién sabe! Pero ocurrió.

De hecho, no estaba diciendo la verdad. Aquella depresión se la había producido un desengaño amoroso. Había estado enamorado en secreto desde la infancia hasta su juventud pensando que era un amor recíproco, pero finalmente descubrió que se trataba de un sentimiento no correspondido.

—Cuando me encontraba sumido en la enfermedad sin esperanzas de curación, conocí por casualidad a un vagabundo anciano que había contraído difteria y estaba al borde de la muerte. Por aquel entonces yo vivía con mi hermano mayor. Llevé al anciano a escondidas al establo de nuestra granja y lo oculté entre el forraje. Como mi hermano no se encargaba de los animales de carga, nadie más que yo entraba allí. Le compré medicinas y acudía cada día a cuidarlo y llevarle comida. Así, aquel moribundo fue recuperándose muy lentamente. Cada pequeña mejoría suya me proporcionaba una gran sensación de plenitud, mayor que la que pudiera ofrecerme cualquier otra cosa. Pasó el invierno y el anciano se curó por completo. No dejaba de agradecerme que le hubiera salvado la vida, pero, de hecho, fue él quien me la salvó a mí. Todo el tiempo que había dedicado a cuidarle había acabado curándome a mí.

Aquel invierno salí de una depresión que parecía incurable. El prestar auxilio a quien lo necesitaba me aportó una gran felicidad.

El comandante Dai escuchó cómo el padre Engelmann le relataba su pasado con mentalidad estadounidense y sintaxis inglesa sin comprender por qué de repente le hablaba de él. ¿Quizá lo que pretendía decir era que llevaba treinta años en China porque allí había encontrado muchas vidas desdichadas que necesitaban su ayuda? ¿O que, igual que los siete sacerdotes enterrados, había venido porque aquí nunca le faltarían pobrecitos chinos a los que rescatar y gracias a aquellas buenas obras podría sentirse bien? ¿O querría decirle que debía aprender de él y que si salvaba a sus dos compañeros heridos se sentiría reconfortado?

—Con esta historia quiero explicarle que fue Dios quien me envió a aquel vagabundo anciano —vio que el entrecejo del comandante se arrugaba en un gesto de contrariedad, pero continuó hablando—: Dios lo utilizó para iluminarme. Quiso que auxiliándolo a él me salvara a mí mismo. Dios quiere que nos ayudemos los unos a los otros, especialmente en los momentos en que estamos débiles, heridos y enfermos. Me gustaría que creyera usted en Dios. Cuando nos quedamos sin fuerzas y en manos del destino, como ahora, es necesario confiar en Dios y no en las armas.

«Debe de ser la vez que menos oyentes ha tenido su sermón», pensó el comandante. Sin embargo, nada de lo que había oído podría apartarle de su objetivo. Por supuesto que iba a seguir buscando las armas, y con más urgencia todavía.

Capítulo 11

El padre Engelmann se envolvió bien en su abrigo de plumón y se dispuso a regresar a su vivienda a dormir. Descendió la escalera con una vela en la mano y en ese momento escuchó el timbre de la puerta. Volvió a subir a toda prisa, levantó la cortina negra y abrió la ventana que daba al patio.

Fabio ya había llegado a la entrada y mantenía un diálogo con aquellos invitados inesperados. El diálogo consistía en realidad en que los de afuera se limitaban a tocar el timbre como respuesta a las palabras del diácono:

—¿Qué es lo que desean? Esto es una iglesia estadounidense, no tenemos comida ni combustible.

A cada intervención suya, los timbrazos se volvían más furiosos e impacientes. Le interrumpían incluso antes de que acabara de pronunciar una frase muy cortita, como si estuvieran utilizando el timbre para pelearse con él.

El padre Engelmann bajó a toda prisa, cruzó el patio, cerró la puerta del taller de encuadernación y se aseguró de que la cerradura de golpe quedaba firmemente encajada. De repente cayó en la cuenta de que aquello quizá no era buena idea: para cualquier asaltante, los lugares protegidos bajo llave eran justo los que escondían los tesoros más deseados y no dudaban en forzarlos. Lo que conseguiría así sería poner en un peligro aún mayor a las niñas que se ocultaban en el desván. Sacó el manojito de llaves que llevaba colgado en su cinturón de piel y, con manos temblorosas, fue probando una tras otra hasta que la buena entró en la cerradura. Cuando al fin consiguió abrir, se adentró en la sala oscura y habló hacia el techo:

—Niñas, escuchad. Pase lo que pase, no hagáis ningún ruido ni bajéis.

Seguro de que las niñas lo habían escuchado, se dio la vuelta y corrió hacia la cocina.

—Los japoneses están aquí —avisó a las mujeres y los soldados del sótano—, no se os ocurra hacer ningún ruido. Fabio y yo nos encargamos de todo.

Escuchó a una de las mujeres preguntar algo, pero no acabó la frase. Alguien debió de taparle la boca con la mano o mandarle en voz baja que se callara.

El padre Engelmann puso un barril sobre la trampilla del sótano y se dirigió a recibir a los visitantes. De camino, pensó qué actitud y qué tono iba a adoptar. Cuando le faltaban cinco pasos para llegar, se detuvo, respiró profundamente y le dijo a Fabio, que seguía enfrascado en aquel diálogo infructuoso, que abriera la puerta.

Fabio se giró y, al verlo hablar y caminar con tanta serenidad, se sintió reconfortado. El padre Engelmann parecía llevar tiempo esperando ese momento para comprobar con sus propios ojos si ante su presencia inspiradora había algún alma que no pudiera ser conquistada o no acabara volviendo al redil.

La puerta se abrió y los invasores se encontraron frente a ellos a un anciano de

barba y pelo canos con el porte de un hombre de gran sabiduría e integridad dispuesto a perdonar a todos los miembros de su rebaño, fueran del color que fueran, fuera cual fuera su carácter, fueran inocentes o culpables. Toda la rabia que habían concentrado en apretar el timbre pareció desvanecerse ante la sonrisa con la que los recibía el padre.

—¡Tenemos hambre! —dijo en un inglés con un acento cómico el oficial de bajo rango que encabezaba el grupo.

—Nosotros también —contestó el padre Engelmann con un tono de sentida compasión hacia todas las criaturas sedientas y hambrientas—. Y también tenemos sed —añadió.

—Queremos entrar.

—Lo siento, ésta es una iglesia estadounidense y usted, señor, debe tratarla como territorio americano —dijo el padre sin borrar la sonrisa de su cara.

—Ya hemos entrado en la Embajada de los Estados Unidos.

El padre Engelmann ya había oído sobre las frecuentes visitas que realizaban por la fuerza los japoneses a la embajada, situada en el área más segura dentro de la Zona de Seguridad. Se dedicaban a robar y llevarse todo lo que podían, incluidos los coches de importación de los diplomáticos que habían regresado a Estados Unidos. Por lo visto, esta vieja iglesia alejada del centro de la ciudad resultaba más segura que la propia Zona de Seguridad.

—Vamos a entrar a buscar comida —dijo el oficial de bajo rango levantando la voz.

Los siete u ocho soldados que había tras él actuaron como si hubieran recibido la orden de asalto y se apelotonaron en la puerta dispuestos a cruzarla todos al mismo tiempo. El padre Engelmann sabía que en ese punto no le quedaba más remedio que encomendarse a Dios.

—Si les permitimos entrar, estamos acabados —le dijo Fabio al padre.

—Las murallas de Nanjing no les han impedido avanzar; no digamos nuestros muros, que hasta las mujeres han podido saltar.

Los clérigos siguieron a los japoneses hasta el edificio de la iglesia pegados a sus talones. No había lámpara alguna ni vela encendida y el frío invernal, que parecía haberse solidificado en su interior, era más cortante que en el exterior. Los soldados permanecieron en el umbral, dudando si entrar o no. El oficial de bajo rango iluminó con la linterna la figura de Cristo en la cruz y luego la dirigió hacia la insondable oscuridad del techo. Retrocedieron unos pasos, como si temieran una emboscada.

—En caso de que entren en el taller de encuadernación —le dijo el padre Engelmann a Fabio en voz baja—, tenemos que pensar una estratagema para distraer su atención.

—¿Como qué? —susurró el diácono.

El padre se quedó pensando unos instantes. En ese momento crucial debían sacrificar algo de menor valor para proteger lo más importante.

—Dile a George que encienda el coche.

Fabio captó enseguida sus intenciones. Los soldados se lo podían apropiar para entregarlo y ser recompensados por sus superiores o bien utilizarlo para conseguir de los colaboracionistas chinos comida u otros objetos de valor —como oro, plata o perlas— a cambio. A los pocos días de la ocupación, el ejército japonés ya había instaurado el mercado negro.

Nada más abrir la puerta del taller de encuadernación, los soldados escucharon un ruido de motor que provenía de algún rincón del patio. Era obvio que se trataba de un motor viejo por cómo tosía y jadeaba mientras trataba de arrancarse. Siguiendo la luz de sus linternas, fueron en busca de aquel coche asmático y lo encontraron sin ninguna dificultad en el garaje. George Chen estaba tumbado debajo de él «arreglándolo».

Los japoneses le dieron unas pataditas en la cabeza y George se apresuró a decir en inglés:

—¿Quién es? Estoy reparando el coche.

Su inglés era aún más difícil de entender que el del oficial japonés.

—George, sal, por favor —le dijo el padre Engelmann.

Fabio ya le había dado indicaciones sobre cómo representar aquel papel, incluidas sus líneas, que debía pronunciar en inglés. Pero en el momento en que se incorporaba lentamente tras salir de los bajos del Ford, ya había olvidado todo su texto y ni siquiera la grasa que ennegrecía su rostro podía ocultar su expresión de pánico.

—¿Tú quién eres? —preguntó el oficial japonés.

—Es el cocinero y el que se ocupa de todos los trabajos de mantenimiento —contestó el padre Engelmann al tiempo que se colocaba entre George y el oficial.

Siguiendo las directrices interpretativas que le había dado Fabio, George continuó hablando. A pesar de su fortísimo acento y de que ningún hablante de esa lengua sería capaz de reconocerlo, el oficial japonés entendió sus explicaciones sobre que se había estropeado, que estaba tratando de arreglarlo pero que todavía no había acabado. El oficial les dijo un par de frases al resto de los soldados.

—*Jai!* —gritaron al unísono.

El oficial se giró entonces hacia el padre Engelmann y le dijo:

—Debemos tomar prestado el coche.

—No me pertenece a mí sino a la misión. No tengo ninguna autoridad para prestárselo —dijo el sacerdote.

Tenía que ofrecer su querido y viejo Ford como cabeza de turco y sacrificarlo para proteger así las vidas de las personas que se escondían en el desván y en el almacén, a pesar de que su relación con el coche era más estrecha y muy dolorosa de romper. Con aquellas palabras pretendía hacerles creer que si se deshacía de él era porque se veía obligado a ello y que en aquella iglesia no encontrarían nada más que les pudiera interesar. Y aún añadió:

—¿Podría pedirle que me extendiera un recibo para que yo lo pueda justificar

ante el departamento de asuntos financieros de la misión?

El oficial miró a aquel anciano como preguntándose si vivía en la luna y aún no se había enterado de todo lo que conllevaba una guerra.

—Vaya a los cuarteles del ejército de ocupación a recoger el recibo —le contestó en inglés.

Mientras el padre Engelmann y Fabio continuaban fingiendo que se resistían y buscaban razones para persuadirlos, los soldados ya habían sacado el viejo Ford del garaje. El oficial se sentó en el asiento del conductor y pisó varias veces el acelerador, primero tanteándolo y finalmente hundiéndolo hasta el fondo. Al escuchar el rugido de su presa, los soldados japoneses lo vitorearon con gritos salvajes. Convertidos en una tribu de lacayos, abandonaron la parroquia corriendo detrás del coche.

De pie al lado del padre Engelmann, Fabio soltó un gran suspiro. George miraba fijamente al frente sin acabarse de creer que la guerra hubiera entrado en la iglesia, lo hubiera rozado y hubiera pasado de largo junto a él.

—Ahora que creen haberse llevado nuestra posesión más valiosa, deberíamos estar seguros un tiempo —dijo el padre Engelmann.

Capítulo 12

Ni Shujuan ni sus compañeras sabían muy bien lo que estaba ocurriendo afuera. Habían escuchado al padre Engelmann decirles casi sin aliento que no hicieran ningún ruido ni bajaran y, de hecho, todas permanecieron en silencio y ni siquiera se amontonaron, como solían hacer, junto a los ventanucos para espiar. Por las aberturas que quedaban entre las cortinas negras que servían para bloquear la luz, se coló el haz de las linternas que volaban rápidamente en todas direcciones, como si fueran cañones de luz de pequeño tamaño. Todas las niñas permanecieron tumbadas en sus camas sin atreverse a hacer un solo movimiento.

Sólo cuando se oyó en el patio el ruido del motor del viejo Ford, algunas le echaron valor y se levantaron para mirar a través de las rendijas de las cortinas. Aunque no pudieron ver nada, sí les llegaron los gritos de un grupo de hombres que lanzaban y aceptaban órdenes al unísono en japonés. Luego llegaron los vítores, también en japonés.

Todo lo que pudieron deducir las niñas fue que los japoneses se habían presentado finalmente y se habían marchado llevándose el viejo Ford que había acompañado al padre Engelmann durante diez años.

Mientras discutían sentadas bajo sus edredones qué podría pasar si regresaban de nuevo, qué se podrían llevar, Shujuan pensaba en lo que había escuchado el rato que había permanecido de pie junto a la pared del sótano con una pala de brasas de carbón centelleantes entre las manos.

—Ellas han dicho que los japoneses entran en la Zona de Seguridad en busca de niñas —dijo Shujuan.

Las estudiantes sabían a quién se refería con «ellas».

—¿Y cómo lo saben si están escondidas aquí? —preguntó Sophie.

—A los soldados japoneses les valen todas, ya sean viejas o niñas de ocho años —continuó Shujuan.

—¡Rumores! —dijo Xu Xiaoyu.

—Vete a preguntarle al padre Engelmann a ver si es un rumor —le replicó Shujuan—. Él lo ha visto.

—¡Son sólo rumores! —dijo Xiaoyu levantando la voz. Parecía como si gritando pudiera negar aquella noticia que no deseaba creerse.

Shujuan no dijo nada más. Sabía que la amistad entre ella y Xiaoyu se había roto del todo y aquél era el último desgarró. La situación en Nanjing era tétrica, tanto para los vivos como para los muertos, pero en aquel momento, para una mente de trece años, aquella vastísima tragedia era algo borroso; sin embargo, la pérdida de su amistad con Xiaoyu sí que representaba una gran desgracia. Xiaoyu, como todas las chicas guapas, era despiadada, igual que Zhao Yumo.

Después de gritarle que aquello eran rumores, Xiaoyu abandonó su lugar junto a Shujuan y se hizo un hueco al lado de Anna para dormir. Shujuan se quedó tumbada unos instantes antes de levantarse y vestirse. Cuando se disponía a abrir la trampilla, Xiaoyu le sorprendió preguntándole:

—¿Adónde vas ahora, Meng Shujuan?

—A donde a ti no te importa.

Aquella respuesta era su manera de recuperar su dignidad y que las demás vieran que si aquella estúpida no quería ser su amiga, pues perfecto, «yo también estoy harta de ti. ¿Cuántas voluntades has comprado con el cuento de que tu padre vendrá a rescatarte? Y a tu padre no se le ha visto el pelo. Y si de verdad tiene intención de venir a salvarte, muchas gracias, pero me trae sin cuidado».

—Shujuan, no bajas... —dijeron un par de compañeras.

—Vosotras no le hagáis caso —les cortó Xiaoyu con resentimiento.

Las niñas la obedecieron sin rechistar y dejaron de preocuparse por Shujuan.

Estaba claro que la habían dejado completamente sola, pero ella disfrutaba de la libertad que le daba haberse quedado aislada. Anduvo de aquí para allá por el patio hasta llegar a la cocina, a ver si podía encontrar algo de comer. Quizá aún quedaban algunas ascuas en el fogón para prepararse un pequeño brasero y calentarse los pies, que se le habían quedado como cubitos de hielo. Llevaban muchos días sin agua caliente y, por mucho que se los tapara bien por la noche con el edredón, siempre estaban helados. Cuando llegó a la puerta de la cocina escuchó las voces de un hombre y una mujer. Enseguida distinguió la voz de él. Se trataba de George.

—... de verdad que no puedo. Si te los doy, el padre Engelmann me echará.

—Cuece sólo unas patatas, no tiene por qué enterarse —dijo la mujer.

—Si el padre me echa, tendré que mendigar de nuevo.

—Si te echa, yo te cuidaré.

Shujuan reconoció la voz de Hongling.

—Cuece cinco, ¿vale?

—No.

—Tres.

—... ¡Ay! Me vas a hacer agujeros en la boca con tus pellizcos.

—¿Por los pellizcos? Pues verás mis mordiscos.

Las voces de aquellas dos personas se convirtieron en gruñidos de animales. Shujuan se asustó tanto que volvió sobre sus pasos. Como aquellas mujeres repugnantes no podían vender por dinero su carne apestosa, se conformaban con ofrecerla a cambio de unas patatas para comer. Retrocedió unos ocho pasos hasta encontrarse justo entre los dos respiraderos que daban al sótano. Oyó que alguien lloraba. Se sentó con las piernas cruzadas y se puso a espiar.

No era una sola persona la que lloraba. Se trataba de Nanni y otras dos mujeres. Era el típico llanto de la gente cuando se emborrachaba, con cara de tonta y un lloriqueo igual de idiota. Zhao Yumo también estaba borracha y, con un tazón de vino

en la mano, trataba de consolar a las otras tres. Así se encargaban de malgastar ellas el poco vino que quedaba en el almacén.

—... he visto a los soldados japoneses —decía Nanni—, ¡son unas bestias! Te abren de piernas y te follan hasta que te mueres.

—¿Cómo los vas a haber visto? De haber mirado, sólo les habrías visto las botas —dijo Yumo.

—¡Sí que los he visto!

—Bueno, vale, los has visto, los has visto.

—Quiero salir de aquí, quiero irme, no quiero quedarme esperando en esta ratonera a que vengan a abrirme a mí de piernas —decía Nanni con cara cada vez más de boba.

En ese momento oyó la voz de Li Quanyou, pero no podía ver el lugar del que provenía:

—¿Para qué coño le limpias la herida? No sirve de nada.

Shujuan cambió rápidamente de respiradero y vio a Doukou de rodillas junto a Wang Pusheng. El muchacho estaba desnudo de cintura para arriba y sobre el pecho le habían puesto una chaqueta de mujer. La parte del rostro que le quedaba al descubierto era diferente de la última vez que lo había visto: sus ojos, su nariz y su boca apenas se distinguían a causa de una hinchazón que no presagiaba nada bueno.

—¿Qué dice? —le preguntó Li Quanyou a Doukou.

—Que le duele.

—Está todo podrido, ¿para qué le haces la cura? Déjale que aguante el dolor.

Doukou se puso en pie y le quitó a Li Quanyou el tazón que tenía en la mano. Le dio un trago, se volvió a arrodillar junto a Wang Pusheng y pasó el vino de su boca a la del muchacho.

—El vino le aliviará —dijo ella, y a continuación repitió la operación sorbo a sorbo. Los demás permanecieron en silencio, como si estuvieran aguantando el dolor por él.

Su ángulo de visión le permitía a Shujuan percibir un ligero forcejeo de la parte superior del cuerpo del muchacho, como si quisiera resistirse a aquel vino extranjero al que no estaba acostumbrado o bien quisiera evitar los labios de Doukou. A pesar de encontrarse al borde de la muerte no había perdido su timidez.

Cuando acabó de limpiarle la herida, Doukou tomó la *pipa*, a la que únicamente le quedaba una cuerda, justo la más gruesa, la que tenía un tono grave y prolongado. A la vez que punteaba, tarareó una melodía.

—¿Te gusta? —le preguntó a Wang Pusheng.

—Sí.

—¿De verdad que te gusta?

—Mmm.

—A partir de ahora tocaré para ti cada día.

—Gracias.

—No me des las gracias, cástate conmigo.

Esa vez nadie lo tomó como una nueva majadería suya de la que reírse.

—Regresaremos juntos a tu casa y trabajaremos las tierras —continuó Doukou como si fuera una niña jugando a mamás y papás.

—No tengo tierras —rió Wang Pusheng.

—¿Y qué tienes entonces?

—No tengo nada —contestó el muchacho tras una pausa.

—Pues entonces —dijo Doukou tras unos instantes en silencio— tocaré la *pipa* cada día para ti, y mientras, tú cogerás un bastón y te irás a mendigar para conseguir comida para tu madre.

Se sentía feliz sólo con imaginarlo.

—No tengo madre.

Doukou no fue capaz de reaccionar durante unos segundos. Luego lo abrazó y los demás se dieron cuenta de que sacudía los hombros. Era la primera vez que lloraba igual que una muchacha adulta.

El lloriqueo tonto de Nanni se detuvo y se convirtió en un llanto silencioso que acompañó al de Doukou y que contagió a las mujeres que la rodeaban.

Cuando se calmó, Doukou agarró la *pipa* y la lanzó lejos.

—Es todo culpa suya. Ha hecho llorar a todo el mundo. El sonido de esta cuerda es más desagradable que rasgar hilos de algodón.

En ese momento Shujuan fue consciente de que la irrupción de los japoneses había trastocado a aquellas mujeres. Se habían dado cuenta de que ningún lugar era seguro, que no había ningún área prohibida para el ejército de ocupación. Habían creído que su escondite era un rinconcito que había pasado inadvertido por fortuna para la guerra, aunque nadie podía asegurar por cuánto tiempo. Sin embargo, la aparición aquella noche de los japoneses suponía que alguien se iba a encargar de remediar aquel descuido en cualquier momento. Los trescientos mil soldados japoneses que habían invadido la ciudad al completo no tardaron en infiltrarse en cada callejón, en cada puerta, en cada rinconcito.

Cuando se retiró del respiradero, Shujuan advirtió que también ella tenía lágrimas en los ojos. Nunca hubiera imaginado que las mujeres del sótano la conmovieran hasta hacerla llorar.

Quizá se sentía triste a causa del muchacho moribundo. O quizás había sido la niñería de Doukou al «pedirle matrimonio» lo que le provocó aquella pena. Incluso podía deberse a la melodía que había salido de la cuerda de la *pipa*. Era *La recogida de las hojas del té*, muy popular al sur del Yangtsé. Ahora que aquella región había caído, lo único que les quedaba de allí era *La recogida de las hojas del té* tocada con una sola cuerda.

Capítulo 13

Cuando se despertaron aquella mañana, las mujeres del sótano descubrieron que faltaba Doukou. George explicó que cuando se levantó para poner a hervir el agua antes del amanecer, la vio dando tumbos borracha por el patio. Al ver a George, le había pedido que la ayudara a conseguir tres cuerdas para la *pipa*, porque sólo con una sonaba muy mal. Él trató de convencerla de que esperara a que amaneciera y entonces la ayudaría.

—No pienso esperar tanto. Para entonces Wang Pusheng se habrá ido y no podrá oírme tocar.

George trató de persuadirla nuevamente diciéndole que no conocía el camino.

—¿No sabes llegar al río Qinhuai? Yo te indico. Las cuerdas están en un cajón de mi tocador.

—Todavía tengo mucho sueño. Espera a que duerma un poco y te acompaño.

—Wang Pusheng no puede esperar.

Luego se marchó sin que George se fijara hacia dónde.

La ausencia de Doukou los inquietó a todos. Cuando llegada la noche aún no había regresado, el padre Engelmann y Fabio subieron al desván para hablar con las niñas. Debido a su altura, se movían con dificultad en aquel espacio, encorvados como si estuvieran a punto de ponerse a rezar. Las niñas se hicieron señas entre ellas tratando de averiguar qué les pasaba a aquellos dos curas que se habían presentado con la cara más rígida que una estatua de escayola.

Fabio fue el primero en hablar. Les contó que Doukou había desaparecido. El padre Engelmann consideró que sólo aquello no era suficiente:

—No sirve de nada que tratemos de ocultároslo. Debemos asumir lo peor. Doukou ha debido de caer en manos de los japoneses y debe de haber sufrido quién sabe qué torturas... En el futuro todas serviréis como testigos —continuó el padre Engelmann mirándolas a todas—. Si una de vosotras falta, habrá otra para contarle. Lo importante es que siempre haya alguien que pueda atestiguarlo.

Después de oír aquello, las niñas también parecían figuras de yeso. El que la desgracia hubiera caído sobre alguien cercano hacía que el peligro resultara más real y evidente. Algunas de las niñas recordaron el día que llegó Doukou y cómo se pelearon con ella porque quería un tazón de sopa. En realidad tenía que haber sufrido mucho, vendida varias veces como si fuera un animal durante sus quince años de vida. De haber tenido otra salida, ¿se habría resignado a aquella vida humillante? ¿Quién decía que las putas no tenían sentimientos? Se había entregado totalmente al cuidado de Wang Pusheng. Recordaron cómo le lavaba las vendas con sus manos enrojecidas llenas de sabañones y luego las tendía al sol. Y cómo había recogido a un gatito callejero recién nacido que había caído del alero del tejado y había buscado

desesperada algo con que alimentarlo; cómo había llorado mientras lo enterraba bajo el nogal cuando murió. Las niñas sintieron de repente un gran cariño y una enorme tristeza por ella. Si hubiera sido cualquier otra de las prostitutas, no habría importado, pero ¿por qué le había tenido que tocar a Doukou?

—Recoged inmediatamente vuestras cosas. Os vais a trasladar al sótano —les dijo el padre Engelmann—. Durante el Incidente de Nanjing de 1927, Fabio, yo y otros profesores de teología estuvimos allí escondidos y no nos encontraron ninguna de las veces que las distintas tropas entraron a saquear la iglesia. Así que se puede decir que el sótano es mucho más seguro que este desván.

—¿Es adecuado? Esas mujeres se comportan y hablan con absoluta desvergüenza... —dijo Fabio cuestionando aquella decisión.

—Nada es más importante que su seguridad. Preparaos para el traslado, niñas.

Las dieciséis estudiantes se instalaron en el sótano maloliente antes de la cena. Los tres militares, a su vez, trasladaron su cuartel al taller de encuadernación. En caso de que los japoneses los encontraran, el padre Engelmann tendría que hacer uso de sus mejores artes para justificarlo y convencerles de que eran civiles heridos. El que lo creyeran o no quedaría únicamente en manos de Dios. Fue el comandante Dai quien le sugirió aquel plan, cuyo propósito estaba muy claro: los hombres, en un momento como aquél, no tenían más elección que proteger a las mujeres y a las niñas.



A la hora de la cena, mientras estaban tomando en el sótano una sopa con encurtidos, Fabio llamó a través del respiradero.

—Xiaoyu, sube, por favor.

El presagio de que algo bueno estaba a punto de suceder hizo que los ojos de la niña brillaran y parecieran aún más hermosos, y Shujuan se sintió por unos instantes encandilada de nuevo por quien había sido su mejor amiga. Las estudiantes se arremolinaron frente a los respiraderos y vieron los delicados pies de Xiaoyu caminar hasta un par de lustrosos zapatos de piel de hombre al tiempo que la niña daba un grito de alegría entre sollozos:

—¡Papá!

Más tarde Shujuan supo que el padre de Xiaoyu había vendido un local comercial que tenía en Macao para poder volver a Nanjing a rescatar a su hija. A su regreso descubrió que el dinero ya no tenía valor en esta ciudad porque a los japoneses no les hacía falta para conseguir todo lo que querían. Era, sin embargo, un experimentado hombre de negocios y estableció algunos tratos con ellos para venderles antigüedades, joyas y obras de caligrafía y pintura. Les vendió también parte de su integridad y su conciencia para conseguir un salvoconducto que le permitiera acceder a cualquier lugar sin problemas y salir de Nanjing con su hija. Entrar en Nanjing era

tan difícil como subir al cielo, pero salir era casi tan imposible como atravesar el cielo y seguir subiendo.

La escena del reencuentro entre padre e hija no fue una excepción y resultó igual de conmovedora que cualquier otra en la que dos personas que habían tenido que separarse a causa de la guerra volvían a reunirse.

Xiaoyu se puso en cuclillas lo más agachada que pudo y se dirigió a las caras apiñadas contra los respiraderos que presenciaban su reencuentro:

—¡Mi padre ha venido a buscarme!

Sus palabras sonaron como si hubiese dicho: «¡Un ejército invencible ha venido a liberarme!».

Todas la envidiaban en ese momento hasta el punto de odiarla, por lo que ninguna respondió a su entusiasmo. Incluso Anna, a la que había prometido que se la llevaría con ella, tenía una expresión seria y no dijo una sola palabra. ¿Cómo alguien tan afortunado y feliz iba a recordar su promesa? Mejor no hacerse ilusiones.

Xiaoyu se puso de pie y las niñas le escucharon decir:

—Papá, quiero que venga una compañera con nosotros.

—Eso es imposible —le contestó él con rudeza.

—Tiene que venir.

Su padre dudó unos instantes. Durante veinte segundos, las estudiantes contuvieron la respiración.

—De acuerdo, ¿a cuál quieres llevarte?

Cuando Xiaoyu descendió por el acceso de la cocina, las estudiantes seguían sin atreverse a abrir la boca. Aquella niña tenía en sus manos el poder de otorgar la vida o la muerte. Las prostitutas, al otro lado de la cortina, permanecieron también calladas, expectantes por conocer en quién recaería aquella suerte.

Xiaoyu miró una a una a sus compañeras. La expresión de la mayoría de las caras reflejaba su ansia por ser elegidas. Estaban dispuestas a convertirse en sirvientas de la familia Xu si hacía falta.

—Anna Liu.

Como si sintiera que no merecía aquel honor, Anna se puso toda colorada, se levantó muy despacio y caminó hasta Xiaoyu.

Xiaoyu miró las caras de las que se quedaban, cada vez más ansiosas y expectantes. Shujuan continuaba sentada en su sitio con la vista fija en el respiradero. Estaba profundamente arrepentida de no haberse rebajado ante Xiaoyu, pero ahora ya era demasiado tarde. Adoptó un aire de indiferencia, fingiendo que no le importaba si vivía o moría en aquel lugar, como diciendo: «Tú, Xiaoyu, sigue tu vida y no te preocupes por lo que me pueda pasar a mí».

—Xiaoyu, ¿no me habías dicho que también le pedirías a tu padre que me llevara a mí? —dijo Sophie con un susurro que recordaba al zumbido de un mosquito.

Shujuan quiso lanzarle una mirada furiosa —¿así que se había vendido para obtener su recompensa?—, pero no lo hizo al darse cuenta de que Xiaoyu la estaba

mirando. La expresión de sus ojos era benevolente, aunque era la benevolencia de quien se sabía en una situación ventajosa. Sólo con que Shujuan abriera la boca, aunque sólo fuera para decir «Xiaoyu», se quedaría satisfecha, podría olvidar todas las rencillas pasadas y reconciliarse con ella. Al fin y al cabo, su posición social, su conducta y su rendimiento en la escuela estaban a la altura de merecer una amistad con Xiaoyu de por vida.

Los nervios que sentía Shujuan le hicieron aturullarse y no fue capaz de abrir la boca. En su lugar se quedó mirando fijamente a Xiaoyu. Sólo ella sabía lo humillada y desesperada que se sentía en ese momento.

Xiaoyu apartó al fin la mirada, jugando así una vez más con sus sentimientos. Continuó entonces jugando con los de sus compañeras.

—Lo echamos a suertes —dijo Xiaoyu arrancando una hoja de su libreta. La cortó en catorce trozos y dibujó una flor de ciruelo en uno de ellos.

—Yo no quiero, echadlo a suerte entre vosotras —dijo Shujuan dándole la espalda en actitud heroica.

—Venga, va. Mi padre no puede llevaros a todas —le dijo Xiaoyu casi rogándoselo.

Shujuan negó con la cabeza.

Como resultado del sorteo, una estudiante que apenas había hablado nunca con Xiaoyu se marchó con ella, su padre y Anna. Las trece que quedaron se repartieron un trozo de chocolate que había traído el hombre. Para ser más exactos, fueron doce, ya que Shujuan renunció a su parte. Xiaoyu pretendía comprar con aquel dulce a las compañeras que había abandonado, pero Shujuan no le daría ese gusto.

La noche cayó cuando Xiaoyu eligió a las dos estudiantes, o más bien cuando escucharon el estallido del motor del coche al encenderse en la puerta de la iglesia. Cuando el rugido del vehículo se alejó, las niñas se dieron cuenta de repente de que la noche había invadido el sótano y las había engullido.

Al otro lado de la cortina, Nanni hablaba consigo misma:

—El padre de esa niña debe de tener dinero, ¿no? Seguro que es muy rico. Los ricos pueden mover montañas.

—Nanni, aquel tal jefe Wu que tenía un matadero de patos, ¿no tenía también sus dineritos?

—Pero Nanni no le apretó con suficiente fuerza entre sus piernas y se le escapó —dijo Hongling.

—Parad de decir groserías.

Las niñas reconocieron la voz de Zhao Yumo.

—El año pasado me dijo que quería comprar mi libertad y casarse conmigo ahora que era viudo —dijo Nanni.

—Mira que fuiste tonta. Si te hubieras ido con él, ahora serías la gran señora de los patos.

—Quizás a estas alturas los demonios japoneses ya le hayan matado a él y a todos

sus patos. Imagínate lo que habrían hecho con un ama de patos tan bonita como Nanni.

—¡Ja! Al que se me hubiera puesto encima, a ése sí le habría apretado hasta matarlo —dijo Nanni indignada.

—Nanni, cierra la boca, ¿vale? —volvió a intervenir Yumo.

Al cabo de un rato, Nanni se echó a llorar:

—Es verdad que fui una tonta. Si me hubiera ido con él, cualquier cosa habría sido mejor que estar encerrada en esta ratonera. Aquí metidas y para acabar quizás como Doukou...

El corro de estudiantes que escuchaba al otro lado de la cortina se apretó todavía un poco más. El llanto de Nanni cesó de repente y las niñas dedujeron que alguna le había echado una manta sobre la cabeza.

Así acurrucadas, se quedaron dormidas. No sabían qué hora era cuando escucharon la agitación de las mujeres al otro lado de la cortina. Decían que había sonado el timbre.

Capítulo 14

El padre Engelmann se encontraba todavía en la sala de lectura cuando sonó el timbre. Se levantó y fue hasta la cocina. A través de los respiraderos se dirigió a las mujeres y las niñas:

—No pasa nada, Fabio y yo nos ocupamos de ellos. No se os ocurra hacer ningún ruido.

A continuación se acercó al taller de encuadernación. Empujó suavemente la puerta y se llevó un buen susto: el comandante Dai estaba allí de pie dispuesto a luchar a vida o muerte. Tras él, sobre las mesas que habían unido a modo de cama, estaba tumbado Wang Pusheng. Tenía mucha fiebre y era difícil distinguir si estaba consciente o no. Li Quanyou se había cubierto con la manta sin quitarse los zapatos. Apoyaba el cuerpo sobre un codo, dispuesto a saltar hacia delante en cualquier momento.

—No se os ocurra salir, a menos que las cosas se pongan muy feas. Fabio y yo nos encargamos de que se vayan —estiró la mano para darle unas palmaditas al comandante Dai e incluso le sonrió ligeramente.

El padre Engelmann caminó hacia la entrada mientras escuchaba el timbre sonar una vez, y otra vez, y otra... No era inteligente abrirles las puertas de par en par a esos visitantes nocturnos, pero rechazarlos sería una insensatez aún mayor. Las ideas rebotaban de aquí allá en su cabeza, como si fueran pelotas de ping-pong. Fabio apareció al fin. De su boca emanaba el olor del vino de arroz que había fermentado en sus tripas.

El padre Engelmann abrió el ventanillo del tamaño de medio libro de la puerta principal y echó el cuerpo rápidamente hacia el lado izquierdo. Tenía miedo de que una bayoneta atravesara la mirilla y lo alcanzara en el ojo. De hecho, eso fue lo que ocurrió y, por fortuna, no encontró su ojo esperando. La luz blanca de unos faros se colaba desde el exterior por el resquicio inferior. ¿Había venido un camión lleno de soldados?

—¿Qué podemos hacer por ustedes? —preguntó el padre Engelmann en inglés con extremada cortesía.

—¡Abre la puerta! —contestó una voz en chino. Muchos soldados y oficiales de bajo rango japoneses, tras siete días de ocupación en Nanjing, habían aprendido a decir «¡Abre la puerta!», «¡Sal de ahí!», «¡Comida!», «¡Gasolina!», «¡Prostitutas!», palabras que habían repetido más de mil veces en ese tiempo.

—¿Hay algo en lo que podamos servir a los señores? —su tono insípido y monótono podía calmar a cualquier exaltado.

Esta vez fueron varias culatas de rifles las que contestaron. A cada culatazo que soportaba la puerta, la rendija entre las dos hojas se iba abriendo un poco más. Los

faros del vehículo permitían ver a contraluz la fina barra de hierro que servía como tranca.

—Ésta es una iglesia estadounidense y desde hace décadas el terreno es propiedad nuestra. Si entran aquí, estarán accediendo a territorio de Estados Unidos —dijo Fabio con voz poderosa y un fuerte acento de Yangzhou para sustituir al inglés amable y refinado del padre Engelmann. Si no era por las buenas, tendrían que probar por las malas.

Una voz china se encargó de responder.

—El Gran Ejército Imperial japonés dispone de información precisa y sabe que en esta iglesia se esconden soldados chinos.

—Eso es un disparate —cortó con rotundidad Fabio al colaboracionista—. El ejército de ocupación, con la excusa de buscar soldados chinos, saquea todo a su paso. ¿Crees que podéis engañarnos con esa artimaña?

Durante unos instantes no se oyó nada al otro lado de la puerta, seguramente porque el traidor chino les estaba traduciendo las palabras de Fabio.

—Respetable padre, esta gente tiene armas. No ponga a prueba su paciencia.

En ese momento, el padre Engelmann escuchó tras él unos murmullos de pasos y, al girarse, vio que varias sombras se acercaban pistola en mano desde la parte posterior de la iglesia. Por lo visto, los soldados japoneses ya habían encontrado la manera de atravesar aquellos muros sin necesidad de emplear tanto esfuerzo ni tanta saliva.

—Ya han entrado, preparémonos para lo peor —dijo el padre Engelmann con voz abatida.

—Sois intrusos —dijo Fabio bloqueando el paso a los soldados que se habían abalanzado sobre la puerta—, ya os he explicado que aquí no hay soldados chinos. Ahora mismo voy a la Zona de Seguridad a buscar al señor Rabe^[11].

Se oyó el sonido de un disparo y Fabio cayó al suelo con un grito. Lo único que sabía era que lo había tirado un empujón muy fuerte, que lo había recibido en el hombro izquierdo y que le había hecho perder el equilibrio. Tumbado sobre el suelo de piedra helado, sintió también que el hombro izquierdo le ardía. Escuchó entonces al padre Engelmann chillando enfurecido:

—¡Cómo os atrevéis a disparar a un clérigo estadounidense!

El sacerdote corrió a agacharse junto a él.

—¡Fabio!

—No es nada, padre.

Fabio sintió que el sacerdote que se reclinaba hacia él era el mismo hombre venerable que hacía casi veinte años había descendido de la tarima y se había dirigido a su encuentro; hacía veinte años, aquel sacerdote parecía estar buscando en él a alguien en quien apoyarse para seguir viviendo. Y en aquellos veinte años, aquel sacerdote excéntrico, distante y frío y Fabio habían dependido irremediabilmente el uno del otro para sobrevivir.

La puerta se abrió y más de veinte soldados japoneses asaltaron la parroquia.

El padre Engelmann salió tras ellos a paso ligero:

—¡Aquí no van a encontrar a ningún soldado chino! ¡Por favor, salgan inmediatamente!

Sin pararse a comprobar la gravedad de la herida, Fabio se levantó y corrió hacia el fondo del patio.

Dentro del taller de encuadernación, dos de los tres militares chinos ya se habían colocado en posición de combate. Li Quanyou estaba de pie tras la puerta sosteniendo en la mano un martillo que había encontrado en una caja de herramientas. Primero dejaría que entraran los japoneses, luego los atacaría por sorpresa con un martillazo y finalmente se haría con sus armas. A continuación, él y el comandante Dai podrían hacer del taller su fortaleza y resistir con las bombas y las balas que les habrían quitado a los soldados.

El comandante Dai permanecía agachado detrás de una mesa volcada encarando la puerta. Tenía en la mano un pico de los que se utilizaban para partir el carbón. Una vez que entraran dos soldados japoneses, cerraría de golpe la puerta y él y Li Quanyou se abalanzarían sobre ellos a un mismo tiempo. Su única ventaja era cogerlos por sorpresa.

En ese momento le vino de nuevo a la mente lo que acababa de oír en boca de Fabio y el padre Engelmann: «Aquí no van a encontrar a ningún soldado chino», y, allí agachado, sintió que comenzaba a entender aquellas palabras.

—Compañero Li, soltemos las herramientas —le dijo el comandante Dai en voz baja mientras se quitaba las botas a toda prisa.

—¿No vamos a pelear? —preguntó Li Quanyou sin entender lo que estaba pasando.

—No podemos. Piénsalo un momento. Si peleamos, confirmaremos que los clérigos han escondido a militares.

—¿Y qué?

—Pues que los japoneses registrarán todos y cada uno de los rincones de la iglesia y hasta puede que la echen abajo. ¿Qué pasará con las estudiantes y las mujeres?

—¿Y qué hacemos ahora? —dijo Li Quanyou tras una pausa.

—Nos quitamos la ropa y nos echamos a dormir. Tenemos que hacernos pasar por civiles.

Li Quanyou soltó el martillo y, justo cuando se dirigía a tumbarse hacia las mesas para acostarse, la puerta se abrió violentamente y las luces de las linternas penetraron deslumbrándolos como si fueran rayos.

A punto estuvo Li Quanyou de volver a coger el martillo que había caído junto a su pie.

—Son nuestros feligreses. Sus casas han ardido y como no tienen dónde ir, nos han pedido cobijo —dijo el padre Engelmann con voz calmada.

—¡Salid! —dijo el intérprete transformando el grito japonés en un grito en chino y traduciendo meticulosamente incluso el tono de voz.

Dai se levantó muy despacio, como si le hubieran interrumpido el sueño y no estuviera de muy buen humor.

—¡Rápido!

El comandante se echó sobre los hombros una vieja chaqueta de corte occidental que le había prestado Fabio y que, igual que el jersey que llevaba por debajo, se notaba enseguida que no era suya. Le sobraba de largo y de ancho.

Li Quanyou iba vestido con una vieja túnica acolchada de George que le quedaba muy corta, justo por encima de las rodillas. Llevaba también un sombrero que pertenecía a Fabio y que le quedaba tan grande que se le hundía hasta las cejas.

—¿Y ése quién es?

Una linterna señaló a Wang Pusheng, que estaba tumbado sobre la «cama».

—Es mi sobrino —contestó Li Quanyou—, está muy enfermo, lleva varios días con mucha fiebre.

Antes de que acabara de decirlo, dos soldados japoneses ya se habían echado sobre él y lo sacaban a rastras de debajo del edredón.

Wang Pusheng estaba inconsciente y no ofreció resistencia alguna cuando tiraron de él hacia el patio. Lo único que hacía era respirar pesada y aceleradamente, como si su corta vida de quince años que parecía a punto de apagarse se hubiera reanimado por aquel zarandeo.

—Es sólo un niño y está muy enfermo —intercedió el padre Engelmann.

Ninguno de los dos soldados japoneses pareció escucharlo y siguieron concentrados en arrastrarlo al patio. El sacerdote los persiguió insistiendo en sus ruegos hasta que una bayoneta se le interpuso y le rasgó el abrigo de plumón a la altura del pecho provocando que las blancas plumas de ganso salieran en todas direcciones y revolotearan dentro del haz de luz mortecina de las linternas. El padre Engelmann se quedó paralizado. De haberse hundido un poco más, la bayoneta le habría llegado al corazón. Se diría que aquella cuchillada pretendía activar su imaginación: ¿a que estaba bien afilada la bayoneta? Podría penetrar con la misma facilidad hasta su corazón, que, bajo un filo semejante, era como un animalito indefenso que no tendría por dónde escapar. Sin embargo, para el padre Engelmann aquella cuchillada supuso una provocación y una burla contra su autoridad y su dignidad. ¿Cómo se atrevían a utilizar la bayoneta para hacer ese gesto tan frívolo? Más resuelto todavía, salió tras los dos soldados que tiraban de Wang Pusheng:

—¡Soltadle!

La violenta reacción del padre Engelmann provocó que las plumas volaran enloquecidas como copos de nieve en mitad de una tormenta.

—¡En nombre de Dios, soltadle!

Volvió a bloquearles el paso a los dos soldados japoneses y consiguió que lo liberaran. Tumbado sobre el suelo, Wang Pusheng respiraba al borde de la agonía. Se

quitó su abrigo y tapó con él al muchacho de quince años.

Un oficial japonés se acercó y le dio unas pataditas con la punta de sus botas de montar mientras decía algo. El intérprete se apresuró a traducirlo:

—Tiene una herida de bayoneta.

—Así es —confirmó el padre Engelmann.

—¿Dónde le hirieron?

—En su casa.

—No es cierto, fue en el campo de ejecución. Es uno de los prisioneros chinos que ayudaron a escapar.

—¿Qué campo de ejecución? —preguntó el padre Engelmann.

—El campo en el que se ejecuta a los prisioneros chinos —tradujo el intérprete con la misma rabia a punto de estallar del oficial japonés.

—¿Cómo? ¿Estáis fusilando a los prisioneros chinos? —preguntó el padre Engelmann—. Perdona mi ignorancia, no sabía que el ejército japonés había decidido no respetar el Convenio de Ginebra relativo al trato de los prisioneros de guerra.

El oficial tenía un aspecto bastante común entre los hombres japoneses, con hombros rectos y piernas cortas, cejas pobladas y ojos pequeños. De no ser por aquella mirada fija que reflejaba la frialdad con la que era capaz de matar, podría considerársele un hombre atractivo. Tras unos segundos desconcertado por las palabras del sacerdote, le dijo algo al traductor.

—El señor oficial pregunta si no tiene nada que comentar ahora al respecto de haber refugiado en su iglesia a militares chinos.

—¿Cómo van a ser militares? —dijo el padre Engelmann señalando al comandante Dai y a Li Quanyou, que permanecían de pie a un lado.

En ese momento apareció un soldado japonés empujando a un hombre chino de más de cuarenta años.

—Es uno de los enterradores contratados por el ejército japonés —dijo el intérprete—. Ha contado que dos prisioneros sobrevivieron y se les condujo hasta aquí —se giró entonces hacia el miembro de la tropa de enterramiento y le dijo—: ¿Puedes reconocerlos?

—¡Sí que puedo reconocerlos! —contestó el enterrador con entusiasmo. Levantó la cabeza y señaló al comandante Dai—: Él es uno.

—¡Serás hijo de perra! —lo insultó Fabio.

Dos soldados japoneses se situaron inmediatamente junto al comandante Dai y en un abrir y cerrar de ojos uno lo agarró. El comandante mantuvo la calma mientras le sujetaban los dos brazos por la espalda y aguantó sin quejarse el dolor atroz de la herida de la parte izquierda de su cuerpo.

—Estás mintiendo. Es la primera vez en toda tu vida que ves a este señor —le dijo el padre Engelmann al enterrador.

—¿Estás seguro de que él es uno? —le preguntó el oficial japonés a través del intérprete.

—¡Reconocería hasta a un fantasma! —gritó Fabio en dialecto de Yangzhou—. Es capaz de decir cualquier disparate con tal de salvar su propio pellejo.

El oficial ordenó que se llevaran al comandante Dai. El padre Engelmann quiso salir una vez más tras ellos, pero una bofetada del oficial le hizo tambalearse.

—Se ha equivocado de persona —dijo en ese momento Li Quanyou. Trataba de mantenerse lo más erguido posible mientras arrastraba la pierna herida apoyándose en un palo—. Mírame bien —dijo dirigiéndose al enterrador—, ¿soy yo uno de los que rescataste?

—¡Yo no rescaté a nadie! ¡Fueron otros! —se apresuró a excusarse el enterrador.

—¿No decías que los conocías? ¿Y a mí, que me acosté con tu madre, no eres capaz de reconocerme? —dijo Li Quanyou levantando el dedo pulgar y señalándose su propia nariz con expresión de matón.

—¡Son todos ciudadanos corrientes! —dijo el padre Engelmann, consciente de que aquél era su último intento. Después de éste, no tendría más remedio que renunciar a ellos igual que había hecho con el viejo Ford. Pero precisamente por tratarse del último intento, no se lo pensó dos veces y corrió a impedir que se llevaran al comandante Dai. Había congeniado muy bien en sus conversaciones con aquel joven militar y aún había tantas cosas sobre las que le gustaría charlar con él... Otro golpe cayó sobre él y los oídos comenzaron a zumbarle. Vio al oficial japonés abrir y cerrar el puño y sacudirse la muñeca. Se había hecho daño en la mano del puñetazo.

En ese instante, George apareció por la parte trasera de la cocina con la intención de limpiar la sangre que le salía al sacerdote por la nariz y la boca. Cuando los japoneses irrumpieron en la iglesia, él se ocultó tras una pila de leña para la chimenea y desde allí había presenciado todo lo sucedido. Era una persona de aspiraciones modestas y no de los que creían que una buena muerte valía más que una vida miserable, sobre todo después de su aventura amorosa con Hongling. Ahora tenía la sensación de que una vida miserable también podía contar con gran variedad de sabores. Pero al ver cómo le rasgaban el abrigo al padre Engelmann y cómo recibía un sopapo, agarró instintivamente un tronco. ¡Aquella escoria japonesa, que no era digna ni de limpiar el orinal del sacerdote, se atrevía a pegarle! Sin embargo, no tardó en dejar caer el madero. No serviría de nada ofender ni atraer la atención de más de veinte demonios japoneses armados y dispuestos a actuar. Agazapado en el mismo sitio, sin poder avanzar ni retroceder, mientras su creencia en una «vida miserable» se fortalecía entre sus pobres aspiraciones, no dejó de maldecirse por ingrato. El padre Engelmann lo había cuidado desde que tenía trece años, le había dado comida y ropa, le había enseñado a leer e, incluso cuando se dio cuenta de que no podría convertirlo en un buen católico, continuó incansable con su formación. No había duda de que el padre Engelmann era un hombre insulso, pero no se lo reprochaba. Con él también había evitado siempre cualquier demostración excesiva de afecto, nada que ver con las que dedicaba a aquel potro que había caído al pozo. Pero de no haber sido por él, George sólo habría podido pasar de ser un niño mendigo a convertirse en un hombre

mendigo y, con suerte, habría llegado a morir de muerte natural siendo un mendigo anciano. De no ser por aquel sacerdote seco y rígido, ¿quién habría conocido a George, el cocinero de la iglesia? ¿Acaso aquella flor tan bella llamada Hongling no se había quedado prendada de ese cocinero que había logrado tener la apariencia de un hombre decente? ¿Y no era el manojito de llaves que colgaba de su cinturilla el que abría la despensa? Mientras le daba vueltas a aquello en su cabeza, vio cómo el padre Engelmann recibía la segunda bofetada, que, a buen seguro, le había partido algún diente. Sus propios dientes empezaron a dolerle.

Se decidió finalmente a acercarse al sacerdote, pero un soldado japonés lo prendió.

—Es el cocinero de la iglesia —explicó Fabio.

El oficial japonés se dirigió al enterrador:

—¿Conoces a éste?

El enterrador se fijó en la cara pálida como la cera del joven chino enmarcada en el halo de la linterna y pareció reconocerlo. A continuación soltó un «ajá» un tanto ambiguo.

El padre Engelmann consiguió pronunciar unas palabras a pesar del baile de sus dientes:

—Es un niño abandonado que recogí hace siete años.

—Entre todos éstos, ¿quién más es un soldado chino? —preguntó el oficial japonés al enterrador.

El miembro de la tropa de enterramiento cogió la linterna de la mano de uno de los soldados japoneses y alumbró la cara de cada uno de ellos.

—Ya se lo he explicado, todos los que he acogido son civiles comunes, feligreses de nuestra parroquia —dijo el padre Engelmann.

Cuando el enterrador llegó a la cara de Li Quanyou, anunció:

—Lo he reconocido, es éste.

—¡Estás señalando sin ton ni son! Lo que pasa es que no conoces a ninguno. ¡Hasta has dicho que nuestro cocinero es militar! Serás hijo de perra... —gritó Fabio.

George, que siendo tan joven ya mostraba una buena barriga de cocinero, no se atrevía a mover un músculo, ni siquiera a parpadear. Sólo se atrevía a desplazar los ojos de un lado a otro en horizontal, como si estuviera tramando algo.

El oficial japonés se quitó el guante blanco de una mano y comenzó a palpar cuidadosamente con el dedo índice desde la frente alrededor de la cabeza de George. Quería comprobar si tenía la ligera hendidura que dejaba la gorra militar con el paso de los años, pero George creyó que estaba eligiendo el mejor lugar para abrirle la tapa de los sesos y se echó hacia atrás de manera instintiva, apartando la cabeza. El enfado del oficial por no haber acertado con su suposición no hizo más que aumentar ante el gesto automático del cocinero. A continuación se oyó el roce de su sable al desenvainarse. George echó a correr sujetándose la cabeza con las dos manos. Sonó un disparo y, con él, el cocinero cayó al suelo.

—La persona que habéis matado era inocente. Yo soy un militar chino, llevadme a mí —dijo el comandante Dai.

Al ver que George aún se movía, Fabio lo incorporó. Sus movimientos se fueron haciendo cada vez más débiles. La bala le había entrado por detrás y había salido por delante, dejándole un agujero en la tráquea. Por allí se le escapó con un silbido agudo todo el aire de su cuerpo, que perdió gradualmente su volumen hasta desinflarse por completo.

Antes de morir, George se volvió a mirar hacia los respiraderos del sótano. Al otro lado de la rejilla metálica, más de una decena de pares de ojos adolescentes lo contemplaban sin parpadear en medio de la oscuridad. Shujuan se tapó la boca con el dorso de la mano para evitar soltar un grito como el de Sophie. Otra de las estudiantes abrazó con fuerza a Sophie y le dio unas palmaditas suaves tratando de consolarla. En situaciones como éstas, las estudiantes más valientes adoptaban el papel que les habría correspondido a los padres de las más cobardes.

El oficial japonés examinó con detenimiento al comandante Dai. Los militares profesionales tenían olfato para detectar a otros veteranos y el cuerpo de aquel hombre chino olía a uno de los buenos, cruel y sanguinario.

Se giró hacia el padre Engelmann y le transmitió su satisfacción a través del intérprete:

—Vaya, padre, parece que la neutralidad de este territorio estadounidense ya no es tal. ¿Sigue negando que ha ocultado a enemigos del ejército japonés?

—Fui yo quien saltó sin autorización el muro. El padre no tiene nada que ver —intervino el comandante Dai.

—Él no es un enemigo del ejército japonés. Ahora está desarmado y cuenta, por tanto, como un civil inocente —dijo el padre Engelmann.

Con la mano enfundada en el guante blanco, el oficial japonés hizo un gesto decidido y ordenó que se llevaran a los tres hombres chinos que quedaban vivos.

—Habían dicho que sólo se llevarían a dos. Además, ya han matado a un empleado nuestro.

—Si descubrimos que hemos apresado a alguno por error, se lo devolveremos.

—¿Y qué pasa con el que han matado por error?

—En tiempos de guerra siempre hay muchos que mueren por error.

El padre Engelmann se colocó delante del oficial.

—Se lo advierto una vez más. Está en territorio de Estados Unidos y ha matado dentro de sus fronteras a una persona y arrestado arbitrariamente a refugiados inocentes. ¿Ha pensado en las consecuencias?

—¿Sabe cómo eluden las consecuencias nuestros superiores? Argumentan que no fueron más que actos individuales incontrolados de miembros de la tropa y que se les ha aplicado un castigo de acuerdo al código de justicia militar. De hecho, nadie se dedica a investigar estos «actos individuales». ¿Lo entiende ahora, padre? En plena guerra, las acciones incontroladas tienen lugar a cada segundo.

El oficial habló con suavidad y fluidez y, a continuación, el traductor transmitió sus palabras imitando con precisión su actitud.

El padre Engelmann se quedó callado. Sabía que los altos mandos del ejército japonés negaban con argumentos de ese tipo las atrocidades que cometían.

—Padre, lo siento —dijo el comandante Dai—. Irrumpí aquí sin permiso y le he acabado poniendo en una situación muy comprometida.

Alzó la mano derecha y le hizo un saludo militar.

Un soldado japonés comenzó a lanzar patadas y a gritar a Wang Pusheng.

—¡Levántate! ¡Arriba!

Los sonidos que salían de la boca del joven soldado al borde la muerte eran de un sufrimiento desgarrador.

—Jamás había visto un ejército tan cruel como vosotros.

El padre Engelmann se acercó con la intención de apartar al soldado que levantaba un pie sobre Wang Pusheng y lo dejaba caer con fuerza sobre su barriga.

—Por el amor de Dios, tengan compasión de este muchacho.

El oficial levantó el sable para impedir que el sacerdote se le acercara. Li Quanyou sólo estaba a un paso de él y, sacando fuerzas de repente, se abalanzó sobre el militar japonés. Antes de que nadie tuviera tiempo de reaccionar, ambos forcejeaban agarrados el uno al otro. Li Quanyou le apresó el cuello con el brazo izquierdo y le apretó la tráquea con la mano derecha. Los brazos y las piernas del oficial languidecieron y el sable cayó al suelo. Li Quanyou cambió la posición y utilizó también la mano izquierda para estrangularlo. Los soldados japoneses no se atrevían a disparar por temor a herir a su superior y acudieron en su rescate apuntando con las bayonetas. Cuando las clavaron en el pecho de Li Quanyou, sus manos estaban a punto de partir en dos la garganta del oficial. El japonés se quedó mirando la cara de aquel militar chino desconocido y vio que había cambiado de forma: las facciones se le habían abombado y la fila de dientes completa sobresalía de su boca. La fuerza que hacía con sus manos se reflejaba en su rostro, que se había agrandado y había cambiado de color, y recordaba al de un dios guardián de un templo chino. A cada cuchillada de sus inferiores que se hundía en el pecho del soldado chino, el dolor hacía que sus dos manos le apretaran con más fuerza el cuello. El oficial japonés apenas sentía los brazos y piernas y comenzaba a perder la consciencia. La fuerza del moribundo reunía y concentraba la fuerza de toda una vida.

Finalmente ambas manos se quedaron tiesas y los ojos que se clavaban en los suyos se apagaron. Sus dientes, sin embargo, continuaron sobresaliendo, sólidos y desordenados, dientes de campesino chino acostumbrados a comidas sencillas y poco abundantes. La simple visión de aquellos dientes, entre los que había quedado clavada una maldición, le repelía.

El oficial hizo acopio de toda su fuerza para recuperar la estabilidad. Sintió cómo la sangre caliente volvía a circular en su garganta y sus cuatro extremidades

recobraron la sensibilidad. Sabía que si aquellas garras lo hubieran apretado más tiempo, otros cinco segundos, o quizás tres, habría acompañado al otro mundo al sargento chino. Sintió una punzada de dolor en el cuello. Buena señal: si le dolía era porque se estaba recuperando.

Con la voz ronca, dio orden de registrar el lugar. De inmediato, los destellos de las linternas rastreaban en todas direcciones cada rincón de la iglesia. Sin moverse del sitio, el padre Engelmann comenzó a rezar con fervor en silencio. Fabio seguía con mirada alarmada el haz de luz de las linternas que habían irrumpido en el taller de encuadernación. En el desván habían quedado intactas las dieciséis camas improvisadas de las estudiantes, dieciséis esterillas de paja y dieciséis edredones de algodón, además de la ropa de coro. Aquello podría convertirse en una pista para los japoneses. Si ataban cabos y asociaban aquellos vestidos marineros negros con los cuerpos aún sin florecer que cubrían... ¿Quién podría prever las trágicas consecuencias?

No era difícil encontrar la entrada del desván y Fabio no tardó en ver las luces de las linternas filtrándose a través de las aberturas de las cortinas negras que cubrían los ventanucos.

Al cabo, los soldados que registraron el comedor y la cocina regresaron con las manos vacías, y Fabio suspiró aliviado. Habían colocado el horno sobre la trampilla del sótano para ocultarla, reajustando el resto de enseres para que la cocina quedara bien distribuida.

Cuando los soldados entraron, cambiaron rápidamente el objetivo de su búsqueda, que pasó a ser el armario en el que George guardaba la comida bajo llave. Lo forzaron y sacaron de su interior un saco de patatas y medio de harina. Los cientos de miles de soldados japoneses que habían invadido la ciudad también pasaban hambre, por lo que celebraron con vítores encontrar aquellos alimentos.



En el piso subterráneo, los ojos, rasgados y almendrados, grandes y pequeños, de las niñas y las mujeres miraban sin parpadear la rendija cuadrada del techo por la que se colaba el resplandor de las linternas.

Al otro lado de la cortina, las prostitutas escucharon los gemidos ahogados de dos o tres estudiantes, que más que sollozos reprimidos parecían quejidos de dolor.

—Niñatas, como hagáis un ruido más, voy y os mato —dijo Yusheng furiosa sin apenas levantar la voz.

Nanni comenzó a frotarse el rostro con las manos llenas de suciedad. Yusheng la imitó y tocó con las dos manos todo a su alrededor llenándose la cara y la cabeza de aquel polvo mezclado con negras telas de araña. Yumo sonreía con amargura: ¿acaso pensaban que así no les resultarían atractivas? ¿No se habían enterado de que hasta las ancianas de setenta años les servían a las bestias japonesas como «mujeres de

compañía»? Hongling era la única que no miraba hacia la trampilla cuadrada y permanecía ida en medio de la oscuridad sollozando de tanto en tanto. No le entraba en la cabeza que George hubiera pasado de estar vivito y coleando a convertirse en un montón de carne sin vida. Había conocido a innumerables hombres, pero él, con quien había logrado pasar unos buenos momentos aun hallándose en tiempos de guerra y gran precariedad, le había despertado una ternura que no había conocido antes. No conseguía hacerse a la idea de que ya no volvería a ver a aquel George de orejas prominentes y sonrisa fácil. No dejaba de escucharle decir que prefería una vida miserable a una buena muerte. Pero ni estando resignado a una vida miserable, dispuesto a defender con determinación su máxima y a comportarse para vivir de acuerdo a ella, había podido cumplir su deseo. «Pobrecito mío», pensaba Hongling, aturdida.

El corazón de Yumo palpitaba con fuerza pensando en Dai. Dos noches atrás no podía imaginar que se separarían de aquella manera. Hacía dos noches él le había explicado que deseaba haberse marchado ya de la parroquia, pero que posponía su partida porque estaba tratando de encontrar sus armas. Le dijo también que los hombres que estaban acostumbrados a llevar pistola eran como las mujeres que acostumbraban a llevar joyas: sentían que sin ellas les faltaba algo. Mientras se lo decía le hizo una señal con los ojos que ella comprendió enseguida. Le estaba pidiendo que salieran fuera. Primero uno y luego el otro abandonaron el sótano y subieron al patio. Parecía de verdad una cita secreta de amantes y su complicidad se reflejaba en sus caras. Ascendieron por las escaleras medio desplomadas hasta el campanario derruido. Recordó cómo él le tendió la mano en la oscuridad para evitar que se cayera.

—Hagamos como que estamos explorando unas ruinas antiguas —le había dicho él.

El viento que soplaba en lo alto del campanario era un poco más frío, pero sabía a libertad. Debido al desplome, el espacio era completamente irregular y para adentrarse en él tuvieron que amoldarse con posturas también irregulares, por momentos de pie y por momentos agachados. Dai Tao sacó unos prismáticos de bolsillo y estuvo un rato observando en todas direcciones. Luego se los pasó a ella. A la luz de la luna podían apreciarse las difusas avenidas a partir de las que se extendían como ramas y zarcillos intrincadas callejuelas y casas unidas a ellas como hojas planas y abiertas, casi todas ennegrecidas como si hubieran ardido. Únicamente el sonido incesante de disparos proveniente de algún lugar ponía de manifiesto que no se encontraban ante una ciudad desolada de la que habían desaparecido los seres humanos hacía miles de años, sino que aún quedaban seres vivos que cazaban y mataban a tiros.

—Vuestra casa debe de estar en esa dirección —dijo el comandante Dai creyendo que si ella llevaba tanto tiempo mirando por los prismáticos era porque estaba buscando el río Qinhuai.

—No la estoy buscando —respondió ella con una sonrisa triste—. Además, ésa no es mi casa.

Permanecieron en silencio un rato, hasta que él le preguntó qué estaba pensando. En realidad, en ese momento Yumo pensaba en si debía preguntarle o no de dónde era, si tenía hijos, cuántos años tenía su mujer. Pero sabía que aquéllas eran preguntas que se le hacían a alguien con quien estaba previsto tener una larga relación. Así que le dijo:

—Estaba pensando que... quiero un cigarrillo.

—Justo lo mismo que yo —dijo él sonriendo ligeramente.

Cruzaron una mirada de entendimiento y la desviaron hacia las avenidas y callejuelas de la ciudad devastada. Si en ese momento les hubiera llegado la cancioncita de los vendedores ambulantes de tabaco significaría que la ciudad había escapado de las garras de la muerte y podrían salir de allí. La melodía de los vendedores de cigarrillos sería el preludio. A continuación aparecerían los puestos de *huntun* y fideos y el canto de los vendedores de tofu fermentado. Podrían buscar un buen lugar para cenar primero y luego una sala de baile para pasarse toda la noche bailando.

Quizás el comandante Dai estaba imaginando una escena parecida, pues dijo con un gran suspiro:

—Esto es cosa del destino. Si no, cómo yo, un oficial tan insignificante, habría podido tener una cita con usted, señorita Zhao.

—Nunca me has pedido una, ¿cómo sabes que no podrías haberla tenido?

—¿No te he invitado a subir aquí a contemplar el paisaje? —dijo él riéndose y moviendo de un lado a otro la cabeza para mostrarle el campanario derruido y la vista siniestra que se habían convertido en el escenario de su hospitalidad.

—¿Esto cuenta como una cita?

—¿Por qué no?

Estaba muy incómodo de pie —probablemente el dolor de la herida se lo provocaba aquella postura—, así que se movió un poco y se colocó delante de ella. Yumo lo miró bajo el tenue brillo de la luna con una mirada a la que sabía que nadie era capaz de resistirse.

—Claro que no cuenta —dijo ella sin apartar sus ojos.

Él, que podía mandar sobre una tropa de oficiales y soldados, tenía en esos momentos más dificultades para controlar su corazón. Estaba a punto de flaquear, pero aun así no se movió. Pensó en su corazón como en un soldado indisciplinado de la tropa que tenía que meter en vereda y consiguió refrenarlo.

—De acuerdo, ésta no cuenta. Contará cuando te invite de verdad a cenar y bailar.

—Lo recordaré —y añadió hablando muy despacio—: Y si no cumples y no me propones una cita, entonces yo... —dijo cada vez más lentamente.

—¿Entonces tú qué?

—Seré yo la que te invite a salir.

Él soltó una carcajada.

—¿Las mujeres invitan a salir a los hombres?

—Sería la primera vez en mi vida que lo hago, así que deberías tener cuidado.

Ella estiró la mano y le acarició con suavidad la mejilla. Era la acción de una prostituta. No estaba dispuesta a fingir que era una muchacha de buena familia, ¿acaso él no habría tenido ya suficientes? Quería que recordara que le dejaba a deber un encuentro en el que lo agasajaría como una auténtica prostituta de primera categoría. Para que pudiera cumplir su promesa y pudieran dar rienda suelta a su pasión, él tendría que sobrevivir y no seguir luchando temerariamente para poner a prueba su valor.

—Vale, yo también lo recordaré.

—¿Qué recordarás? Dime.

—Recordaré que la hermosa Zhao Yumo de Nanjing me ha propuesto una cita y que sólo por eso yo ya no puedo morir.

—Eso es —dijo Yumo con una sonrisa coqueta—. Pero dime, comandante Dai. Estabas planeando abandonarnos, ¿no es así? Lo vi en tus ojos. Ibas a abandonarnos a nuestro destino.

—Es cierto —contestó Dai con una sonrisa misteriosa—. Aunque me he dado cuenta de que algo estaba reteniéndome aquí.

Aquella era la última sonrisa que Zhao Yumo recordaba del comandante Dai.

—Deja de llorar, Hongling —susurró con brusquedad—. Pueden oírte.

Hongling vio que Yumo agarraba algo. Eran unas tijeritas de costura más pequeñas que la palma de su mano pero extremadamente afiladas. Le había visto utilizarlas para cortar cabos de hilos de seda y papeles para decorar ventanas. Años atrás las había utilizado también para recortarle las pestañas porque, según le dijo, haciéndolo varias veces le crecerían espesas y rizadas. Nunca se desprendía de ellas y las llevaba junto con sus joyas.

Yumo jamás había contado a las otras mujeres la historia de aquellas tijeritas. Eran su posesión más preciada. En ese instante las amaba más que el anillo de diamantes que le había regalado años atrás aquel amante traidor. Las tenía desde los trece años. La madama del burdel había perdido sus tijeras de costura y le había pegado una paliza brutal pensando que se las había robado ella. Cuando más tarde aparecieron, la madama se las regaló como desagravio. A partir de aquel momento, Yumo tomó la firme determinación de sobresalir por encima de las demás y no volver a ser humillada jamás por unas simples tijeras.

Sobre sus cabezas, los soldados japoneses seguían revolviendo los armarios y los rincones de la cocina mientras balbuceaban palabras ininteligibles para ellas. Con cada ruido se escuchaba también el lloriqueo de una estudiante.

—Yumo, parte las tijeras y dame una mitad —le dijo Nanni en voz baja.

Yumo no le hizo caso. ¿Quién tenía en esos momentos la fuerza necesaria para partir en dos aquel instrumento tan duro? Cualquier ruido, además, las pondría en

peligro. Todas envidiaban a Yumo por tener aquellas tijeras, aunque con ellas no pudieran hacer más de lo que le haría la dentellada de un conejo moribundo a una persona.

—No te hacen falta las tijeras, también puedes darles un rodillazo. Con tal de que no te sujeten las rodillas, puedes pegarles con todas tus fuerzas en sus partes —dijo Yusheng.

—Shh —dijo Yumo para que se callaran.

El padre adoptivo de Yusheng era un sicario a sueldo que le había enseñado siendo niña unos cuantos golpes de boxeo y patadas. No había pasado un minuto desde que Yumo las había regañado para que estuvieran en silencio cuando Yusheng lo rompió de nuevo y reanudó las lecciones de matón que le habían transmitido en su familia. Les explicó a sus compañeras que si no les ataban las manos, podrían ingeniárselas mejor para agarrarlos y retorcerles sus partes con un movimiento similar al que hacían cuando estrujaban con los dedos la cáscara de las nueces. Apretando con todas sus fuerzas impedirían que pudieran engendrar más pequeñas bestias japonesas.

Yumo le dio un codazo con todas sus fuerzas porque de repente habían dejado de llegar ruidos del piso de arriba, como si los soldados japoneses hubieran escuchado sus cuchicheos.

Permanecieron en sus posiciones, agachadas, sentadas o de pie, sin osar moverse. Sus tiernas y delicadas manos inermes practicaban el gesto enérgico que les acababa de explicar Yusheng, como si estuvieran haciendo pedazos la cáscara de una nuez, con determinación, con fiereza, concentrando toda su violencia y su fuerza en los cinco dedos y la palma, ¡*catacrac!*

Las finas tijeritas que sostenía Yumo se humedecieron a causa del sudor frío de su mano. Se escuchó de nuevo el lloriqueo de una de las niñas. Yumo descorrió la cortina y murmuró entre dientes:

—¿Por qué lloráis? Nos tenéis a nosotras para morir en vuestro lugar ¿y aún tenéis miedo?

Shujuan apreció en medio de la oscuridad su silueta de hombros redondeados y cintura estrecha. Yumo regresó al otro lado de la cortina y a través del respiradero vio a los soldados japoneses arrastrando en dirección a la entrada el cuerpo cubierto de vendas de Wang Pusheng.

El muchacho soltó un largo lamento de dolor.

—No le quedan ni un par de días de vida, ¿por qué...? —gritó el comandante Dai.

Las palabras de Dai Tao quedaron interrumpidas por el sonido de un tajo. Hacía dos días Yumo lo había seducido con una promesa tentadora para que siguiera viviendo y él le había dicho que la recordaría. Ahora la cabeza en la que había anotado aquella cita rodaba por el suelo.

De repente, un grito monstruoso salió de aquel muchacho al que apenas le quedaba un hálito de vida:

—¡Me cago en vuestras ocho generaciones de jodidos ancestros japoneses!
El intérprete no tradujo esta imprecación típica de los niños de pueblo chinos.

Wang Pusheng continuó blasfemando:

—¡Me cago en vuestras putas mujeres!

El intérprete, obligado por el oficial japonés, lo tradujo de manera sencilla en una frase. El oficial dirigió el sable aún empapado de la sangre caliente del comandante Dai hacia Wang Pusheng y se lo clavó varias veces en su abdomen purulento, ya bastante castigado de por sí.

Yumo se tapó los oídos. El último grito del joven soldado fue demasiado espantoso.

El brillo de las linternas se extinguió y el sonido precipitado y confuso de las botas de combate se perdió más allá de la puerta. A continuación, se escuchó el largo bocinazo del camión con el que se despedían los asesinos haciendo ostentación de su poderío. Mientras el ruido del motor se alejaba victorioso, las mujeres y las niñas observaron al padre Engelmann y a Fabio caminar muy despacio con pasos que aún no se habían recuperado del miedo, física y mentalmente exhaustos. Traslataban los cuerpos de los muertos.

Yumo rompió a llorar en voz baja con unos lamentos prolongados. Se apartó de la ventana y apretó las tijeras en su mano mientras con la otra se secaba el tropel de lágrimas. La densa capa de polvo de la mano dejó casi irreconocible su rostro. Había llegado a amar al comandante Dai. Y no sólo a él. Promiscua en el amor, era capaz de acoger en su corazón a muchos hombres. Había amado a esos tres soldados y ahora tenía el corazón destrozado.

Eran las dos de la madrugada.

Capítulo 15

El 20 de diciembre de 1937 a las seis de la mañana, los dos clérigos llevaron a las trece estudiantes a dar el último adiós a George Chen y a los tres soldados fallecidos. Las niñas cantaron un réquiem a media voz. Shujuan se hallaba de pie en primera fila. Tras la partida de los soldados japoneses, se habían puesto a hacer decenas de camelias con papel blanco de Xuancheng, el de mayor calidad, para una corona que ahora lucía simple y tosca delante de los cuatro cuerpos. Cuando las niñas llevaron la corona al templo, Yumo, Hongling y las otras mujeres ya estaban allí. En el transcurso de esas horas, se habían ocupado de lavar los cadáveres, ponerles otra ropa y afeitarles con una navaja. El cuerpo y la cabeza del comandante Dai volvían a estar unidos gracias a una bufanda de lana fina de Yumo que ella misma utilizó para rodear el tajo de su garganta. Vieron llegar a las niñas y se saludaron entre sí mirándose fijamente durante un largo rato.

Shujuan se fijó en que las prostitutas vestían con ropas sencillas y en sus pálidos rostros no había rastro de maquillaje. Llevaban una pequeña flor blanca de lana en la sien que habían hecho a partir de una prenda de punto. Zhao Yumo llevaba un *qipao* de terciopelo negro, como si fuera una viuda. Había traído con ella un extenso guardarropa, que incluía hasta ropa de luto. Cuando sus ojos se cruzaron con los de Shujuan, la pequeña apartó la mirada. Ya no sentía ese odio devorador hacia Yumo. La prostituta no lo merecía. En su lugar, lo que sentía muy en su interior era el eco de una pregunta. Si mujeres como Yumo conseguían sobrevivir, ¿por qué no lo habían hecho personas nobles como el comandante Dai o Li Quanyou?

El padre Engelmann iba vestido con la casulla reservada para las ocasiones más solemnes. Hacía tanto tiempo que no la utilizaba que las polillas la habían agujereado. Se había peinado hacia atrás su cabello cano. Subió al altar llevando una pesada mitra sobre la cabeza y golpeando el suelo con un pesado báculo.

Nada más comenzar la ceremonia, Shujuan se puso a llorar. Aquellas lágrimas marcaban para ella la pérdida de esperanza en los seres humanos. De pie entre sus compañeras, canturreando en voz baja la oración en memoria de los difuntos, las lágrimas de Shujuan refulgían en sus ojos mientras miraba los restos de los cuatro hombres colocados a los pies del altar mayor. Su llanto expresaba el dolor de todas las injusticias que había conocido.

Los muertos fueron enterrados en el cementerio de la iglesia a las siete de la mañana de un día frío y despejado. El cementerio tenía el aroma afilado y fresco de los cipreses. Fabio había trabajado desde antes del alba para cavar las cuatro sepulturas. No había nada que poner entre los cuerpos y la tierra salvo las sedas de las mujeres: bufandas, pañuelos...

Shujuan permaneció al pie de la sepultura del comandante Dai y cuando la tierra

comenzó a caer sobre el cuerpo de aquel hombre, envuelto en esas telas ridículamente coloridas, las lágrimas descendieron por sus mejillas. Era muy injusto que un héroe como Dai recibiera un funeral como ése. Después del entierro, dejó que todos los demás se fueran y se quedó observando al padre Engelmann, que permaneció ante las sepulturas con la cabeza gacha.

De pronto, levantó la mirada y la vio.

—Es tan injusto —le dijo ella.

El sacerdote la miró a los ojos.

—¿El qué, pequeña?

—Que deba ver todo esto. Muy injusto.

—Lo es.

—Mis padres se han librado.

—Es cierto. ¿Quieres contarme algo, mi niña?

Shujuan sintió la urgencia de hablarle de todo: de los cambios de su cuerpo, de la furia que sentía hacia sus padres, de su odio hacia las mujeres del Qinhuai, de lo cerca que había estado de echarles cenizas encima. Pero algo en la sabia mirada del padre Engelmann frenó su lengua; como si le estuviera diciendo que reconsiderara su desgracia.



Algo más tarde, el padre Engelmann se puso unos zapatos de suela de goma, más adecuados para caminar, y se dirigió a la Zona de Seguridad para informar sobre lo acontecido aquella noche y, de paso, tratar de averiguar si sería posible encontrar un medio de transporte para sacar a las niñas escondidas de Nanjing, aunque sólo fuera un coche para trasladarlas sin peligro hasta casa del señor Rabe o para que pudieran vivir apretujadas unos días en la del doctor Robinson. Bastaría con que los escoltaran un par de miembros del Comité de la Zona de Seguridad para garantizar que las tropas japonesas no las interceptarían y detendrían durante el trayecto de cinco kilómetros entre la parroquia y sus viviendas. Tras los sucesos de la noche anterior, el padre Engelmann creía que la iglesia no sólo no era un lugar seguro, sino que además los japoneses la tenían en su punto de mira. Estaba convencido de que, tras haber registrado el desván, sospechaban que las estudiantes no se habían marchado y no se habían creído la explicación de Fabio de que sus padres se las habían llevado días antes de la ocupación de Nanjing. Le aterrorizaba también pensar que los soldados japoneses podían olfatear el rastro de las niñas. Recordó haber escuchado el grito involuntario de una de las estudiantes, aunque deseaba con todas sus fuerzas que hubiera sido fruto de su imaginación debido al estado de nerviosismo en el que se hallaba en aquellos momentos.

Cuando Fabio entró en el camposanto para adecentar las tumbas, encontró a Yumo de pie frente a la de Dai Tao. El diácono se ajustó mejor la venda que le cubría

el brazo y se dirigió a ella:

—Vamos, parece que va a llover.

Yumo se pasó el dorso de la mano por la cara con un movimiento apenas perceptible. No deseaba que él se diera cuenta de que se estaba enjugando las lágrimas.

Fabio permaneció en el mismo sitio un momento, pero al ver que Yumo no tenía intención de marcharse se giró de nuevo y le dijo:

—Date prisa en volver, no es seguro estar aquí fuera.

Yumo se volvió hacia él. Sus grandes ojos se le habían empequeñecido y enrojecido de tanto llorar y, junto con su nariz, formaban tres puntos colorados en su pequeño rostro de tez pálida. No sólo no estaba guapa sino que incluso se veía fea. Aun así, a Fabio le conmovió. Se quedó observándola y pensó que, de haber tenido la oportunidad, aquella mujer de veinticinco años habría podido ser sin lugar a dudas una maestra, una secretaria, una joven ama de buena familia o hasta una gran dama. ¿Qué habría pasado si Fabio, a su regreso de Estados Unidos, con veinte años, se hubiera encontrado con una niña de poco más de diez que iba a ser vendida a un burdel? Habría reunido todo el dinero que tuviera ahorrado y se lo habría entregado al hombre que trataba de venderla. Ella misma le habría explicado que se llamaba Zhao Yumo. Aquella oportunidad, sin embargo, había pasado de largo para los dos.

—¿Aún te queda familia? —le preguntó él de pronto.

—Probablemente sí —contestó distraída—. ¿Por qué lo pregunta?

—Es por si pasa algo... No que vaya a pasar, sólo por si pasa y perdemos el contacto... Puedo buscar a tu familia.

—¿En caso de que muera? —dijo ella con una sonrisa lánguida—. A mi familia tanto les da que esté viva o muerta.

Fabio no dijo nada. Sentía en su herida del hombro un dolor punzante que iba y venía.

—Lo único que les importaba era tener opio. A mis hermanas y a mí nos vendieron para poder comprarlo.

—¿Cuántas hermanas tienes?

—Yo soy la mayor. Después de mí, somos dos hermanas y un hermano. Antes de que mi madre comenzara a fumar opio, no era diferente de estas estudiantes. Yo también fui a un buen colegio y estudié un año en una escuela religiosa.

Le contó brevemente cómo su padre la había dejado en prenda a un primo suyo y cómo la mujer de éste la había acabado vendiendo a un burdel de Nanjing cuando aún era una niña. Hablaba como si aquello fuera de lo más trivial, como si le resultara aburrido y poco interesante. Le explicó la humillación y la injusticia que había sufrido por culpa de unas tijeras y cómo éstas le hicieron apretar los dientes y tomar la firme determinación de que, aunque tuviera que ganarse la vida de una manera tan degradante, destacaría por encima de las demás y llegaría a lo más alto.

En ese momento Fabio y ella ya se habían sentado dentro del templo. Aún no se

había disipado el aroma del incienso y las velas que habían prendido en la misa por el descanso del alma de los fallecidos.

Yumo se sentó en la primera fila de bancos y tomó en su mano una Biblia que había allí preparada para los feligreses mientras sonreía con sarcasmo, un sarcasmo dirigido a ella misma.

Fabio se quedó de pie frente a ella con medio cuerpo rígido para poder soportar mejor el dolor de la herida del hombro. Que le contara todo aquello le hizo sentirse un poco incómodo y avergonzado por aquel honor que no esperaba. Al fin y al cabo, él no era su confesor ni ella una feligresa arrepentida. Acostumbrado a estar solo, el conocer tantos pormenores sobre la vida de otra persona le resultaba un fastidio.

—¿Y usted, padre? —le preguntó ella cambiando de tema de repente.

Se había sincerado con él; ahora deseaba que él hiciera lo mismo con ella.

Sin saber muy bien por qué, Fabio comenzó su relato. Le contó cómo se había quedado en China tras la muerte de sus padres y cómo lo habían criado una mujer china a la que llamaba abuela y su padre adoptivo. A medida que hablaba pensaba que nunca nadie había querido escuchar su historia, y menos con la fascinación con la que la seguía ahora Zhao Yumo. Ante esos oídos tan atentos y absortos, Fabio sintió unas ganas imperiosas de contarle su vida entera. Regresó entonces sobre algunos fragmentos que ya le había relatado para redondearlos con unas cuantas puntualizaciones. Por el embeleso de los ojos y el rostro de Yumo, dedujo que aquellos detalles adicionales aportaban gran viveza a su narración. Cuando le explicó el miedo y los nervios que había pasado en su encuentro en Estados Unidos con sus numerosos parientes de sangre, ella le sonrió para consolarlo. Verdaderamente, era una mujer que entendía a fondo la naturaleza humana.

Pensó entonces que si tuviera a alguien deseoso de escucharlo no le costaría dejar la bebida. Un rostro que lo escuchara con tanto interés y respeto sería suficiente para emborracharlo.

—Nunca hubiera imaginado que acabaría charlando con un cura.

Fabio, menos aún que pudiera intercambiar confidencias con una prostituta.

—¿Piensas quedarte siempre en esta parroquia?

Él se quedó desconcertado. Jamás había dudado de que acabaría sus días en aquel lugar y que lo enterrarían al lado del padre Engelmann. Pero ante la pregunta de Zhao Yumo, de repente aquella certeza se tambaleó. Quizás siempre había dudado de ello, aunque sin dar nunca demasiada importancia a esas dudas latentes que habían coexistido con sus certezas, algo equiparable a lo que le sucedía con la idea de Dios. En especial tras lo sucedido la noche anterior, el Creador parecía débil e impotente. ¿No era como para cuestionárselo? Mantuvo la mirada fija en la mujer que había avivado sus incertidumbres. Mientras continuaba su relato sobre cómo había conocido al padre Engelmann, su mente, sin embargo, volvió a imaginar esa oportunidad que no habría pasado de largo si a sus once o doce años ella hubiera conocido a un joven extranjero que hablaba en el dialecto de Yangzhou, que la habría

llevado a la escuela de niñas de la iglesia de Santa María Magdalena y habría esperado en secreto a que creciera. Habría esperado a que se graduara de la escuela secundaria y se hubiera convertido en una muchacha hermosa con una excelente educación. Entonces Fabio se habría situado frente a ella y le habría confesado sus sentimientos.

Se quedó observando aquella boca que habrían besado incontables hombres y el contorno de su ostentosa barbilla. Su *qipao* negro se ajustaba a su cuerpo como una segunda piel. Era como el cuerpo de las mujeres chinas retratadas en los dibujos hechos a tinta, con sus sutiles y delicadas ondulaciones, y que podía hacer soñar a un hombre occidental sólo si en verdad entendía la cultura china.

Después de que aquella mujer llamada Zhao Yumo le hubiera mirado tan fijamente, tuvo varios sueños en los que ella se desprendía prenda a prenda de sus ropajes y adornos y dejaba ver un cuerpo blanco, pálido por no conocer la luz del día. Se sentía muy desconcertado. Suponiendo que ella lo amara con toda su alma, ¿no echaría a perder su vida por aquel amor? ¿No debería entonces agradecerle que tan sólo estuviera jugando con él?

—Tengo que regresar —dijo ella poniéndose en pie. Sus ojos ya no estaban tan rojos e hinchados.

El alma del comandante Dai debía de saber el éxito que había tenido con aquella mujer al ver todas las lágrimas que había derramado por él. Si hubiera sido él, Fabio, en lugar del comandante Dai, ¿qué habría hecho ella? Se habría sentido triste unos instantes y habría pensado para sus adentros: «¡Oh, Fabio, ese hombre que no era chino ni extranjero, ya no está con nosotros!». Pero ¿qué diferencia había entre que aún estuviera o no? Para ella, ninguna. Ni para ella ni para nadie.

—Padre, ¿lo recordará?

Fabio la miró sin saber a qué se estaba refiriendo. Ella inclinó la cabeza y parecía a punto de echarse a reír. Entonces cayó en la cuenta de que le estaba preguntando si recordaría todo lo que le había contado sobre su vida.

Aquella mujer tan efímera como cualquier otro mortal, una vez desapareciera, sería como si nunca hubiera pisado este mundo. Pero ahora, en caso de que Fabio la recordara, podría añadirle, además, una historia a aquella vida fugaz.

Fabio sintió en su corazón un dolor que jamás había experimentado.

Capítulo 16

El padre Engelmann regresó a pie de la Zona de Seguridad sobre las dos del mediodía. Debajo de su sotana traía unos tres kilos de arroz blanco. Fabio coció unas gachas y luego convocó a las mujeres y a las estudiantes en el comedor. El padre Engelmann les explicó que dos días atrás los japoneses se habían llevado a plena luz del día a varias decenas de mujeres de la Zona de Seguridad con unos métodos despreciables. Primero habían provocado un incidente a las puertas del Instituto Femenino de Jinling fingiendo que arrestaban a unos soldados chinos para conseguir atraer a las dirigentes de la Zona de Seguridad hasta la entrada principal, momento que aprovecharon los camiones apostados en la puerta lateral para llevarse a las mujeres. Les explicó también que las condiciones de vida en la Zona de Seguridad eran mucho peores que las de la parroquia: se hallaba extremadamente abarrotada, el suelo estaba lleno de excrementos y orines, se habían desatado epidemias y de vez en cuando surgían conflictos entre los refugiados por productos de primera necesidad. Así que sus dirigentes no creían que trece niñas de no más de catorce años fueran a estar más seguras allí. El padre Engelmann y Minnie Vautrin^[12] decidieron finalmente que enviarían esa misma noche una ambulancia a la iglesia para trasladar a las estudiantes a la residencia del doctor Robinson.

En diciembre oscurece muy pronto en Nanjing y a las cuatro de la tarde había tan poca luz como en pleno anochecer de un día de verano. Además, aquel día llovía y estaba nublado, y el amanecer no había llegado a clarear sino que había entrado directamente en el crepúsculo. El padre Engelmann se encontraba en aquel momento echando una cabezada en la sala de lectura. Se había trasladado a vivir allí para ahorrar así la leña extra de la chimenea de su vivienda y también para escuchar a Fabio Adornato subir y bajar, entrar y salir. Aquellos ruidos lo tranquilizaban y le hacían sentir que Fabio le hacía compañía indirectamente y que, también indirectamente, le infundía coraje.

—¡Padre! —gritó Fabio mientras corría escaleras arriba.

Se notaba en su voz que era presa del pánico.

El padre Engelmann trató de levantarse apoyándose en los brazos del sillón, pero las piernas no le respondieron y cayó sentado de nuevo. Fabio ya había llegado a la puerta.

—¡Han venido dos camiones! ¡Los he visto desde el campanario!

El pobre Fabio parecía en esos instantes un niño perdido. El padre Engelmann se puso en pie. Por la larga rasgadura de su abrigo de plumón sobresalía el forro, que era de color rojo oscuro y parecía la superficie de una herida. El pobre de él estaba igual de perdido y tampoco tenía ni idea de qué hacer.

—Vete a decirles a todas que se preparen. Que no hagan ni un ruido y que no salgan aunque echen abajo el edificio —le dijo a Fabio mientras se ponía la casulla negra para funerales y agarraba el báculo.

Al llegar al patio, todo delante de sus ojos era de color ocre. Sentados en lo alto del muro se apretaban los soldados japoneses con sus uniformes caquis. Recordaban a una bandada de aves carroñeras de plumaje amarillo que se hubieran posado de repente.

Comenzó a sonar el timbre de la puerta. Esta vez lo hizo con timidez: una llamada corta, tres segundos de silencio y una nueva llamada. El padre Engelmann vio salir a Fabio de la cocina y supo que las mujeres y las estudiantes ya estaban avisadas. Le hizo un gesto con la barbilla con el que le quiso decir: «Ha llegado el momento, todo depende de ti y de mí».

Caminaron hombro con hombro hasta la entrada. El padre Engelmann abrió el ventanillo y esta vez no entró una bayoneta sino algo rojo como una brasa ardiente. Tras unos segundos, el sacerdote distinguió al oficial japonés levantando hacia el postigo una flor de pascua con la mano izquierda y agarrando con la derecha la empuñadura de su sable.

—¿Por qué se molestan en llamar al timbre? Está claro que no les gusta entrar por la puerta —dijo el padre Engelmann.

—Por favor, acepte nuestras disculpas —dijo el oficial chocando sus botas de montar con un sonido limpio y, haciendo una reverencia, continuó—: Por todos los trastornos que le causamos ayer por la noche.

Había estado practicando un poco de inglés para poder pedirle perdón en su propio idioma.

—¿Y viene con más de un centenar de soldados armados hasta los dientes para disculparse? —dijo el padre Engelmann.

Apareció entonces el intérprete, un hombre que pasaba los cincuenta años, de aspecto culto y refinado y con gafas de fina montura dorada.

—La Navidad está a punto de llegar y la tropa viene a desearles unas felices fiestas —dijo el intérprete. Esta vez su jefe simplemente sonreía porque lo que tenía que traducir lo traía ya preparado y memorizado de antemano.

—Gracias, agradecemos su amabilidad pero no era necesario —dijo el padre Engelmann—, ¿puede pedir ahora a sus soldados que abandonen el muro?

—Por favor, reverendo, abra la puerta —transmitió el intérprete la petición del oficial, hecha muy cortésmente.

—¿Qué diferencia hay para vosotros entre que la abra o no la abra?

—Tiene usted razón, padre, y como no hay diferencia, ¿por qué no se comporta de forma educada? —dijo el intérprete.

El padre Engelmann sacudió la cabeza y se alejó llevándose a Fabio.

—Padre, no es muy sensato hacernos enojar a unos invitados como nosotros —dijo el intérprete en un tono apacible.

—Eso mismo solía pensar yo —dijo el sacerdote deteniéndose en seco, y volviéndose hacia la puerta cerrada añadió—: Pero después me he dado cuenta de que, enojados o no, las consecuencias serán las mismas.

—No empeore las cosas —le dijo Fabio a media voz.

—¿Aún queda margen para que estén peor? —le contestó. No estaba dispuesto a abrirles las puertas a esos perros rabiosos vestidos con uniformes amarillos. De hacerlo, los estaría elevando a la categoría de humanos.

Giró la cabeza y vio que una marea de uniformes amarillos inundaba el patio. Algunos de ellos encontraron un hacha y partieron en pedazos el cerrojo. El oficial cruzó la entrada a grandes zancadas con más de veinte soldados dispuestos a tomar el control de la iglesia.

—¿A quién busca esta vez? —le preguntó el padre Engelmann.

El oficial volvió a inclinarse ante él. A decir verdad, los japoneses eran excesivamente formales y ceremoniosos.

—Su reverencia, venimos de buena fe —dijo el intérprete buscando las palabras y la dicción más refinada—. ¿Cómo podemos reparar la brecha abierta entre nosotros? —añadió en un inglés entrecortado y afligido mientras el oficial reforzaba su interpretación con expresión igualmente apesadumbrada.

El padre Engelmann esbozó una leve sonrisa. En la profundidad de sus ojos, su mirada azul grisácea era fría como el hielo.

—De acuerdo, acepto sus sinceras disculpas y también sus felicitaciones, y ahora permítanme que les recuerde dónde está la salida —dijo el padre, y se dio la vuelta como si los invitara a seguirle hasta la puerta.

—¡Alto! —dijo el oficial en inglés. Con aquel grito enfurecido puso fin a la pantomima que había estado interpretando hasta ese momento al dejar que el intérprete hablara en su lugar.

El padre Engelmann se detuvo pero no se giró. Su figura vista de espaldas parecía estar diciendo «ya me temía que esto iba a suceder».

El oficial le indicó algo al traductor en voz baja pero muy indignado, y el intérprete lo tradujo sin abandonar aún su desfachatada cortesía:

—¡Nuestro programa de actuaciones para celebrar las fiestas todavía no ha comenzado!

El padre Engelmann miró al oficial y luego dirigió la mirada al patio invadido por el brillo de las linternas. Tras aquellas luces se atisbaban unas siluetas humanas más negras que la propia noche.

—En el cuartel general desean celebrar una fiesta de Navidad y nuestros superiores quieren que convide a algunos invitados distinguidos.

Se volvió hacia un soldado que sostenía en sus manos una cartera de documentos oficiales y extrajo un sobre impreso con la palabra *invitación* en caracteres chinos.

—Muy amable, pero no puedo aceptar su invitación —dijo el padre Engelmann sin estirar la mano y dejando colgado entre él y el oficial aquel bonito sobre en una

situación embarazosa.

—No lo ha entendido bien, padre. No es a usted a quien desean invitar nuestros superiores —dijo el oficial.

El padre Engelmann levantó aprisa el rostro y se quedó mirando al militar japonés, que había agachado levemente la cabeza y mostraba una expresión respetuosa en extremo. Cogió de un manotazo la invitación y la abrió. Un presentimiento nada halagüeño hizo que su mano, que ya evidenciaba síntomas de un Parkinson incipiente, temblara a ojos vistas. El oficial ordenó a un soldado que alumbrara la tarjeta con la linterna. La invitación estaba dirigida a las niñas del coro.

—No tenemos coro —dijo el padre Engelmann.

—No se olvide, padre, de que ayer por la noche dijo que aquí no había soldados chinos.

Fabio arrancó la invitación de manos del padre Engelmann. La leyó una vez, se quedó estupefacto unos segundos y luego volvió a leerla. En la primera lectura no daba crédito a lo que veían sus ojos y, en la segunda, ya no fue capaz de distinguir con claridad ninguna palabra. Se giró con el rostro lívido hacia el oficial:

—Ya os explicamos la vez pasada que los padres vinieron a buscar a las estudiantes y se las llevaron.

—Hemos investigado la historia de la célebre escuela católica de Santa María Magdalena y sabemos que una pequeña parte de las estudiantes no tienen padres —tradujo en un tono apacible el intérprete, como si estuviera exponiendo sus argumentos en medio de una discusión civilizada.

—Las niñas huérfanas se marcharon con los profesores —dijo Fabio.

—Me temo que no. Según información fidedigna, la mañana anterior a la caída de Nanjing se las pudo escuchar cantando. El Ejército Imperial tiene muchos amigos chinos, así que no nos tome por unos recién llegados sordos y ciegos —dijo el oficial a través del intérprete.

El padre Engelmann permaneció en silencio, como si le hubiera dejado de interesar la discusión entre Fabio y el oficial y tuviera asuntos más importantes en los que pensar.

¿Quién había delatado a las niñas? Quizás, quien había proporcionado aquella información fatídica creía que los japoneses deseaban escuchar realmente el coro de niñas y arrepentirse de todos los crímenes que habían cometido. De hecho, entre ellos también había cristianos. El delator tal vez no sabía que los soldados japoneses eran unos perversos que creían contra toda lógica en los poderes sobrenaturales y vigorizantes de las vírgenes. Llegaban al extremo de recolectar su vello púbico recién brotado y se hacían con él amuletos que se colgaban del cuello para ahuyentar la mala suerte y evitar ser alcanzados por las balas en el campo de batalla. Éstas eran las ideas que daban vueltas en la cabeza del padre Engelmann. Cuando salió de su ensimismamiento, Fabio trataba de impedir el paso a los soldados con su propio cuerpo.

—No tenéis ningún derecho a registrar este lugar —dijo Fabio—. Antes habréis de pasar por encima de mi cadáver.

Parecía dispuesto a convertirse en un mártir.

Tras la luz de las linternas se escuchó un sonido tenue. Más de un centenar de soldados, bayonetas, pistolas, extremidades y troncos se pusieron en posición de combate, su espíritu guerrero por todo lo alto, prontos para la acción. El padre Engelmann dejó escapar un hondo suspiro y se colocó frente al oficial:

—Tienen poco más de diez años. Han vivido siempre dentro de los muros de la escuela y carecen de experiencia en la vida, y menos en hombres ni soldados...

Una sonrisa se dibujó en el rostro del oficial en medio de la oscuridad: aquello sonaba de lo más apetitoso. Lo que deseaba precisamente era aquella pureza inmaculada como la nieve recién caída.

—No tienen de qué preocuparse. Les garantizo por mi honor de soldado imperial que cuando hayan terminado de cantar, yo mismo las traeré de vuelta.

—Padre, ¿no irá a creer esta patraña? —preguntó Fabio en dialecto del norte del Yangtsé—. Ni muerto permitiré que hagan semejante salvajada.

—Ellas no pueden aceptar su invitación —dijo el padre Engelmann.

—Es un gran acontecimiento para ellas: flores frescas, buena comida, música... No creo que sean tan tontas como para rechazar nuestra amabilidad y acabar creando una situación desagradable.

—Oficial, su invitación es demasiado repentina. Las niñas no están preparadas, debe darles un poco de tiempo para que se laven, se peinen y se vistan con la ropa de ceremonia. Además, ha de darme algo de tiempo también a mí para que pueda explicarles bien la situación y convencerlas de que no deben tener miedo. Ustedes son el enemigo y verse obligadas a marcharse con sus soldados puede resultar aterrador para ellas. Imagínese que actúen de manera drástica y se suiciden o se autolesionen. Las consecuencias serían espantosas.

La célebre elocuencia del padre Engelmann alcanzó en esos instantes sus cotas más elevadas. Parecía el tercero en discordia desplegando sus mayores dotes de convicción, y no sólo teniendo en cuenta los intereses del oficial, sino también tomando en consideración a las niñas.

—¿De verdad cree que estas bestias quieren escuchar al coro? —dijo Fabio.

—Padre, ¿cuánto tiempo considera que necesita para preparar a las niñas? —preguntó el oficial a través del intérprete.

—Creo que con tres horas será suficiente.

—Imposible, deben estar completamente listas en una hora.

—¡Necesito dos horas al menos!

—Imposible.

—Dos horas es lo mínimo. ¿No querrá llevarse con usted a un grupo de niñas con aspecto de haber pasado hambre y frío, sucias, desgredadas y muertas de miedo? ¿A que prefiere que estén limpias y arregladas, dispuestas y felices? Necesito tiempo

para persuadirlas de que ustedes no matan a nadie, ni queman todo a su paso, ni roban, ni violan, ¿no le parece? ¿Qué haríamos si les da por prenderse fuego y matarse todas juntas?

La insistencia del viejo sacerdote en que lo hacía por su bien llevó al oficial a reconsiderarlo seriamente durante unos segundos.

—Le doy una hora y veinte minutos.

—Una hora y cuarenta minutos —dijo el padre Engelmann en el mismo tono irrefutable de la palabra de Dios.

Había ganado aquella negociación.

—Mientras, también le pediría que se llevara a sus hombres fuera. ¿Cómo espera que pueda calmarlas y evitar que tengan miedo ante este despliegue de fuerzas? No son unas niñas normales y corrientes. Piense por un instante en los altos muros de un convento. Su escuela ha sido muy parecida a un claustro, ha sido su cuna y nunca han salido de ella. Por esta razón son extremadamente sensibles, extremadamente tímidas y también extremadamente miedosas. Si ven aquí al ejército de ocupación armado hasta los dientes antes de que haya tenido tiempo de prepararlas, no tendré opción ni siquiera de convencerlas.

El oficial dijo algo fríamente, y el intérprete se apresuró a traducir:

—No puedo cumplir esa petición.

—Ha traído soldados como para sitiar un castillo, ¿tiene miedo de que se escapen volando unas niñas desarmadas? —dijo riendo el padre Engelmann.

De nuevo esgrimía un argumento muy razonable. El oficial se resistió a la idea unos segundos antes de ordenar que todos los soldados abandonaran la parroquia.

—¡Padre, no me puedo creer que haya caído en sus mentiras! —dijo Fabio, indignado.

—No creo ni una sola palabra de lo que ha dicho.

—Entonces ¿por qué no ha rechazado la invitación?

—En cuanto lo hubiera hecho, se habrían puesto a registrarlo todo hasta dar con las niñas.

—¿Y si no las hubieran encontrado? Al menos podíamos haber confiado en la suerte.

—Siempre podemos acabar recurriendo a ella. De momento hemos ganado una hora y cuarenta minutos. Tenemos que aprovechar cada uno de ellos para encontrar el modo de resolver esta situación.

—¿Una manera de salvar su propia vida? —dijo Fabio rebelándose contra él.

El padre Engelmann, lejos de enfadarse, hizo simplemente como que no lo había oído. Cuando Fabio se alteraba su inglés dejaba mucho que desear, su pronunciación y su gramática se volvían toscas y resultaba difícil entenderlo. El padre Engelmann podía hacer como que no le entendía.

—Tenemos más de una hora, que es mejor que nada.

—Prefiero morir antes que entregar a las niñas.

—Yo también.

—Entonces ¿por qué no ha arriesgado su vida rechazando la propuesta?

—Siempre estamos a tiempo de jugárnosla y al menos hemos ganado una hora. Ahora, déjame solo.

Cuando Fabio se alejó del padre Engelmann, afuera estaba tan oscuro como si fuese medianoche. Se giró y vio al viejo sacerdote caminar hacia la figura de Cristo y arrodillarse lentamente frente a la cruz. Fabio aún desconocía que, durante su conversación con el oficial, una idea le había cruzado por la cabeza como un relámpago y ahora estaba tratando de recuperarla para observarla atentamente y analizarla con sensatez.

Capítulo 17

En el momento en que el padre Engelmann le explicaba al oficial chino que las niñas necesitaban peinarse, lavarse y vestirse para asistir a la velada, Shujuan y sus compañeras escuchaban atentamente con los ojos como platos. ¿Había perdido la cabeza el sacerdote? ¿No había sido él precisamente el que les había contado cómo había acabado Doukou? ¿Pensaba permitir que los japoneses hicieran lo mismo con ellas? La vaguedad de lo que pensaban que podía suceder sólo servía para acrecentar su miedo.

—¿De verdad que los japoneses nos traerán de vuelta? —preguntó una. En un momento como aquél, seguía sin enterarse de nada.

Ninguna de las niñas se molestó en responderle a aquella estudiante de un curso inferior a Shujuan. Provenía de la zona rural de Anqing, en la provincia de Anhui.

—¿Lo habéis escuchado? Habrá comida rica y flores —insistió aquella pequeña necia.

—Pues ve tú —dijo Sophie con toda la intención de que aquellas palabras aparentemente inofensivas sonaran como un insulto.

—Voy si tú vienes —replicó la niña de Anqing.

—Yo no voy ni aunque vayas tú —dijo Sophie subiendo el tono de voz. La niña de Anqing enmudeció—. ¡Pero tú ve! —le chilló encontrando en la otra una víctima contra la que descargar su ira y su desesperación—. ¡Los japoneses tienen cosas ricas para comer y beber, y también para dormir!

La niña de Anqing se lanzó a por Sophie y soltó un manotazo en medio de la oscuridad con la intención de alcanzarla no importara dónde. A la otra no sólo no le dolió sino que más bien le estaba agradecida por aquel ataque sorpresa que le permitió desplegar toda una variedad de efectos con puños, uñas, pies y el resto de su cuerpo a una para descargar su rabia. La niña de Anqing se echó a llorar y Sophie se unió inmediatamente con un llanto aún más lastimero, como si sus golpes le hicieran daño a ella. Las compañeras que acudieron a separarlas también se pusieron a llorar mientras tiraban de ellas.

—¡Puta apestosa! ¡Putas asquerosas! —gritaba Sophie al tiempo que soltaba puñetazos y patadas a diestro y siniestro. Tenía demasiada rabia para descargar, incluido su resentimiento contra Xiaoyu. Aquella niña caprichosa que cambiaba de opinión cada dos por tres había jugado cruelmente con sus sentimientos y, hasta en una situación de vida o muerte, se había divertido a su costa—. ¡Putas apestosas!

Sus insultos se alternaban con los sollozos y los golpes.

—¡Eh! ¿A quién insultas tú? —la cortina se levantó y apareció Hongling. Detrás de ella estaban Nanni y Yusheng—. Que las putas también somos personas —dijo Hongling como queriendo chincharla—, para ya con eso de que apestan y son

asquerosas.

—Una niña tan educadita, ¿cómo puede decir algo tan barriobajero? ¿De quién lo has aprendido? —dijo Yusheng.

—¿No habrá sido de nosotras? —dijo Nanni—. ¿Cómo se os ocurre haber aprendido algo de mujeres como nosotras?

Las niñas fueron poco a poco dejando de pelear. En silencio, se secaron las lágrimas y se arreglaron la ropa y el pelo.

Sólo la niña de Anqing seguía llorando.

La cortina volvió a abrirse y por ella salió Zhao Yumo. Tenía sus largos y finos brazos colocados en jarras en una pose que imponía temor y respeto.

—¡Hay que jorobarse! —dijo Yumo al más puro estilo de barrio de Nanjing—. Por mucho que lloréis, ni vuestras mamás ni vuestros papás os van a oír, sólo los japoneses. Y vosotras —dijo señalando a Hongling y las otras—, menos cháchara.

A continuación apartó la cortina de un manotazo y regresó al lado de las mujeres.

Las niñas permanecieron en silencio desconcertadas. ¡El tono de Zhao Yumo les había sonado tan familiar y cotidiano! Era como el de una madre riñendo a sus hijos, o como el de las monjas que se ocupaban de vigilar las labores rutinarias en la escuela y hacían callar a las estudiantes charlatanas. Las niñas parecían necesitar en aquel momento palabras como aquéllas, dichas despreocupadamente, un poco ásperas pero como si no estuviera pasando nada serio.



Cuando el padre Engelmann se puso en pie frente a la cruz, sus pensamientos y su consciencia se nublaron de golpe. Se daba cuenta de que estaba al borde del colapso, consumido por el cansancio, el hambre y el desaliento. La energía que le quedaba apenas era suficiente para lo que tendría que decir y hacer a continuación. Era demasiado cruel. Debía sacrificar unas cuantas vidas para proteger otras tantas. Serían sacrificadas porque no eran lo bastante puras, porque eran vidas de segunda categoría, inferiores, que no merecían su protección, ni la de su iglesia, ni la de Dios. Se veía obligado a hacer esa elección, enviar al altar de los sacrificios aquellas vidas impuras de bajo rango para preservar otras más puras que merecían mucho más ser salvadas.

Pero ¿tenía derecho a hacer de Dios y elegir quién vivía y quién moría? ¿Podía actuar en su lugar y decidir quién era superior o inferior? Cruzó el patio y se encaminó hacia la cocina.

Comenzaría su «sentencia» con un «hijas mías», tal y como había hecho miles de veces cuando se dirigía a las estudiantes. ¿Acaso ellas no eran también hijas suyas? Lo más extraño era que lo sentía como un impulso, deseaba de verdad llamarlas «hijas», y no sentía que fuera a hacerlo de manera artificial o forzada. ¿Exactamente en qué momento había cambiado su parecer sobre ellas? De hecho, no había

cambiado del todo, de lo contrario no las ofrecería como sacrificio. Seguía sin considerarlas dignas de respeto, pero ya no las detestaba.

Quería expresarles el dolor que le producía que no hubiera otra alternativa y que si los japoneses se iban a llevar a alguien, tenía que ser a ellas. Tan sólo sacrificándolas podía salvar a las niñas. Les diría: «Hijas mías, sacrificarse uno mismo en aras de otras personas lleva al alma al reino de la santidad. Mediante el sacrificio, os convertiréis en mujeres santas y puras».

Sin embargo, antes de atravesar la puerta de la cocina, tuvo la repentina sensación de que aquellas palabras sonaban ridículas, totalmente falsas, hasta el punto de hacerle sentirse avergonzado.

¿Y qué podría decir en su lugar?

Llegó incluso a desear que se resistieran, que se enfrentaran a él, que le dedicaran toda clase de insultos. De esa manera sacaría fuerzas para decirles: «Lo lamento mucho pero debéis marcharos con los japoneses y abandonar la parroquia».

Pese a que no podían permitirse perder ni un segundo, el padre Engelmann seguía desperdiciando el tiempo debido a la angustia que oprimía su corazón.

—¡Padre! —Fabio apareció corriendo desde la parte trasera del patio—. El cementerio está lleno de soldados japoneses. Han saltado el muro y se han emboscado allí.

El padre Engelmann empujó con decisión la puerta de la cocina. En su cabeza sólo albergaba una idea: ojalá aquellas mujeres se comportaran igual que las buenas mujeres chinas que aceptaban con docilidad el destino que las aguardaba.

Se detuvo en seco antes de atravesar la puerta.

Las mujeres rodeaban la gran tabla de cocina, sobre la que había una vela a punto de consumirse. Parecía como si estuvieran llevando a cabo una reunión secreta.

—¿Cómo es que estáis aquí? —preguntó Fabio en voz baja.

—Les he pedido yo que subieran —dijo Yumo.

—¡Hay más de diez soldados que no se han ido con el oficial y están al acecho en el cementerio! —dijo Fabio.

Yumo lo miró con indiferencia y luego desvió su mirada hacia el padre Engelmann:

—Mis compañeras y yo acabamos de acordar...

—¿Con quién lo has acordado? —dijo Yusheng.

Yumo continuó:

—Nos vamos con los japoneses y las estudiantes se quedan.

El padre Engelmann sintió un gran alivio nada más oírlo, seguido de un sentimiento de culpabilidad por ello. Se despreciaba a sí mismo por su crueldad.

—¿De verdad creéis que habrá vino y carne? —la interrumpió Fabio, indignado.

—Yo no voy ni aunque haya vino y carne —dijo Nanni.

—No puedo obligaros, pero yo sí voy en lugar de una de ellas —dijo Yumo.

Hongling se levantó perezosamente al tiempo que decía:

—¿Creéis que sois más valiosas que Zhao Yumo? Vuestras vidas valen menos que el fango appestoso y todavía os tomáis por piedras preciosas.

Caminó hasta Yumo, le pasó un brazo alrededor de la cintura y le dijo:

—Yo te sigo a donde haga falta. Me voy contigo.

—¡Sean más o menos valiosas, todas son vidas! —dijo Yusheng elevando la voz—. ¡Y les ha tocado a ellas!

Algunas mujeres comenzaron a murmurar entre sí:

—Yo todavía tengo padres y hermanos a los que mantener.

—Mi nombre no lo han pronunciado, ¿por qué voy a tener que ir?

—¡Muy bien! —dijo Yumo, furiosa—. A ver si tenéis el valor de seguir aquí escondidas hasta el final, ocupando su espacio, comiéndos su comida y viendo cómo los japoneses se las llevan por la fuerza a su propia destrucción. ¿Para quién os reserváis aquí escondidas? ¿Queda alguien ahí afuera que se preocupe por vosotras? —parecía ahora una campesina de mal genio que con cada palabra que salía de su boca reñía e insultaba a varias personas, aunque no se distinguiera bien a quién maldecía concretamente—. ¡Escondeos, venga! Escondeos hasta que volváis a nacer y tengáis una buena reencarnación, que sea como estudiantes y vengan unas fulanas a hacer de putos chivos expiatorios para vosotras.

El padre Engelmann no entendió todas y cada una de las palabras de Yumo, algunas porque las desconocía y otras porque no captó sus implicaciones. Fabio, en cambio, sí. Se había criado en un pueblo del norte del Yangtsé donde abundaban las mujeres desgraciadas que aprovechaban cualquier oportunidad, por ejemplo una reprimenda a sus hijos, para lamentarse por todas las penalidades que habían pasado en su vida. Quien las escuchara sentía que su desdicha era obra del destino, pero que terminaban por aceptar todos sus injustos desafíos, precisamente porque lo único que podían hacer era resignarse a su suerte. Como era de esperar, las palabras de Yumo hicieron que todas las mujeres se resignaran a su suerte y guardaran un silencio dócil.

—No estáis obligadas a sustituir a las estudiantes —le dijo Fabio a Yumo.

Yumo se quedó desconcertada. El diácono sintió la mirada del padre Engelmann clavada en su cara.

—No va a ir nadie —insistió.

—¡Di algo más útil, Fabio! —le dijo el padre Engelmann en inglés.

—Si se quedan todas escondidas en el sótano, es probable que los japoneses no las encuentren.

—No podemos correr ese riesgo.

—Durante el Incidente de Nanjing, cuando las tropas entraron varias veces en la parroquia, ¿no estuvimos nosotros ahí ocultos? —quiso recordarle Fabio.

—Pero es que los japoneses ya saben que hay niñas escondidas en la parroquia.

—Así que cuando lo admitió ante los japoneses ya había planeado sacrificar a estas mujeres —dijo Fabio alterado, a toda velocidad, sin conseguir pronunciar claramente.

Se dio cuenta de que al viejo sacerdote le estaba costando un gran esfuerzo entenderle, por lo que volvió a repetir una vez más su acusación. Nunca se había sentido como en ese momento, como un hombre chino hasta la médula, así de xenófobo, incluso de una cierta mentalidad feudal, tratando de impedir que ningún hombre extranjero cometiera un atropello contra las mujeres de su propia nación.

—Fabio Adornato, no voy a discutir este asunto contigo —dijo el padre Engelmann bajando el tono de su voz para contrarrestar los agudos de Fabio.

Sonó el timbre de la puerta. La llama de la vela tembló.

—¡Rápido, bajad al sótano! —ordenó Fabio a las mujeres—. Mientras yo viva, nadie va a obligaros a hacer de chivos expiatorios.

—Nadie nos obliga, lo hacemos por propia voluntad —dijo Yumo mirándolo. Fabio había esperado tantas horas, tantos días, tantas noches, una mirada como aquélla, que se sintió inmediatamente enganchado a ella como a una droga. Ahora esos ojos se iban a ir junto con su cuerpo y lo único que le iban a dejar a Fabio era su adicción a ellos.

—Voy a hablar con el oficial para pedirle que nos dé otros diez minutos —dijo el padre Engelmann.

—Pídale veinte. Necesitaremos ese tiempo como mínimo para vestarnos como estudiantes —dijo Yumo.

Al padre Engelmann se le iluminaron los ojos. No se esperaba que Zhao Yumo tuviera una idea más inteligente que la suya, más madura. ¡Disfrazarse además de estudiantes!

—¿Crees que conseguiréis parecerlo? —le preguntó.

—Tranquilo, padre —intervino Hongling—, sólo si nos disfrazamos de nosotras mismas no nos parecemos, pero si lo hacemos de otras lo conseguimos seguro.

—Fabio, trae por favor sus uniformes, pero no los de diario. Tiene que ser el de las ocasiones especiales, ¡rápido! —dijo Yumo.

Fabio corrió hacia el taller de encuadernación. En el momento en que comenzaba a ascender al desván, se dio cuenta de repente de que Yumo no le había llamado «diácono» sino que se había dirigido a él como «Fabio», haciendo que sonara como un auténtico nombre chino.



El oficial accedió a la petición del padre Engelmann y su tropa esperó en silencio veinte minutos más en medio del frío invernal. La justificación que le dio era muy razonable: hacía mucho que no se ponían la ropa de coro y necesitaban coser algún botón, hacer algún remiendo y plancharla. Los soldados permanecían de pie rodeando el muro, uno a continuación del otro, con las bayonetas apuntando hacia delante. Veinte minutos más eran veinte minutos más, pero merecía la pena esperar por algo tan bueno. Los japoneses daban mucha importancia a los rituales. Para servir un plato

de pez globo en la mesa, lo decoraban como una obra de arte; no iban a ser menos con unas deliciosas vírgenes.

Pasados veinte minutos se abrió la puerta de la cocina y salió un grupo de muchachitas con vestidos marineros y birretes negros. Caminaban con la cabeza ligeramente agachada y el torso hacia adentro, como si se odiaran a sí mismas por haber desarrollado pecho en su cuerpo de vírgenes. Cada una llevaba bajo el brazo un libro de himnos.

Como Zhao Yumo era la más alta, caminaba cerrando la fila. El padre Engelmann se colocó delante y les hizo a cada una la señal de la cruz a modo de bendición. Cuando le llegó el turno a Zhao Yumo, ella sonrió con pudor e hizo una pequeña reverencia. Su delicadeza y su ligera sonrisa eran propias de una estudiante.

El padre Engelmann le dijo a media voz:

—Acudistéis aquí en busca de refugio.

—Gracias, padre, por acogernos entonces. Si no lo hubiera hecho, no sé qué desgracias habrían caído sobre mujeres como nosotras ni dónde estaríamos ahora.

En ese momento Fabio se acercó y se quedó mirando a Yumo fijamente.

—Nuestra vida —continuó Yumo mientras paseaba una mirada sutil entre los dos hombres— sólo sirve para arruinársela a otros o que otros nos la arruinen a nosotras.

Fabio empujó la pesada puerta para que pasaran las mujeres. Afuera, la luz de las linternas se reflejaba sobre un bosque de bayonetas. El oficial permanecía de pie completamente erguido en posición de firmes. Su rostro estaba en la sombra, pero sus ojos y sus dientes blancos, que revelaban su alegría por aquella sorpresa inesperada, resaltaban en medio de la oscuridad. Fabio jamás hubiera imaginado que sería capaz de empujar aquella puerta y enviar directamente a las mujeres al final de su viaje, de enviar a aquella mujer llamada Zhao Yumo a su final.

Fabio había albergado la esperanza de que toda la buena suerte que había pasado de largo para aquella mujer llamada Zhao Yumo hubiera podido regresar, aunque sólo fuera en una ocasión, incluso por unos instantes insignificantes, pero en ese momento supo que no regresaría ni una sola vez. Al pensarlo se le encogió el corazón. De pequeño su abuela adoptiva solía llevarle a ver óperas chinas que lo habían contagiado del sentimentalismo característico de los chinos. Había sido ella la que había plantado en su alma la semilla de aquella sensiblería, y sí, una semilla podía crecer hasta convertirse en una planta, también podía transformarse.

El camión estaba aparcado junto a los árboles abrasados. Al pie de la parte trasera había dos soldados japoneses y, en cuanto se acercó la primera «estudiante», la agarraron de los brazos y la ayudaron a subir la escalerilla. No tenían opción a negarse a aceptar su ayuda. De hacerlo, los soldados colocaban inmediatamente las bayonetas en posición horizontal y les cerraban el paso para que no pudieran retroceder.

El oficial caminó junto a Yumo.

Fabio los seguía a tres pasos de distancia.

El padre Engelmann se quedó en la puerta de la iglesia. La barba que no se había afeitado en varios días le confería un aire a hombre de la Antigüedad o, más bien, un aspecto menos humano y más parecido al de un dios. Siguió con la mirada a cada una de las «estudiantes» mientras subían por la escalerilla de la parte trasera del camión y desaparecían tras la lona. Podía distinguir cuál era cuál por su figura y su forma de moverse, pero no hubiera sido capaz de llamarlas por su nombre. Sintió ciertos remordimientos por no haberse molestado en preguntarles cómo se llamaban, su nombre verdadero, el que les habían puesto sus padres, no el que utilizaban en el burdel. Ya estaban en lo alto del camión todas las mujeres salvo Yumo. Vio cómo el oficial tendía una mano hacia ella para ayudarla a subir, y cómo de manera instintiva ella se apartaba para acto seguido dedicar al oficial una débil sonrisa. Era la auténtica sonrisa de una jovencita, tímida y modesta. Habría engañado a quienquiera que fuese con aquella sonrisa.

El oficial montó en su caballo y ordenó al camión que arrancara.

—¡Esperen!

El padre Engelmann corría hacia el camión.

El oficial se giró hacia él a lomos de su montura.

—Quiero acompañar a mis alumnas —dijo el sacerdote.

—*Ii-e!* —respondió el militar japonés.

Fabio no necesitaba saber aquel idioma para entender que aquellas palabras significaban un rotundo no.

—Quiero ir para asegurarme de que canten bien. Hace mucho que no cantan... —dijo el padre Engelmann tratando de subirse al camión.

El oficial dio una orden a voz en grito para que el vehículo partiera y éste comenzó a avanzar a sacudidas. El sacerdote se quedó suspendido con una mano agarrada a la baranda de madera de la parte trasera del camión y un pie sobre la rueda de atrás, su larga casulla negra enredada en sus extremidades.

—¡Padre Engelmann! —le llamó Fabio.

El oficial gritó algo.

Yumo estiró la mano para sujetar al padre Engelmann.

—Padre, no debería...

—Dame la mano, hija mía... —chilló el sacerdote.

De golpe, el camión aumentó la velocidad.

Sonaron unos disparos. Yumo soltó un grito en el mismo momento en que el padre Engelmann caía del camión. Fabio la vio agarrarse el antebrazo, que comenzaba a sangrar, justo cuando el sacerdote chocaba con un ruido seco contra el suelo. Corrió a su lado y lo llamó, pero él ya no podía oírlo.

Epílogo

Shujuan jamás olvidaría esas últimas y horribles horas en la iglesia de Santa María Magdalena. Nadie podía hablar o mirar a nadie. Fabio preparó para ellas una sopa recalentada de patata antes de apresurarse hacia la Zona de Seguridad.

Ellas permanecieron sentadas en el desván, en silencio. Por fin se cumplía para las niñas lo que habían estado rogando en el fondo de sus corazones durante aquellos días de encierro: comer hasta llenarse y no permitir que aquellas prostitutas compartieran sus alimentos. Lo que no podían esperar era que la respuesta a sus oraciones llegara de aquella manera tan despiadada. Mientras sorbía la sopa de patata cucharada a cucharada, Shujuan dirigió una mirada furtiva a Sophie, sentada enfrente de ella. Sophie tenía manchas de sangre en la cara a causa de los arañazos que había recibido durante la pelea. Aquellas marcas de sangre eran lo único que parecía tener vida en su rostro apático. Ninguna de ellas suspiró emocionada diciendo: «Esas mujeres nos han salvado», o «¿Lograrán sobrevivir?»... Pero Shujuan sabía que todas sus compañeras, al igual que ella, tenían remordimientos de conciencia.

Cuando Fabio regresó a medianoche, le acompañaba una mujer occidental muy alta. Las estudiantes la conocían y la saludaron a media voz como «señorita Vautrin». Al igual que Fabio, ambos hablaban un chino fluido y sus gestos y su manera de mirar parecían también los de una persona china. Traía a un barbero para que afeitara la cabeza a las estudiantes. Dos horas más tarde, aquel grupo de niñas se había convertido en un grupo de niños. La señorita Vautrin había venido conduciendo una ambulancia en la que se llevó antes del amanecer a unos pequeños enfermos vestidos con pijamas de rayas de hospital. Los «niños» estaban pálidos y demacrados, sus ojos apagados no tenían expresión y sus pijamas de rayas flotaban como si dentro no hubiera un cuerpo tangible.

Haciéndose pasar por enfermos contagiosos, permanecieron escondidas dos días en las habitaciones para pacientes del Instituto de Medicina de Jinling antes de ser trasladadas a escondidas a un pueblo cerca de Nanjing. De allí partieron en barco hacia Wuhu, a orillas del Yangtsé, en la provincia de Anhui, donde cambiaron a otro para ir a Hankou, en la provincia de Hubei. Fabio las escoltó todo el camino, para lo cual cambió su identidad de sacerdote por la de «médico».

En los años que siguieron, China experimentó una enorme cantidad de cambios, pero Shujuan nunca cambió tanto como lo hizo en aquellos días de diciembre de 1937.

Finalmente logró reunirse con su familia y supo de la agonía que habían vivido sus padres, sin noticias de China. Su madre se pasaba el día entero delante de la radio escuchando las noticias y cuando su padre regresaba de la escuela a casa se quedaba en silencio junto al aparato, desesperados ambos por averiguar qué ocurría. En

Nanjing habían cortado el teléfono y el telégrafo y su padre buscó la manera de conseguir noticias a través de un funcionario del consulado chino, pero toda la información que les dio era muy confusa: la situación en la ciudad era desoladora, aunque no había confirmación oficial de ninguno de aquellos hechos devastadores. Intentó entonces ponerse en contacto por teléfono con una familia amiga en Shanghai, sólo para descubrir un rumor según el cual los japoneses habían abierto la veda para las matanzas impunes en Nanjing. Circulaban también unas fotografías de civiles asesinados que habían traído consigo algunos periodistas recién escapados de aquella ciudad. Justo en el momento en que Shujuan, tumbada junto a su compañera que no dejaba de gimotear, pensaba con resentimiento que sus padres estarían disfrutando de huevos con beicon, ellos trataban de conseguir pasajes de barco para regresar a China. Agotados física y mentalmente por los remordimientos y el sentimiento de culpa, se agarraron a la máxima china de que «la familia debía mantenerse unida también para morir».

Shujuan mantuvo el contacto con Fabio Adornato. Como la de ella, también la vida de él había experimentado cambios: cuando medio año después regresó a Nanjing, decidió abandonar la vida eclesiástica y compaginar sus labores docentes de historia universal y religión en la escuela de Santa María Magdalena con otras ocasionales en la universidad. De vez en cuando hablaba acerca del padre Engelmann, y de la inspiración que había supuesto aquel sacerdote para él. Tanto Fabio como Shujuan albergaban una misma esperanza: si pudieran encontrar a alguna de las trece mujeres, aunque fueran una o dos de las que marcharon con valentía junto a los japoneses. O, de no encontrarlas, si al menos pudieran conocer su paradero, se librarían de que su angustia se convirtiera en una incertidumbre de por vida.

Shujuan ya había cumplido los veinte cuando en agosto de 1946 se celebró en Nanjing el juicio contra los criminales de guerra japoneses. La ciudad entera de Nanjing había salido a la calle desafiando la dureza del sol de pleno mes de agosto para poder ver con sus propios ojos y escuchar con sus propios oídos el destino que les aguardaba a aquellos japoneses que los habían pisoteado durante ocho años. Ni dentro ni fuera de la sala del tribunal cabía un alfiler. La joven tenía la impresión de que las paredes se amoldaban a la muchedumbre, de que a cada empujón cambiaban de forma. Parecía como si todos los habitantes de Nanjing que habían sobrevivido a la masacre japonesa se hubieran congregado en la sala del juicio y alrededores para escuchar las declaraciones que emitían los altavoces y descargar su furia.

De repente, oyó una voz que pudo reconocer. La mujer estaba sentada en el estrado de los testigos, desde donde identificó a los mandos militares japoneses que permitieron la violación masiva de mujeres. Apretujada entre la gente que se concentraba en el exterior de la sala del tribunal, Shujuan escuchó su testimonio a través de los altavoces que colgaban en lo alto de unos postes y, aun cuando utilizó una identidad distinta, supo que aquella mujer era Yumo.

A Shujuan le costó una hora acceder a la sala desde el exterior, pero una vez

dentro, y aunque la vio de espaldas y desde lejos, reconoció a Yumo. Las vejaciones a las que se había visto sometida no habían conseguido arruinar las formas de su cuerpo y seguía manteniendo una buena figura. Shujuan consiguió abrir una brecha a través de la multitud que la rodeaba hasta colocarse detrás de ella. Llegó empapada por el sudor de las miles de personas allí concentradas, estiró la mano y tocó el hombro más famoso del Nanjing de los años treinta. La cara que se giró no era, sin embargo, la que recordaba. En apariencia estaba perfecta, pero había algo raro en ella. Más tarde, dedujo que quizá la belleza innata de aquel rostro había sido destruida, y posteriormente reconstruida a manos de un no muy habilidoso cirujano plástico.

—¡Zhao Yumo! —llamó sin alzar mucho la voz. Los ojos de aquella mujer la miraron y fingieron no conocerla—. ¡Soy yo, Meng Shujuan!

—Te equivocas de persona —le dijo con la voz característica de Zhao Yumo mientras negaba con la cabeza. Era la misma voz que todos los vividores del Nanjing de los años treinta conocían y adoraban.

Shujuan no se rindió a la primera y se abrió paso hasta llegar a su lado.

—¡Soy una de las estudiantes que tú y tus compañeras salvasteis!

Por mucho que insistió, Zhao Yumo se mantuvo firme en que no la conocía. La miró de reojo con aquella expresión característica suya, alzando su barbilla bella y arrogante, que por fortuna había sobrevivido a los estragos de su rostro, y utilizando el dialecto de Nanjing salpicado del acento de Suzhou típico de ella, le dijo:

—¿Quién es esa Zhao Yumo?

Nada más decirlo, se levantó de su asiento y se abrió paso de lado entre las espaldas de la gente de la fila de delante y las rodillas de la de la fila de atrás. Levantó y bajó una y otra vez su hermosa barbilla en un gesto encantador de disculpa ante el cual nadie fue capaz de quejarse por las molestias que les estaba causando.

Shujuan trató de seguirla por el hueco abierto entre espaldas y rodillas, pero a ella no se lo pusieron tan fácil. No le quedó más remedio que salir por donde había entrado. Cuando por fin logró abrirse camino entre el grupo de personas que esperaba el juicio dentro y fuera de la sala, Zhao Yumo ya había desaparecido.

Shujuan escribió una carta a Fabio, que por aquel entonces se encontraba en Estados Unidos, para explicarle que Zhao Yumo seguía viva. Su abuela materna había fallecido en octubre de 1945 y le había de-jado a su nieto huérfano una propiedad. Fabio había hecho aquel viaje para venderla. Le contó en la carta cómo Zhao Yumo había negado ser ella. En la carta de respuesta que llegó un mes más tarde, Fabio explicaba que quizás la única manera que había encontrado de seguir con vida había sido cambiando su identidad. Animó a Shujuan a dejar el pasado atrás y continuar adelante.

Fue a partir de ese momento cuando Shujuan tomó la firme determinación de que, por mucho que Zhao Yumo hubiera cambiado hasta el punto de no parecer Zhao Yumo, daría con su paradero y también con el de sus doce compañeras del Qinhuai.

Si ella no las recordaba, ¿quién lo haría? A algunas las encontró en artículos de periodistas japoneses, de otras supo por sus charlas con soldados japoneses, y a la mayoría las halló en las historias de las gentes de Jiangsu, Anhui y Zhejiang durante los años que pasó recorriendo estas provincias.

Cuando Zhao Yumo prestó declaración ante el tribunal por los crímenes de guerra, contó cómo oficiales de alto rango japoneses las habían compartido a ella y a las otras doce «estudiantes». Dos de ellas habían tratado de resistirse con cuchillos carniceros que se habían llevado del comedor de la parroquia, y habían sido asesinadas allí mismo. Las once restantes, después de que los oficiales japoneses hubieran gozado de ellas hasta hartarse, fueron enviadas a los recién establecidos Centros de Mujeres de Confort^[13], donde fueron falleciendo una tras otra a lo largo de los dos o tres años siguientes. Algunas murieron de un disparo cuando trataron de escapar, otras lo hicieron a causa de enfermedades que contrajeron y también hubo quienes se suicidaron. Si Zhao Yumo tuvo la fortuna de sobrevivir probablemente se lo debiese a su estilo y su aspecto distinguidos. Todos los oficiales que disfrutaron de ella eran de rango medio, no soldados rasos, por lo que la vigilancia sobre ella se fue relajando de manera progresiva y consiguió escapar al fin. Logró huir tras unos cuatro años obligada a ejercer como «mujer de confort».

Años más tarde, Shujuan logró averiguar también lo que le había sucedido a Doukou. Halló varias fotografías tomadas por las autoridades de la Zona de Seguridad como prueba de las brutalidades cometidas por el ejército japonés. En tres de ellas reconoció el perfil de Doukou, que seguía siendo hermoso a pesar de su pelo enmarañado y la hinchazón de su rostro. Con el fin de la guerra y la rendición japonesa, encontró un nuevo testimonio en el cuaderno de notas de un prisionero de guerra japonés. Era una fotografía en la que se veía a una niña atada a una silla antigua de madera con las piernas abiertas. El objetivo apuntaba directamente a sus partes íntimas. El rostro estaba borroso, seguramente porque la violencia con la que luchaba por librarse no permitió que la lente la enfocara bien. Pero Shujuan estaba segura: se trataba de Doukou. Los soldados japoneses no se conformaron con violar y desmembrar a aquella niña en la flor de la vida, sino que también se encargaron de inmortalizar su deshonra.

Pudo imaginar los últimos instantes de aquella muchacha apenas algo mayor que ella misma entonces, cómo había saltado el muro de la iglesia y habría tratado de orientarse en la penumbra del amanecer, sola y borracha. Había estado encerrada desde pequeña en el burdel, de hecho había vivido como una pequeña esclava recluida a la fuerza, por lo que en cuanto se encontró en medio de la calle se sintió perdida, especialmente en aquella Nanjing devastada, donde por todas partes se veían edificios en ruinas, restos de incendios, carros volcados y tiendas vacías. Debió de vagar, desorientada. Luego llegaron los soldados japoneses.

Shujuan supo qué ocurrió a continuación gracias al testimonio de los propios soldados. Varios de ellos persiguieron a Doukou por una calle lateral. Los japoneses

salieron tras ella. Doukou tenía piernas rápidas y ágiles, y consiguió esquivarlos adentrándose en una zona de callejuelas estrechas. La estaba atravesando cuando tropezó y cayó sobre un bulto muy blando. Lo palpó y resultaron ser las vísceras que sobresalían de un vientre. Su chillido fue igual de espantoso. Gritó durante medio minuto seguido mientras pataleaba sin moverse del sitio y sacudía sus manos congeladas y empapadas de aquella sustancia pegajosa. Aquello fue su perdición. Los tres soldados que la habían dado ya por perdida la rodearon. Su grito despertó a una unidad de caballería acuartelada no muy lejos de allí que acudió inmediatamente a inspeccionar qué estaba pasando.

Aquel grupo de soldados japoneses formó una cola en perfecto orden para abusar de ella en el almacén de una tienda saqueada. Dentro quedaba una silla de madera muy pesada que se convirtió en el potro de tortura de Doukou. Los soldados esperaban su turno vestidos únicamente con una tira de tela que les cubría la entrepierna. Le ataron las manos y los pies a los brazos de la silla de manera que quedara totalmente abierta. Su boca no se detuvo ni un momento, si no era para maldecirles era para escupirles. Disgustados porque así no podían hacerlo a gusto, los japoneses intentaron hacerla callar a bofetadas.

Atada a sus quince años en aquella silla, Doukou sólo tenía una idea en mente: que me muera ya. Su único deseo era morir cuanto antes, convertirse en una voluta de humo, invulnerable a espadas y pistolas, ágil y escurridiza como el viento. Mientras lo pensaba, Doukou no dejaba de insultarles y escupirles. Después de varias bofetadas, lo que arrojaba por su boca ya no eran saliva y flemas sino sangre. Las alimañas con forma humana que tenía delante fueron alcanzadas e inundadas por aquellos chorros de sangre. El más grande, sin embargo, fue el que brotó primero de su pecho; le siguió el del hombro, y finalmente el del vientre. A aquellas bestias no les gustaba que las muñequitas con las que saciaban su apetito fueran tan escandalosas ni que escupieran sangre, así que utilizaron las bayonetas para que se comportara como una niña buena.

Si finalmente se quedó en silencio no fue porque se rindiera ante su violencia sino porque de repente le vino a la cabeza Wang Pusheng. Recordó la petición de matrimonio que le había hecho la noche anterior, su plan de mendigar tocando la *pipa* y poder pasar el resto de su vida junto a él. El corazón se le partió en pedazos.

Pensó también en lo que le había prometido: conseguiría las cuatro cuerdas para tocar para él *Noche de luna primaveral a orillas del río* y *Tres estrofas sobre las flores de ciruelo*. Wang Pusheng moriría sin que ella hubiera podido cumplir su promesa.

Shujuan recordó el día que escuchó a Doukou tocar *La recogida de las hojas del té* con aquella *pipa* de una sola cuerda. En aquel momento le había sonado tan opresiva como una marcha fúnebre. En cambio ahora le parecía la música más hermosa que jamás había escuchado.



GELING YAN (Shangai, China, 1958 -). Nació en Shanghai en 1958 en el seno de una familia de artistas y a los trece años entró a formar parte del Ejército Popular de Liberación. Escribió sus primeras novelas en China, antes de trasladarse a Estados Unidos en 1989. Ha publicado más de veinte títulos, entre los que destaca *La novena viuda* (Alfaguara, 2011), declarada por *Asia Weekly* como una de las diez mejores novelas en lengua china de 2006. Su obra, traducida a catorce idiomas, ha sido llevada al cine con gran éxito y ha recibido numerosos premios, entre ellos el Premio a la Mejor Novela otorgado por el Primer Festival de Novela China en 2010 para *Little Aunt Tatsuru*, y por la Academia China de Ficción en 2008 para *Little Aunt Tatsuru* y en 2011 para *The Criminal Lu Yanshi*.

Actualmente Geling Yan vive parte del año en Berlín y parte en Beijing. *Las flores de la guerra* es su última novela.

Notas

[1] Vestido femenino con cuello cerrado y aberturas laterales. <<

[2] Personaje principal de la novela clásica china *Viaje al Oeste*. (N. de la T.) <<

[3] Pasta fina rellena de carne o verduras que se sirve en sopa. (*N. de la T.*) <<

[4] Instrumento musical de cuatro cuerdas, similar al laúd. (*N. de la T.*) <<

[5] El nombre de Yusheng contiene el carácter chino [yù], que significa «jade». (*N. de la T.*)<<

[6] *Benincasa hispida*, de la familia de las cucurbitáceas, llamada literalmente en chino , «melón de invierno». (N. de la T.) <<

[7] Personaje femenino de una leyenda popular china que muere trágicamente por amor. (*N. de la T.*) <<

[8] Nombre que tradicionalmente se le otorga a un hombre al llegar a su madurez como símbolo de respeto. Esta costumbre ya no es tan habitual en la sociedad actual. (N. de la T.) <<

[9] Los Cuatro Libros: La Gran Ciencia, La Doctrina del Justo Medio, Analectas de Confucio y Mencio. Los Cinco Clásicos: Libro de Cantos, Libro de Historia, Libro de Cambios, Libro de Ritos y Anales de Primavera y Otoño. (*N. de la T.*) <<

[10] Baile de salón estadounidense que se baila a un ritmo muy rápido y que incluye acrobacias. Muy popular en los años treinta. (*N. de la T.*) <<

[11] John Rabe, comerciante y diplomático de origen alemán, impulsor del Comité Internacional para la Zona de Seguridad de Nanjing. (*N. de la T.*) <<

[12] Misionera estadounidense. Establecida en China desde 1912, fue miembro del Comité Internacional para la Zona de Seguridad de Nanjing durante la invasión japonesa. (*N. de la T.*) <<

[13] Burdeles creados por el ejército japonés en los que obligaban a trabajar como esclavas sexuales a las mujeres chinas. (*N. de la T.*) <<